



ENTRÉGATE AL PLACER

SERIE AGENCIA DEMONÍA 3



NISHA SCAIL

La vida de Gabriela se había hecho pedazos algunos años atrás, huir y ocultarse fue la única salida que encontró para evitar que el hombre con el que una vez estuvo casada, diese con ella. Nueva identidad, nuevo vecindario, durante un breve instante pensó que estaría a salvo, que él no la encontraría... Una equivocación que le costó demasiado.

Nishel Skymore trabajaba para la Agencia Demonía bajo sus propios términos, él elegía el momento y si deseaba hacerse cargo de un nuevo contrato, pero cuando su jefe depositó en sus manos algunas semanas atrás la lista de requisitos de una exquisita mujer a la que ya había probado, supo que las cosas no habían hecho más que comenzar a complicarse.

Sola y asustada, con una sentencia de muerte pendiendo sobre su cabeza, Gabriela necesitaba protección y Nishel era el único que podía proporcionársela. Le demostraría una vez más que debajo de aquel delicado y fracturado envoltorio había una mujer capaz de entregarse al placer.

NISHA SCAIL

Entrégate al placer

Agencia Demonía N°3

Autor-Editor

Sinopsis

La vida de Gabriela se había hecho pedazos algunos años atrás, huir y ocultarse fue la única salida que encontró para evitar que el hombre con el que una vez estuvo casada, diese con ella. Nueva identidad, nuevo vecindario, durante un breve instante pensó que estaría a salvo, que él no la encontraría... Una equivocación que le costó demasiado.

Nishel Skymore trabajaba para la Agencia Demonía bajo sus propios términos, él elegía el momento y si deseaba hacerse cargo de un nuevo contrato, pero cuando su jefe depositó en sus manos algunas semanas atrás la lista de requisitos de una exquisita mujer a la que ya había probado, supo que las cosas no habían hecho más que comenzar a complicarse.

Sola y asustada, con una sentencia de muerte pendiendo sobre su cabeza, Gabriela necesitaba protección y Nishel era el único que podía proporcionársela. Le demostraría una vez más que debajo de aquel delicado y fracturado envoltorio había una mujer capaz de entregarse al placer.

Autor: Scail, Nisha

©2013, Autor-Editor

ISBN: afb8b910-2c28-44f6-b727-ca532a7d75ed

Generado con: QualityEbook v0.75

DEDICATORIA

A **Vero Fuentes**, por esa amistad tan bonita que me brindas y por estar siempre a pie de cañón para echarme una mano cuando más lo necesito. Eres un soplo de aire fresco en un mar de tormenta.

A **Gabisita Naitora**, por tu amistad, por encontrar siempre un momento para asediarme y llenar mis días de risas. Sabes que tú eres la protagonista indiscutible de esta historia ;)

A **Teresa Vázquez**, eres una gran amiga y mejor persona que me aguanta todos los días con mis paranoias mentales y los desbarajustes que me monto yo sola con mis personajes. Tu amistad sin duda enriquece mi vida.

A **Elizabeth Bowman**, una maravillosa persona, fabulosa escritora y mejor amiga aún que he tenido la inmensa suerte de conocer este año. Eres un verdadero placer y orgullo llamarte amiga.

A **Tania Castaño Fariña**, por ese cariño con el que siempre me tratas y esa bonita amistad que me brindas.

A **Teruca Álvarez Sánchez**, mi hermana en espíritu y correrías. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, tú sí que marcas la diferencia.

ARGUMENTO

La vida de Gabriela se había hecho pedazos algunos años atrás, huir y ocultarse fue la única salida que encontró para evitar que el hombre con el que una vez estuvo casada, diese con ella. Nueva identidad, nuevo vecindario, durante un breve instante pensó que estaría a salvo, que él no la encontraría... Una equivocación que le costó demasiado.

Nishel Skymore trabajaba para la Agencia Demonía bajo sus propios términos, él elegía el momento y si deseaba hacerse cargo de un nuevo contrato, pero cuando su jefe depositó en sus manos algunas

semanas atrás la lista de requisitos de una exquisita mujer a la que ya había probado, supo que las cosas no habían hecho más que comenzar a complicarse.

Sola y asustada, con una sentencia de muerte pendiendo sobre su cabeza, Gabriela necesitaba protección y Nishel era el único que podía proporcionársela. Le demostraría una vez más que debajo de aquel delicado y fracturado envoltorio había una mujer capaz de entregarse al placer.

PRÓLOGO

—Agencia Demonía, convertimos tus sueños en realidad.

Sí, claro. Un sueño hecho realidad de alrededor de metro noventa, con pelo rubio platino largo y dos pedacitos de cielo por ojos que había entrado en su vida una tarde para jodérsela de la mejor manera. Gabriela no podía sacárselo de la cabeza, no había podido dejar de pensar en aquel hombre que la obligó durante una breve noche a salir de su caparazón y confesar sus deseos y anhelos; fue la mejor noche de sexo de su vida. La única que ahora, varios meses y una paliza casi mortal después, era todo lo que hacía que no se curvase en un ovillo sobre la cama de hospital y se echara a llorar.

El hijo de puta de su ex novio la había encontrado una vez más. No sirvió de nada que se cambiase de nombre, que hubiese vivido casi recluida en uno de los barrios más tranquilos de Mansfield, Ohio. Su extremo temor la había llevado a ponerse en contacto varias veces con la policía logrando únicamente joder a sus vecinos. De hecho, el conocerle a él podría considerarse un daño colateral de la estupidez que cometió al pensar que su entonces vecina, Eireen Blackmore tenía algo que ver con ese desgraciado.

Esa noche había comprendido que vivir con miedo no era una opción, aquello no podía llamársele vida y ante la necesidad de salir de su propio capullo de protección, de relacionarse y abrirse a los demás terminó bajando las defensas; algo que le costó demasiado caro.

Contempló una vez más la pantalla del portátil que le habían prestado durante su convalecencia la cual llegaba ya a los casi dos meses, en realidad debería estar contenta pues muchos pensaron que no sobreviviría esta vez. La paliza que le propinó Jordan la dejó al borde de la muerte.

Parecía que era demasiado testaruda para morirse.

—Vale, ¿pero qué narices es eso de la Agencia Demonía? —murmuró. Se estiró sobre el ratón inalámbrico solo para soltar un pequeño gemido cuando sus maltratadas costillas protestaron—. Agencia de acompañantes... ¿Agencia de acompañantes? No me jodas... ¿Me he acostado con un gigoló?

Frunció el ceño al leer el subtítulo.

—Detecta el problema. Empatiza con tu cliente. Mimetízate con su ambiente. Observa su carácter. Necesidades; cúbre las. Investiga en su alma y Actúa sobre el problema —leyó cada una de las frases y frunció el ceño al comprender que cada una respondía a una letra—. D.E.M.O.N.I.A.

Sacudió la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Esto es ridículo, ¿una agencia de citas con carácter psicológico? —rezongó bajando el cursor sobre el contenido de la página—. Impreso de solicitud...

De un clic surgió una ventana emergente con un formulario en blanco para cubrir con los datos personales, los datos bancarios y la tarjeta de crédito. En la página también había un apartado en el que debían incluirse los cinco requisitos que se deseaban en un acompañante.

Durante un momento estuvo tentada a rellenarlo, de hecho empezó a hacerlo solo para detenerse en el último de los requisitos y proceder a borrarlo todo.

—¿Qué estoy haciendo? —sacudió la cabeza—. Esto es una locura, el tenerle cerca de mí no hará sino

empeorar las cosas... Céntrate, Gabriela, su presencia ya lo empeoró todo... Él sabía que te había visitado alguien.

No, pensó, no era momento de sumergirse en fantasías. Su cuerpo todavía estaba demasiado dolorido como para olvidar la cruda realidad, la misma que la llevó a la cama de hospital en la que estaba ahora sentada con una pierna escayolada. Jordan la había encontrado después de más de año y medio de carecer de noticias suyas, el que una vez había sido un compañero de trabajo y que se convirtió en algo parecido a su novio durante un par de meses, degeneró hasta convertirse en un hombre obsesionado y capaz de cometer un asesinato. Y en su último encuentro, ella podría muy bien haber engrosado su lista.

Había aparecido en el umbral de su puerta, se había confiado tanto sobre su seguridad que ni siquiera se molestó en pedir referencias después de que el hombre al otro lado de la puerta se anunciara como un repartidor. Metió el pie antes de que tuviese siquiera tiempo a darse cuenta de lo que pasaba y penetró en su casa, en el lugar que se había convertido en un santuario de solaz en los últimos tiempos y lo arrasó con su locura y sed de sangre.

CAPÍTULO 1

Nishel la observó desde la ventana de la oficina, llevaba semanas preparando aquel encuentro, buscando el momento adecuado para ir a ella y parecía que por fin había aparecido. Se convirtió en todo un reto no pasarse por el hospital, no verla después de lo que ese cabrón hijo de puta le hizo; era un maldito milagro que siguiese viva después de aquello.

Ella era una de las asignaciones más extrañas que había recibido jamás, el contrato había llegado a sus manos hacía casi dos meses, el mismo día en el que fue agredida según pudo comprobar en los expedientes de la policía, en este solo estaba su nombre y una cláusula que le obligaba a esperar hasta una fecha determinada para iniciar dicho contrato; la fecha de hoy.

Se llevó la mano al interior de la chaqueta de cuero que llevaba sobre una camiseta hecha jirones y extrajo un arrugado sobre marrón. Sus ojos se deslizaron una vez más como tantas veces antes sobre la línea impresa que marcaba un día concreto.

—Parece que la espera ha llegado a su fin —musitó para sí.

Rompió el sobre sin muchos miramientos y extrajo de su interior aquello que había deseado leer desde el principio; los requisitos especificados por su futura cliente.

—Requisito número uno —leyó para sí. Un nuevo vistazo a la ventana le mostró que la chica todavía estaba dialogando con el inspector que hasta el momento llevaba su caso—. Protección. Cuidar y atesorar. Alejar el terror.

Su atención volvió de nuevo a ella, sentada en una fea silla común de la comisaría, vestida con unos vaqueros y un cárdigan que se la tragaba entera, parecía una niña abrigada en la chaqueta de su padre o hermano mayor. Su pelo antes oscuro ahora era de un bonito rubio que caía en suaves ondas sobre sus hombros; un cambio que sin duda obedecía a las directrices de la policía en su programa de protección. Los ojos, de un suave tono castaño vagaban entre el policía y sus manos entrelazadas dando muestras de la falta de interés que ponía en la conversación. Había perdido peso, no podía asegurarlo con toda aquella ropa envolviendo sus voluptuosas curvas, pero su rostro no tenía la suave redondez que recordaba, sus mejillas estaban hundidas y la palidez se había apropiado de su clara piel.

—Requisito número dos —continuó. Sus labios se estiraron en una divertida sonrisa mientras desgranaba el contenido—. Nada de capullos y neandertales, nada de demonios con sotana... Ángeles... no quiere alas blancas, nada que pueda contaminar.

Su mandíbula se apretó ante las emociones que captó a través de aquellas palabras. Se veía a sí misma como manchada, alguien que no tenía derecho a ensuciar a alguien más puro con su vida y su pasado. Sus errores eran solo suyos, no debían alcanzar a nadie más.

—Bueno, eso no será un problema —musitó al tiempo que volvía a mirarla. Su cansancio era obvio y parecía ligeramente fastidiada ante las insistentes preguntas del agente—. Tercer requisito... Que no sea celoso... De nuevo, no será un problema, muñequita.

Continuó con los dos últimos requisitos y frunció el ceño al leer lo que demandaba.

—Requisito cuarto: Cubrir sus necesidades y no pedir más de lo que esté dispuesta a entregar —su sonrisa se amplió. Si había algo que le gustara eran los desafíos, su vena dominante disfrutaba de una buena doma y ella prometía ser una pupila muy interesante—. Y por fin el último requisito...

Sus ojos volaron una vez más hacia el cristal, el papel quedó arrugado en sus manos un instante antes de que lo hiciese desaparecer de nuevo dentro de su bolsillo.

—Nadie volverá a tocarte un solo pelo —siseó. Después tomó una profunda respiración y se obligó a relajarse, tenía que entrar ahí y hacer su trabajo. Rescatar a esa pequeña hembra del infierno en el que estaba prisionera no sería una tarea sencilla e intuía que llevaría más tiempo que el estipulado en el contrato; quince míseros días.

Sin esperar más, recorrió el pasillo, correspondió a los saludos que le fueron dedicados y pasó al interior de la sala en la que la estaban poniendo al tanto de lo que ocurriría con ella a partir de ahora.

—...Estarás en custodia continua —le explicaba un hombre de alrededor de los cuarenta, con canas prematuras y mirada acerada—, tendrás a tu disposición uno de nuestros agentes las veinticuatro horas del día siete días a la semana. Si necesitas algo, lo que sea, lo llamas y estará en tu puerta antes de que consigas colgar el teléfono.

Su semblante lucía tan escéptico y cansado que Nishel no estaba seguro de que hiciese caso a ni una sola de sus palabras.

—Tendrás que mantener un poco más la identidad que creaste para despistarle, Gabriela —le informó llamándola por su verdadero nombre—. Miara Lowell deberá seguir existiendo de modo que podamos seguirle la pista a ese hijo de puta y capturarlo.

Ella vio como depositaban unas cuantas cosas sobre la mesa.

—Este es tu nuevo documento de identidad, pasaporte y permiso de conducir.

Se inclinó hacia delante y tomó uno de los documentos, sus dedos lucían pálidos en contraste con el tono oscuro de la lana del cárdigan.

—Miara Lowell —leyó el nombre que había adoptado algo más de año y medio atrás y que ya lo consideraba suyo. En aquel momento abandonar su verdadera identidad había sido lo único que le permitió un poco de paz, pero ahora... ¿Qué había ocurrido realmente con Gabriela? ¿Había desaparecido por completo bajo su ficticia identidad o seguía allí, en algún lugar en su interior?—. Mia...

El hombre alzó la mirada hacia ella y cruzó las manos sobre la mesa.

—Él sabe quién eres. Si le costó dar contigo hasta ahora, es una buena señal —declaró con suficiente fuerza como para que ella lo mirase—. Tendrás que mantener esa identidad un poco más, eso nos permitirá seguir investigando y encontrarle de una vez por todas.

Él vio cómo se tensaba, podía sentir su incomodidad desde esa distancia y sin estar vinculado todavía a ella por medio del contrato. Aquello no le gustaba lo más mínimo, no estaba bien, estaba destrozada en cuerpo y alma.

—¿Y si vuelve a encontrarme? —preguntó, su voz temblaba lo suficiente como para que decidiese hacerse notar de una buena vez.

—En ese caso, le arrancaremos los huevos —declaró con efusividad—, y los conservaremos en formol para que pueda admirarlos después.

El policía se limitó a poner los ojos en blanco, ni siquiera se molestó en mirarle.

—Me alegra ver que por fin hayas decidido dejarte caer por aquí, Skymore —lo saludó, entonces se volvió hacia ella—. Gabriela... —Él no dejaba de utilizar su verdadero nombre, uno que no oía desde hacía mucho tiempo en voz alta—, te presento a Nishel Skymore, es nuestro asesor y el agente que estará

a tu disposición las veinticuatro horas.

La sonrisa cubrió sus labios sin poder evitarlo, el gesto de reconocimiento en su cara fue suficiente para ponerle de buen humor.

—Hola, muñequita, parece que volvemos a encontrarnos.

Gabriela atravesó la puerta de la comisaría como si la persiguiese el diablo, ni siquiera el bastón que había comenzado a utilizar tras las primeras sesiones de rehabilitación con su pierna hizo que fuese más despacio. Quería huir, marcharse de aquel lugar y de la cercanía de ese hombre. No podía tratarse de él, no podía ser él, ¡no podía ser un maldito policía o trabajar para ellos!

El inspector Ross siguió hablando tras aquella inesperada presentación, diciéndole que el recién llegado sería el que se haría cargo de ella, de escoltarla a su nuevo hogar y de que no le faltase nada ni nadie la molestase. ¿Qué nadie la molestase? ¡Él, por sí solo, ya era una colosal molestia! Al policía pareció incluso importarle más bien poco que ellos ya se conocieran, que la tratase con tanta maldita familiaridad... Pero claro, tampoco es que pudiese decirle que no le quería a él, que le buscase a cualquier otro sin dar una explicación coherente del porqué de su negativa.

Sobrepasada, se detuvo en seco y se giró solo para encontrarse con su enorme cuerpo haciéndole sombra.

—¿Cómo es posible que seas policía?

Él arqueó una ceja en respuesta yladeó ligeramente el rostro para mirarla con aquellos penetrantes ojos azules.

—En realidad soy detective privado —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, y trabajo como asesor en estos casos para el departamento de policía.

Sacudió la cabeza.

—¿Asesor? ¿Asesor de qué?

Él dio un paso más hacia delante.

—Me encargo de la parte psicológica y asesoramiento a las víctimas de problemas y situaciones tales como las que has pasado tú —respondió sin más pretensiones. Entonces le indicó con un gesto de la mano el aparcamiento situado al otro lado del edificio—. Y durante lo que dure mi asignación contigo, seré también tu terapeuta...

Ella boqueó y sacudió la cabeza como si aquello la horrorizara.

—¿Mi qué? ¡Ni en un millón de años!

Él sonrió, aquella sonrisa que decía claramente que él era quien mandaba allí.

—Relájate... Gabriela —le dijo pronunciando su verdadero nombre. Entoncesladeó la cabeza como si la estudiase—. Interesante cambio de identidad, Gabriela Sheral. Te confieso que sigo prefiriendo *Mia*.

Se le encogió el estómago ante la forma en que pronunció su nombre, haciendo que sonase como el posesivo que era.

—Ahora, ¿te importaría acompañarme de modo que podamos irnos de aquí? —sugirió al tiempo que estiraba el brazo en una clara invitación a moverse en la dirección que él marcaba.

No lo pensó, sencillamente actuó como se lo pedía el cuerpo. Giró sobre sus talones y empezó a alejarse en sentido contrario.

—No necesito un terapeuta y está claro que es un rotundo error el que te asignaran a ti para esto —farfulló mirando hacia el interior del edificio del que acaba de salir—. Esto no está bien... tú no puedes estar cerca de mí... no puedes...

Ella no llegó a dar más de dos pasos antes de que unas fuertes manos se posaran en su cintura y tiraran de ella hacia atrás con firmeza.

—Desafortunadamente las cosas no funcionan siempre como uno quiere, sino como deben ser.

Se congeló, el miedo clavó sus garras con fuerza en su mente y antes de poder darse cuenta de lo que hacía empezó a gritar y a pelear como una gata para alejarse de aquella indeseada presa. El recuerdo de otras manos cogiéndola de esa misma manera, enterrándose luego en su pelo hasta hacerla caer de espaldas al suelo rompieron las compuertas de su precario control. Chilló, pataleó y cayó finalmente de rodillas con un nuevo quejido al tiempo que se cubría la cabeza con las manos y se encogía sobre sí misma.

—Gabriela... Gabriela... —Podía oír su nombre, pero su cerebro era incapaz de procesar nada en aquellos instantes—. ¡Basta!

La firme y profunda orden hizo que su llanto se interrumpiera al momento, su cuerpo empezó a temblar como una hoja balanceada por el viento.

—Mírame. —Una nueva orden, firme y clara.

Levantó el rostro, sus ojos se encontraron con la limpia y clara mirada masculina que nada tenía que ver con la de aquel.

—Está bien —continuó con voz suave y calmada. Una suave nota que parecía llevarse consigo parte de su miedo—. Fue culpa mía, no te agarraré de esa manera sin avisarte primero.

Ella parpadeó ante el tono de su voz, luchando por emerger del ataque de pánico en el que había caído.

—Bien, eso es —asintió complacido por algo que todavía no comprendía—. Ahora vas a darme la mano y levantarte.

Miró la mano que le tendía, entonces bajó a las suyas propias y las lágrimas que se habían congelado en sus ojos empezaron a fluir.

—Dame la mano, Gabriela —pronunció su nombre, su verdadero nombre.

Sus dedos rozaron los suyos, entonces se aferró a su mano y con su ayuda se puso en pie.

—¿Qué ha hecho conmigo? —se encontró murmurando sin poder detenerse. Las lágrimas cayeron por sus mejillas—. ¿En qué me ha convertido? ¡Oh, dios mío! ¿En qué me ha convertido?

Su mano se cerró alrededor de la suya atrayendo su atención.

—Shhh, vamos a trabajar en ello —le dijo, y sus palabras no admitían discusión alguna—. Lo solucionaremos, volverás a ser tú misma, ¿de acuerdo?

Ella sorbió y asintió, aunque no estaba segura de si lo hacía porque su voz no admitía otra respuesta o porque realmente confiaba en sus palabras.

CAPÍTULO 2

El silencio que reinaba en el interior del vehículo era incómodo, Gabriela no había vuelto a decir ni una sola palabra, se limitaba a mirar por la ventana acurrucada en aquel enorme cárdigan. Su mente y alma estaban muy lejos de allí, su cuerpo temblaba ocasionalmente, como si fuese incapaz de deshacerse del frío que se había filtrado en su interior.

Necesitaba traerla de vuelta, arrastrarla hacia su propio terreno, con suavidad, pero con la fuerza y contundencia necesaria para despertarla de nuevo. Intuía que allí, en alguna parte, se ocultaba la mujer que había conocido meses atrás, una que si bien no estaba entonces al cien por cien de sus capacidades, tenía poca o ninguna semejanza con la cáscara vacía en la que se había convertido.

—¿Sigues conmigo, muñequita?

Se sobresaltó y giró la cabeza, su mirada tardó unos instantes en centrarse en el presente.

—¿Cómo te sientes?

Ella se lamió los labios.

—Cansada —musitó y volvió a acurrucarse para sumirse, no le cabía duda, otra vez en el olvido.

—En quince minutos habremos llegado a tu nuevo hogar —le informó mirándola de reojo. Su atención

seguía puesta en la carretera—. ¿Por qué no abres la guantera y coges el sobre que hay con las llaves y la nueva documentación?

Tardó unos instantes en reaccionar, con pereza hizo lo que le pidió y abrió la guantera. De su interior sacó un par de sobres y una *PDA*.

—Um... Tu juguetito está encendido —comentó girándose a él para enseñárselo—. ¿Quieres apagarla? Él esbozó una lenta sonrisa y asintió.

—Pon el pulgar sobre la pantalla y presiona unos segundos, se apagará sola —la instruyó.

La escuchó suspirar, pero siguió sus instrucciones. Era una muchacha dulce, sumisa por naturaleza y con todo ni siquiera ese cabrón había podido anularla del todo. Debajo de toda esa candidez y delicadeza, existía una mujer fuerte, valiente.

—Esto no se apaga —dijo, su ceño fruncido—. Ah, espera... Um... ¿Le doy a aceptar?

Su sonrisa se amplió.

—Tú verás, ¿aceptas mi presencia?

Ella resopló.

—¿La verdad? Me gustaría poder apagarla tan fácilmente como se apaga este cacharro.

No pudo evitar reír ante su respuesta.

—Tómalo con calma, muñequita, solo llevamos unas horas juntos y vamos a estarlo... por algún tiempo.

Ella lo miró escéptica.

—Dijeron que tendría a alguien disponible en caso de que necesitara algo, no que fueses a convertirte en mi sombra —le dijo—. Y no te ofendas, pero ya es bastante malo que el elegido hayas sido tú como para tener que sufrirte a cada minuto a mi alrededor.

Él puso el intermitente y giró a la izquierda.

—No me ofendo —aceptó comprobando el tráfico para incorporarse—, ya que no puedes hacer nada al respecto. Te guste o no, estaré a tu alrededor durante los próximos quince días, eso para empezar.

Ella se giró en su asiento, su mirada se clavó en él en el mismo momento que paraba el coche frente a una vivienda unifamiliar y apagaba el motor.

—Me muero de la ilusión.

Él se quitó el cinturón y le dedicó una divertida mirada.

—Oh, todavía no, pero lo harás —aseguró con un guiño—, sobre todo después de que hayas leído las bases del contrato.

Ella frunció el ceño cuando echó mano del bolsillo de la chaqueta de cuero y sacó un sobre doblado que no tardó en dejarle sobre el regazo.

—¿Qué es esto?

Él se lo indicó con un gesto de la mano.

—Enviaste una solicitud a la Agencia —le dijo apeándose del coche—, y eso, ha sido el resultado. ¿Quieres que te enseñe la casa o vamos directos a la habitación para tratar... los términos del contrato?

Gabriela empezaba a pensar que aquel hombre nunca la dejaría en paz, tenía que tratarse de un colosal error el que hubiese terminado precisamente él como su “guardián”, tenía que serlo ya el solo hecho de que perteneciese a cualquier división de la policía.

—Puedes irte por dónde has venido —le dijo por enésima vez desde el salón.

Él se cruzó de brazos con absoluta despreocupación y chasqueó la lengua.

—No antes de terminar lo que me ha traído hasta ti —declaró con decisión.

Ella apretó los dientes.

—De eso puede ocuparse la policía —dijo con fiereza—, pediré que envíen un sustituto mañana mismo.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Me temo que eso es algo que está fuera de discusión, nena —aceptó con la misma tranquilidad que había utilizado hasta el momento—. Por otro lado, estoy a tu total disposición para responder a cualquiera de las preguntas que tengas sobre la Agencia y el contrato que has firmado.

Ella se tensó.

—¡Yo no firmé ningún contrato!

Él sonrió con ironía.

—Sí lo hiciste —declaró, y llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón extrajo la *PDA*—. De hecho, tengo tu huella dactilar registrada como confirmación y aceptación a mi presencia.

Ella miró el aparato alucinada y luego a él.

—No... no lo has hecho.

Él se encogió de hombros.

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —aceptó con total convicción.

Ella sacudió la cabeza una vez más.

—Tiene que haber alguna clase de error —dijo al tiempo que levantaba los papeles de la Agencia—, yo ni siquiera llegué a enviar el formulario.

Él se encogió de hombros.

—El programa tiene su propia manera de hacer las cosas —aseguró con un encogimiento de hombros—, pero sus decisiones obedecen siempre a un motivo justificado. Y ahora empiezo a entender cuál puede ser.

Ella negó con la cabeza una vez más, no estaba dispuesta a ceder ante él, no después de lo que había originado para empezar su presencia en su vida la primera vez.

—No, no lo tiene —insistió—. Renuncio a ese contrato, rescíndelo, rómpelo, haz lo que quieras con ello y lárgate.

Él chasqueó la lengua, descruzó los brazos y caminó hacia ella.

—No, Gabriela. —Le tomó la barbilla y se la alzó ligeramente—. Como ya dije, no voy a irme antes de terminar lo que me ha traído hasta ti, y para poder terminar algo, primero habrá que comenzarlo, ¿no te parece?

Abrió la boca para decir algo pero él se la cerró con un beso. Bajó sobre sus labios y la probó, la degustó encontrando de nuevo en ella el sabor que había anhelado, su lengua tocó la suya y se retiró con timidez al principio, entonces le correspondió lentamente, como a regañadientes, pero le respondió. Su mano abandonó la suave barbilla y se deslizó por su cuello, una leve caricia que se deslizó hacia la nuca para acercarla todavía más a él, apretando su cuerpo suave con el suyo, degustando esa boca deliciosa de la que pensaba saciarse así le llevase toda la semana que establecía el pacto.

Rompió su beso a regañadientes, una suave retirada para permitirle componerse un poco y mirarle a los ojos; una mirada velada por el deseo y unas mejillas coloradas.

—Eso está mejor —declaró con un ronroneo—. Ahora, tú y yo vamos a hablar.

Ella se lamió los labios y dio un paso atrás, sorprendiéndole.

—No hay nada de lo que quiera hablar contigo —declaró y alzó la mirada para decirle—. Así que... vete.

Una irónica sonrisa recorrió sus labios.

—No te recordaba tan tozuda, pero me gusta el cambio —declaró y para consternación de la mujer se sacó la chaqueta y la tiró encima de una silla—. De acuerdo, muñequita, dejemos la charla para después... Elige, ¿cama o sofá?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Ninguna de las dos —declaró y señaló la puerta con la mano—. Lárgate.

Él chasqueó la lengua y volvió a acortar la distancia con ella, sus manos volaron a su cintura solo para que Gabriela diese un nuevo paso atrás, decidida a alejarse.

—Deja de jugar al gato y al ratón —la atrapó desde atrás y la atrajo contra su cuerpo. Un brazo le rodeó la cintura mientras el otro ascendía por su costado hasta moldearle el pecho—. A este gato no le gusta tener que correr detrás de ti.

Ella se retorció contra él, su trasero se frotó contra su polla aumentando su erección y las ganas que tenía de ella. Su boca se entretuvo en su cuello, besándole y mordisqueándole la piel lentamente, disfrutando de su sabor.

—No... por favor...

Él la besó una vez más, con suavidad.

—¿Vas a desnudarte para mí o tendré que hacer los honores?

Ella ladeó un poco más la cabeza dándole acceso, pero al mismo tiempo sus labios pronunciaban una negativa.

—Ni lo uno, ni lo otro —musitó e intentó separarse de él una vez más—. Solo... márchate.

Él la ignoró.

—No lo haré.

Ella se mordió un gemido e intentó una vez más liberarse de sus brazos.

—No puedo... no... no quiero... por favor... vete. —Las lágrimas discurrieron por sus mejillas.

Él se apretó un poco más a ella, su boca le acarició la oreja.

—Tu boca es la que dice “vete”, pero tu cuerpo grita desesperado porque me quede y lo cuide. Déjame cuidar de ti, Gabriela —le susurró al oído, alternando sus palabras con pequeños mordiscos y caricias.

Ella se echó a llorar, a lágrima viva, algo que enfrió momentáneamente a Nishel pues sentía su dolor, su vergüenza.

—¡No puedo! ¿Es que no lo entiendes? ¡No puedo! —gritó a pleno pulmón, su espíritu resurgiendo de entre los escombros—. ¡Casi me mata por tu culpa!

Aquello lo congeló, sus palabras y el dolor que escuchó en ellas se clavaron en su alma. Ella se giró hacia él y en sus ojos pudo ver la verdad de sus palabras.

—Tú puedes darte el lujo de aparecer y volver a marcharte sin más, pero soy yo la tiene que pagar las consecuencias —declaró con fiereza—. Fui yo la que esperó como una estúpida que volviesses a aparecer aunque fuese solo para saludar, la que pensó por un breve segundo que un polvo de una noche podría haber cambiado alguna cosa... Pero lo único que obtuve a cambio fue su visita y su odio. ¡Quiero que te vayas! ¡Ahora!

Las palabras tenían la fuerza de un huracán, la verdad y la rabia batallaban en ella.

—¿Qué te hizo ese pedazo de mierda?

Las lágrimas brillaban en sus ojos negándose a ser derramadas.

—Márchate, Nishel —pidió utilizando por fin su nombre—. Por favor, sal de aquí...

Sus ojos se entrecerraron sobre ella.

—Te vigilaba.

No era una pregunta, su suposición quedó pronto confirmada por la forma en que ella apretó los labios y apartó la mirada.

—Te lo dije esa noche —musitó en voz baja—. Te dije que ese maldito cabrón estaba ahí fuera, que era cuestión de tiempo que me encontrara...

Sus ojos se clavaron en los de él, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

—Me encontró y lo sabía... dijo que le había traicionado, que no era más que una ramera barata... —susurró—, atravesó la puerta sin que yo pudiese hacer nada, me empujó y luego... luego me arrastró del pelo escaleras arriba...

Ese hombre estaba muerto. Nishel lo supo incluso antes de dar un paso hacia ella y cogerle el rostro entre las manos silenciando sus palabras.

—No —negó y antes de que ella pudiese decir una sola palabra, la besó—. No volverá a acercarse a ti, no tocará ni un solo centímetro de tu piel porque desde ahora y hasta que termine el contrato me perteneces.

Ella negó con la cabeza, de su garganta escapó un quejido desesperado.

—¡No! —insistió ella—. ¡Quiero que te vayas! ¡Vete!

Él no cedió.

—Dame una buena razón para que lo haga —le soltó—. Y una real.

Ella apretó la mandíbula y finalmente escupió.

—Porque estoy sucia y no quiero que me toques —musitó en apenas un susurro, el dolor brillando con fuerza en sus ojos—. No quiero que me toque nadie... no quiero... por favor... vete.

La intensidad en su voz lo alcanzó con fiereza, esa pequeña muñequita había sido mucho más herida de lo que pensó en un principio.

—No hay nada sucio en ti, Gabriela —le aseguró con suavidad, entonces la atrajo hacia él una vez más y le borró las lágrimas de los ojos con los dedos—. Y vas a permitir que te toque... no solo eso, sino que vas a permitir que te acaricie, que lama cada centímetro de tu piel y me entierre profundamente entre tus piernas porque es lo que yo deseo. Y tú, vas a obedecer mis deseos y te entregarás al placer.

Ella intentó luchar una vez más pero él la redujo con suavidad, su poder se extendió voluntariamente para hacer un inventario del estado de la muchacha. Aspiró profundamente al sentir cada uno de los golpes en el cuerpo femenino, si bien encontró que la fractura en la costilla y la fisura del brazo estaban ya sanadas, encontró restos de antiguo dolor en varias partes del cuerpo, la zona que ella le había mostrado solo era la primera.

La rabia aumentó en su interior, no soportaba el maltrato de ninguna clase y mucho menos contra una mujer inocente que no había hecho otra cosa que enamorarse del hombre equivocado.

—Voy a quedarme aquí y contigo esta noche —le dijo rodándole las mejillas con el pulgar una vez más —, si mañana sigues queriendo que me vaya, pues... lo hablaremos.

Ella dejó de luchar, su mirada fija en la de él.

—¿No deberías decir que te irás?

Él le devolvió la sonrisa.

—No soy alguien que acepte un no por respuesta, muñequita, especialmente cuando ese no ni siquiera quiere ser pronunciado —aceptó besándole suavemente los labios—. Vas a servirme y obedecerme, yo cuidaré de ti a cambio y te daré todo lo que necesites, sin excepciones.

Su mirada sostuvo la suya, el temor y los recuerdos iban a la deriva en ellos.

—Todo lo que necesito es que me dejes sola —declaró con un pequeño quejido—. Solo... eso.

Él chasqueó la lengua y negó rotundamente.

—Ambos sabemos que no lo haré —aseguró y bajó la mirada sobre ella—, por el contrario, voy a quedarme. Y te follaré. Hasta que dejes de pensar y tu alma se libere de la pesada carga que porta.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él volvió a acallarla.

—Mañana —la interrumpió—, mañana a primera hora prometo escuchar todas y cada una de las cosas que tengas que decirme o gritarme, pero ahora mismo, muñequita, vamos a hacernos cargo de uno de los primeros problemas que tenemos entre manos y la ducha me parece el lugar perfecto para ello.

Antes de que pudiese abrir la boca, la alzó en brazos, giró sobre sí mismo para situarse y finalmente enfiló hacia el dormitorio. Gabriela estaba tan atónita con todos los recientes acontecimientos, que no pudo hacer más que rendirse y dejarse llevar. No había esperado volver a ver a ese hombre y su presencia sabía que traería consigo más problemas de los que ya tenía encima.

CAPÍTULO 3

El cárdigan pasó a mejor vida. Uno por uno los botones de la blusa fueron cediendo y se encontró inmóvil entre sus brazos, sometida por su mirada; quería pelear, negarse de nuevo a esa clase de intimidad, hacerlo salir del que sería su nuevo hogar y de su vida pero era incapaz. El tacto de esas manos y la suavidad con la que la trataba contrastaba estrepitosamente con el aspecto gótico y ese aire de peligrosidad y mando que llevaba como una segunda piel, su enorme cuerpo no la avasallaba y su voz, ese tono dominante y varonil que hacía que todos sus sentidos despertaran la llenaban de una paz que no había vuelto a sentir desde el momento en que se marchó en el amanecer de aquel día.

La prenda se deslizó suavemente por sus hombros, los fuertes dedos siguieron el recorrido, deseó poder cerrar los ojos y dejarse llevar pero era incapaz de hacerlo. Aún hoy era el día en que se quedaba de pie ante el espejo y recordaba el estado lamentable de su cuerpo, los hematomas, los cortes ocultos bajo las vendas, la sensación de una lanza atravesándole el costado cuando respiraba y su pierna escayolada; el animal se había ensañado con ella.

—No... —aferró sus manos, sus dedos no dejaban de temblar. Dio un paso a un lado y alzó la mirada al apartarse de él—. Puedo hacerlo yo sola, me daré una ducha y...

Él ni siquiera se inmutó, por el contrario eliminó la distancia que ella había interpuesto y continuó con su cometido; desnudarla por completo.

—Sé que puedes hacerlo tú, pero no ahora —aseguró tironeando de la blusa hasta haberla sacado por completo de sus brazos dejándola únicamente con un sostén de algodón azul celeste—. En este momento... —le besó el hombro con una ligera caricia—, seré yo el que me ocupe de ti... —le besó el cuello—, y de algo más placentero.

Se estremeció cuando sintió las grandes manos cerrándose sobre sus pechos, sus dedos rozándole los pezones por encima del sujetador.

—Hmm, me encantan tus pechos —aceptó acariciándolos, sopesándolos en sus manos—, eres un molde perfecto, criatura...

Su primer pensamiento fue protestar, alejarle pero ese hombre la hechizaba, su voz era como un sedante para sus alterados sentidos. Entonces sintió sus dedos deslizándose hacia la piel todavía marcada, tocando lugares que si bien ya estaban curados conservaban otro color o permanente marca; notó su respiración en su oído así como su repentina tensión.

—Ese hijo de puta ha firmado su sentencia de muerte —le oyó mascullar.

Ella se estremeció, sus palabras parecían tan reales que le dio miedo escucharlas.

—No cometas ninguna estupidez —murmuró antes de poder contenerse.

Él le acarició los hombros con las manos y deslizó los tirantes por sus hombros.

—¿Te preocupas por mí?

Ella sacudió la cabeza.

—La policía no sois conocidos precisamente por vuestra cabeza fría.

Las manos se detuvieron entonces sobre sus brazos, por encima de los codos, una breve pausa que pronto quedó atrás a favor del cierre del sujetador.

—El que colabore con el departamento de policía, no me hace uno de sus chicos con placa —lo escuchó decir de nuevo junto a su oído, el aliento le acariciaba la oreja—. Te lo dije, trabajo para ellos como asesor...

Ella se relajó contra su cuerpo, le sorprendía sentirse así, su tacto le agradaba pero era como si faltase alguna cosa.

—...y como detective —recordó entonces—, y como... lo que quiera que seas para esa agencia tuya...

Él rio.

—Dejémoslo en Agente Externo, cariño —declaró quitándole el sujetador y le besó el oído—. Sí, es un

término que encaja perfectamente en cada uno de mis múltiples ocupaciones.

La prenda salió volando frente a ella seguida de unas manos que descendieron por sus costillas hasta la cintura del pantalón vaquero.

—¿Bien hasta aquí? —le preguntó bajando de nuevo a besarle el hombro—. Te noto tensa, pero no tanto como para quebrarte.

El botón cedió fácilmente y lo siguió la cremallera, la tela se deslizó por sus piernas después de un leve tirón para que pasase de sus voluptuosas caderas hasta quedar arremolinado alrededor de sus pies.

—No sé por qué te permito hacer esto —musitó ella bajando la mirada sobre él—. Tendría que gritar, patalear... no dejar que me toques... me siento... mal... pero... no puedo evitar necesitar lo que haces... Quiero sentirme limpia otra vez... necesito sentirme limpia...

Él le sonrió desde su posición a sus pies, le acarició el empeine con un dedo.

—Haremos que esa sensación de malestar desaparezca —contestó él al tiempo que le quitaba una de sus zapatillas deportivas y la liberaba de una de las piernas del pantalón—. Necesitas sentir de nuevo, salir de la habitación oscura en la que te has encerrado... necesitas ser cuidada, atesorada... eres una mujer deliciosa y hermosa por dentro y por fuera...

Ella parpadeó y dejó escapar un cansado suspiro. Se le cerraban los ojos.

—No mientas —murmuró levantando el otro pie después de que él le hubiese quitado la zapatilla—. Sin mentiras... por favor.

Nishel ocultó una sonrisa mientras terminaba de retirarle el pantalón.

—No miento, Gabriela —insistió él—. Nunca te mentaré, es parte del trato...

Ella frunció el ceño.

—¿Qué trato?

Su sonrisa aumentó.

—Mañana, muñequita, hablaremos de ello mañana —le dijo mientras se levantaba y la contemplaba con avidez. Su entrepierna lucía una palpable erección—. Ahora, nos vamos a la ducha.

Ella suspiró, de repente la idea de bañarse ya no le apetecía tanto como encontrar una cama y tenderse en ella... a dormir.

Estaba agotada física y anímicamente, pero sobre todo lo estaba su alma. Nishel podía ver el aura de un intenso color gris a su alrededor, un síntoma que no había sido tan acuciante la primera vez que la vio, su primer momento con ella. Gabriela se había rendido, lo que le ocurrió agotó su espíritu, no dejaba de sorprenderle que en su actual estado hubiese recurrido a la Agencia, de nuevo el extraño programa que la regía y del que nadie sabía exactamente su procedencia había encontrado a la candidata perfecta. Los requisitos que había incluido se alejaban de las necesidades generales de los demandantes, ella no pedía sexo y liberación, buscaba cariño y ternura... Que recordase era la primera mujer que escribía a la agencia solicitando que la amasen.

Alzó sus ojos claros hacia ella, tras entrar en la ducha y asegurarse que no se dormiría de pie la había dejado sola, concediéndole esa breve intimidad que necesitaba en aquellos momentos. Le hubiese gustado entrar con ella, espabilar su cuerpo y hacerlo reaccionar, pero debía cumplir con su tarea y ahora mismo lo que necesitaba era paciencia y ternura, extraerla de nuevo del capullo en el que estaba recluida. Su don sobre la voluntad le había permitido sosegarla, que aceptase su presencia sin mucho más escándalo del que sabía que deseaba armar.

Ni siquiera estaba seguro de que comprendiese realmente los parámetros que implicaban el contrato, pero aquello podía esperar a mañana, ahora ya tenía bastante con su presencia y con el primer Pacto que no pensaba dejarle eludir. Una buena noche de sexo liberador siempre ponía de mejor humor a las

mujeres y haría más sencilla su tarea.

Por el momento cubriría su necesidad de protección y descanso, eso le daría tiempo para indagar un poco más en lo que había ocurrido desde el momento en que salió de su casa tras su primer encuentro.

Dejándola con su aseo cruzó la habitación y volvió al salón, extrajo el teléfono móvil del bolsillo de su cazadora y marcó de memoria el teléfono de alguien que le debía un favor.

—¿Radin? —preguntó nada más oír el pitido que marcaba la respuesta del otro lado—. Necesito que me hagas un favor, sí, quiero saber dónde está una persona... No, es un despreciable humano.

CAPÍTULO 4

—¿Qué es la Agencia Demonía y sobre todo, cómo ha llegado esto a tus manos?

Nishel se despertó con el brillo de un cuchillo de cocina reflejándose en su rostro. Gabriela lo empuñaba con una mano mientras la otra abanicaba una copia del formulario con los requisitos que ella había escrito. La luz del nuevo día entraba por la ventana del salón dónde había dormido y la enmarcaba como si fuese un pequeño y voluptuoso ángel vengador.

—Esta es la segunda vez que irrumpes en mi vida de esta manera —declaró meneando el cuchillo, el cual temblaba bastante en su mano—. Y la vez anterior también estaba esa agencia de por medio... ¿Cómo ha llegado esto a tus manos? ¿Quién diablos eres en realidad? Dame un maldito motivo por el que no deba clavarte esto en las pelotas.

Se dio el lujo de bostezar y apartó la manta con la que se había cubierto, se enderezó en el sofá y se frotó la cara con pereza.

—Te daré varios —respondió con voz somnolienta—. El primero de ellos, es que mi polla se sentirá mucho más feliz si mantienes eso lejos de ella y a la larga tú me lo agradecerás. Segundo, actualmente soy todo lo que necesitas, el único que puede mantenerte a salvo y sacarte del pozo en el que estás metida. Y tercero, porque has demostrado que puedes permanecer tranquila conmigo alrededor.

Ella abrió la boca para decir algo, entonces la cerró. Sus ojos se angostaron antes de volver a hablar.

—Pero no eres policía...

Él puso los ojos en blanco.

—Creí que eso lo había dejado claro anoche —le dijo y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón de dónde sacó una funda con una identificación—. Soy investigador privado y asesor del departamento de policía para las víctimas de secuestros, violencia de género, etc. Y trabajo también para la Agencia Demonía, cuando así lo requiere Nick.

Ella sacudió la cabeza sin comprender.

—¿Nick?

Él la miró.

—Nick Hellmore, el dueño de la agencia —explicó—. Y el motivo por el que “eso” haya caído en mis manos, tal y como le dije ayer, es porque cubriste el impreso y lo enviaste, nuestro programa te seleccionó y yo soy el agente que han destinado para ti.

Ella sacudió la cabeza y alzó un dedo.

—¡Ya te dije que yo no lo envié! —chilló a la desesperada—. Nunca llegué a enviar ese formulario.

Él le dedicó un divertido guiño.

—¿Admites entonces haberlo cubierto?

Sus ojos relampaguearon, por un breve instante su carácter salió a la luz.

—Relájate, muñequita —procedió a darle un poco de tranquilidad—, todo irá bien. El contrato ya está firmado y sellado, tienes en tus manos todo el material que necesitas y si deseas que responda a alguna pregunta más, lo haré.

Ella entrecerró los ojos recordando vagamente su conversación del día anterior.

—Yo no firmé... la *PDA*.

Bien, parecía estar bastante lúcida después de una buena noche de sueño.

—Sí, lo hiciste —aseguró mirando el cuchillo que todavía sostenía y luego a ella—. Y sí, la *PDA*. Diste tu consentimiento cuando se grabó tu huella dactilar en la pantalla.

Jadeó, pudo ver el momento exacto en que sus palabras hacían clic y la compresión entraba en su mente.

—No lo has hecho —susurró atónita, el cuchillo bailaba en su temblorosa mano—. ¡Eso no puede ser legal!

Sin perder de vista el cuchillo se levantó.

—Es legal —aceptó con tranquilidad—, y no hay nada de lo que debas preocuparte en lo referente a ello.

Su rostro se arrugó, sus ojos brillaban y parecía estar a punto de echarse a llorar.

—¿Nada de lo que preocuparme? ¿Nada? —farfulló—. Irrumpes en mi vida... otra vez... Me... me engañas y me mientes... ¿y dices que no hay nada de lo que tenga que preocuparme?

Puso los ojos en blanco, estaba claro que aquella mañana no iba a ser todo arcoíris y conejitos.

—Gabriela, en ningún momento he pronunciado mentira alguna —insistió—. Estoy aquí porque soy el terapeuta que ha solicitado la comisaría para tu caso, el hecho de que haya un contrato con mi agencia de por medio... no es sino un beneficio añadido.

Ella sacudió la cabeza y alzó el cuchillo casi sin pensarlo.

—¡Solo tú podrías encontrar algún beneficio en una mierda como esta! —declaró desesperada—. Qué clase de loco psicótico eres tú, ¿eh? No te quiero de terapeuta... ¡No quiero ni una maldita cosa que venga de ti o de nadie! ¡Lo único que deseo es estar sola!

En un abrir y cerrar de ojos se paró delante de ella y le quitó el cuchillo de las manos antes de que le hiriese o se hiciese daño a sí misma. Estaba nerviosa, desesperada, no era una buena combinación con las armas.

—Para empezar, Gabriela, esta será la última vez que me amenazas con un cuchillo o cualquier clase de arma —le dijo muy serio—. Inténtalo una segunda vez y no te advertiré, te pondré sobre mis rodillas y te dejaré el culo como una amapola... y disfrutaré mientras lo hago.

Ella se tensó y reculó ante su tono.

—¿Lo has entendido?

No respondió, pero tampoco era necesario, por fin tenía toda su atención.

—Te hice una pregunta, Gabriela —insistió, su voz suave, tranquila—, y agradecería de tu parte una respuesta siempre que me dirija a ti.

Su respiración acelerada empezó a bajar de intensidad.

—Vete de mi casa —insistió en voz baja, apenas un susurro—. Sal de mi vida...

Él chasqueó la lengua, puso los ojos en blanco y se dio el lujo de atraerla hacia él, girarla y volvió a sentarse para cogerla en brazos, con el trasero meneándose bajo la indisoluble atadura que formaba su antebrazo. Antes de que ella pudiese emitir una sola nota de protesta dejó caer su mano sobre el culo cubierto con vaqueros.

—Mala respuesta, muñequita —musitó y volvió a dejar caer la mano, con fuerza suficiente para que picase sobre su trasero—. ¿Lo intentamos de nuevo? Puedes decir; sí, lo entendí, señor. O Maestro. O Maestro Nishel si realmente quieres agradarme.

—¡Qué te jodan!

Su respuesta sonó alta y clara, despertando en ella aquella vena luchadora que había permanecido adormecida las últimas horas.

—¡Suéltame, maldito hijo de puta! ¡Déjame ir!

Con una perezosa sonrisa, empujó su brazo hacia abajo, de modo que la parte superior de su cuerpo

cayese sobre un lado del sofá y con la mano libre, le arrancó el pantalón obligándolo a ceder hasta que el suave y pálido trasero femenino quedó al aire.

—Nuevamente, respuesta equivocada —le dijo y dejó caer su palma sobre la carne desnuda. El respingo que pegó bajo el golpe se repitió cuando acarició el mismo lugar—. Vamos a asentar algunas bases de comportamiento y educación aquí, Gabriela. Exijo un tono educado y correcto cuando te refieras a mí, cada vez que blasfemes o me insultes, te llevarás un azote.

—¡Vete a la mierda, perverso!

Sus labios se estiraron y su mano volvió a caer sobre la cálida y blanda carne. Se cuidó en todo momento de no azotarla en el mismo lugar ni hacerlo con demasiada fuerza; solo lo justo para hacerla saltar... y calentarle el culo.

—Parece que nos hemos despertado con ganas de batalla, ¿eh?

Ella volvió a insultarle y como castigo le dio otro azote haciéndola saltar, repitió la operación tres veces más hasta que ella rompiese a llorar y le hablase sin ese borde de enfado en la voz.

—¿Dispuesta a comportarte con corrección?

Asintió, un ligero movimiento de cabeza que pronto fue seguido de la confirmación verbal.

—Sí —balbuceó.

Le acarició y masajeó el colorado trasero, aliviando al tiempo que acentuaba su caliente carne.

—Por favor... ya no más... lo entendí —gimoteó.

Él se inclinó hacia delante, apartándole el pelo rubio del rostro.

—¿Lo entendí, qué?

Ella sorbió por la nariz, entonces pronunció la palabra como si fuese un insulto.

—Señor.

Bueno, por ahora aquello tendría que ser suficiente. Sin dejarla objetar la deslizó hacia el suelo y devolvió su ropa a su estado original.

—Buena chica —le borró las lágrimas del rostro con las manos—. Si has de pelear con alguien, que sea contigo misma para derribar esas barreras, pero no nos culpes a los demás de tu incapacidad para hacerlo. Vamos a pasar los próximos quince días juntos, Gabriela y exigiré de tu parte un mínimo de cortesía y corrección, ¿de acuerdo?

Ella se limpió el rostro con gesto enfadado.

—Sí —siseó.

Él arqueó una ceja y se inclinó hacia ella.

—Mientras estemos tú y yo a solas, te dirigirás a mí como señor —le dijo y alzó la mano cuando ella empezó a protestar—, de ese modo ambos sabremos que estás en mí mismo barco y que trabajarás conmigo para deshacer lo que te hizo ese hijo de puta.

Ella tragó ante la vehemencia de sus palabras.

—¿Lo has entendido?

Alzó la barbilla ligeramente y respondió con la misma fuerza que antes.

—Sí... señor —declaró una vez más entre dientes.

No pudo resistirse y le revolvió el pelo.

—Bien —asintió y se inclinó sobre ella—. Por lo pronto vamos a volver a la comisaría para firmar el resto de los papeles que te pondrán bajo mi custodia los próximos días.

Ella no dijo nada, pero tampoco era necesario, podía ver perfectamente en sus ojos que la llama había prendido de nuevo en su alma. Podía ser demasiado débil, pero estaba allí y eso era un comienzo más que suficiente para él.

Radin se despertó de golpe, su pecho subía y bajaba rápidamente con el ritmo de su respiración. Un rápido vistazo a su lado y la descubrió plácidamente dormida, deslizó la mano sobre su desnuda espalda y la notó cálida; lo suficiente como para no preocuparse. Ella dormía tranquila, su juvenil rostro oculto bajo el encrespado pelo rubio, su cuerpo desnudo de piel blanca saciado y alimentado tras la fogosa noche. Esa pequeña hechicera lo había arrastrado consigo a un peculiar infierno, el de desear a una mujer y verse vinculado irremediablemente a otra.

Ankara era su vínculo, su maldición. Su vida dependía única y exclusivamente de la suya, algo que hacía aquel consorcio incluso más irritante. Él no amaba a la joven hechicera de hielo, su corazón había sido robado tiempo atrás por otra mujer; una que pensó que podría poseer y desposar. Y lo habría hecho, si esa maldita hembra no hubiese nacido.

Llevaban juntos ya dos años, un periodo que no había hecho gran cosa por acercarlos y sí mucho para alimentar su desprecio hacia ella y hacia el sino que los había conducido a tal situación. No podía evitar sentirse traicionado al verla, tanto o más de lo que se sentía al estar con ella, pero no había otra forma. Le necesitaba tanto para mantener su poder a raya como para evitar su completo despertar; uno que traería consigo un gran dolor para ambos.

Así pues, él era un hombre condenado, uno que no tenía otra vida que la que existía a su lado, un destino que no desearía ni a su peor enemigo.

Hizo a un lado las sábanas y abandonó el lecho completamente desnudo, su cuerpo estaba saciado y en equilibrio. Podían no dedicarse las más hermosas de las palabras, herirse con ellas, pero el sexo seguía limando aquellas asperezas. La cama se convirtió en el único lugar en el que no se herían, el único momento de paz que ambos se permitían.

En un abrir y cerrar de ojos su cuerpo quedó cubierto por su típica indumentaria, unos vaqueros, una camisa oscura y un largo abrigo de cuero que cubría buena parte de su metro noventa. Era bueno ser hechicero, especialmente para ciertas cosas.

—¿Radin?

Se volvió a escuchar su suave y adormilada voz.

—Duérmete, Kara —le dijo con sequedad. Comprobó que llevaba encima todo lo necesario y se dirigió hacia la puerta. Aquel era tan buen momento como otro para atender la petición de Nishel.

—¿A dónde vas? —musitó ella. Por el sonido de las sábanas sabía que se estaba incorporando—. ¿Qué hora es?

No respondió, abrió la puerta y le dedicó un último vistazo.

—¿Radin? —insistió ella.

Él apretó los dientes ante su maldito destino.

—Tengo cosas que hacer, no me esperes para comer —declaró—. No sé cuándo volveré... así que no te muevas de aquí.

Sin darle más explicaciones, cerró la puerta tras de sí y se alejó de la única mujer que tenía en sus manos la posibilidad de destruirle.

CAPÍTULO 5

Gabriela dio un respingo al tomar asiento delante de la oficina del inspector, tuvo que morderse el labio inferior para no maldecir allí mismo. Estaba muy sensible, ese maldito hijo de puta le había azotado el culo hasta dejárselo colorado. Y lo peor no era eso, era la maldita necesidad que había despertado en ella. Jamás había sido sumisa, en realidad ni siquiera creía que le gustaría jugar hasta que él se presentó ante ella aquella primera noche y la sometiera.

La caricia de la fusta en su piel, la sensación del picor, el sonido de sus palabras, el tono de su voz... había accedido a llamarle maestro... amo... a lo que le pidiese con tal de recibir más de él. Los recuerdos

estaban tan frescos en su memoria que podía revivir aquel momento una y otra vez sin perderse nada.

Él se había presentado a la puerta de su casa, un hombre de más de metro noventa, fuerte constitución, pelo gris claro y vestido con ropa gótica de cuero podría suponer una fuerte impresión para cualquiera, más si dicha visita se personaba en el portal de tu casa alrededor de la medianoche con una bonita sonrisa en los labios y un pie deteniendo la puerta que amenazaba con cerrarse.

Su conversación inicial había girado en torno a despejar algunas dudas, recordaba su risa cuando le preguntó si era un asesino en serie o siervo del diablo. Cuando lo había visto dio por supuesto que se trataba de algún amigo de su vecina Eireen, que vendría a decirle que se metiese en sus propios asuntos o dios no lo permitiera, que tuviese algo que ver con Jordan quien en aquel entonces estaba allí fuera, buscándola.

No estaba segura cómo había pasado de estar del lado de fuera a entrar en la casa, cerrar la puerta, dejar que la besara hasta el punto de quedarse en ropa interior y contarle con pelos y señales quien era el psicótico hijo de puta que la estaba persiguiendo. Había estado asustada, aterrada en realidad de que aquel extraño que la encendía tuviese algo que ver con ese cabrón.

Pero no fue así, lo que Nishel hizo aquella noche fue darle un momento de paz en medio de un jodido huracán.

—¿Me entregarás tu voluntad hasta el alba, *Mia*? —le había dicho—. ¿Cumplirás con tu palabra y accederás a todas mis peticiones? Si lo haces, cumpliré cada uno de tus deseos y fantasías y desterraré la oscuridad de tu alma.

Ella se había derretido bajo sus palabras, algo en él le decía que era mucho más de lo que se veía a simple vista, su mirada mostraba una abierta y sincera hambre sexual y ella estaba tan sola, tan necesitada de un poco de compañía, de cariño... Cualquier clase de atención que la hiciese olvidarse por un pequeño instante del miedo en el que vivía.

—Te entrego mi voluntad... hasta el alba.

Él había sonreído ampliamente antes de deslizarse la chaqueta por los musculosos brazos y caminar hacia ella con una intención más que clara en sus ojos.

—Eres mía... hasta el amanecer —sonrió con malicia—. Ahora, prepárate para ser azotada, has sido una chica mala, *Mia*, muy mala.

La mirada en el rostro de aquel hombre prometía algo que no estaba segura de ser capaz de enfrentar y con todo, la idea de que él la azotara, de que cualquier centímetro de su cuerpo entrase en contacto con el magnetismo sexual que exudaba la hacía sentirse temblorosa en una forma que nunca había experimentado. Debía estar asustada, preocupada al menos ante la palabra “azote” pero lo único que sintió en aquel entonces fue su sexo mojándose ante la sola idea.

—Desnúdate.

La orden había llegado de forma perezosa pero firme, él se había apoyado contra el pasamanos que llevaba al piso de arriba, tomándose su tiempo para conocer cada una de sus reacciones, como si deseara saber de qué forma actuaría su mente ante lo que él pidiese, cómo se comportaría su cuerpo ante la perspectiva de ceder el control y someterse a él. De alguna manera fue capaz de penetrar en su alma y descubrir cada una de sus fantasías, saber que a pesar de todo lo ocurrido no estaba dañada, que era capaz de someterse a un completo extraño, de resistir un juego como aquel. Deseaba ser atada, azotada, poseída más allá de cualquier elección que no fuese la de someterse a los deseos de su señor. Quería demostrarse a sí misma que aquella fantasía solo era un juego para ella y no una consecuencia de su tiempo con aquel cabrón lunático.

Dispuesto a llamar su atención y reafirmar su posición como dominante, Nishel se había quitado la chaqueta de cuero dejándola sobre el pasamanos, los fuertes músculos de sus brazos quedaron al descubierto al igual que el inmenso y varonil torso.

—He dicho, desnúdate, *Mia*. —Su voz sonó ahora fría, dura, sus ojos brillantes con una clara

advertencia—. No me gusta repetir las cosas, si tengo que volver a hacerlo, te castigaré.

Parpadeó, incluso dio un pequeño respingo abriendo la boca para preguntarle cómo era posible que supiese su nombre, pero no se lo permitió.

—Obedece, muchacha. —Su voz acerada, prometía un oscuro castigo.

Tragando saliva, echó un rápido vistazo a su alrededor, comprendiendo por primera vez donde estaba realmente.

—Es... esto es el recibidor... si llega alguien...

Pero él aquello le traía sin cuidado, se había limitado a avanzar hacia ella, acortando la distancia entre ambos y tocarla, torturando uno de sus pezones, apretándolo con intención de provocarle un mínimo de dolor; una picadura de advertencia.

Su reacción había sido instintiva, deseaba más de su contacto.

—Des.nu.da.te —deletreó él, haciendo hincapié en cada una de las sílabas con un estudiado movimiento, jugando con el poder que tenía sobre ella, demostrándole que era él quien mandaba—. Después, dirígete a las escaleras e inclínate sobre el tercer escalón, es hora de empezar con tu adiestramiento.

—¿A...adis... adiestramiento? —jadeó cuando sintió un nuevo tirón en su pezón izquierdo, a pesar de que ya estaba empezando a moverse para desabrocharse el sujetador y hundir los dedos en el elástico de sus braguitas—. Ah... más... más suave... por favor...

Él llevó la otra mano al pezón libre y le aplicó el mismo trato, tirando de ambos hacia arriba sin delicadeza, acercándola a su rostro, permitiendo que sus miradas se encontraran y sus bocas estuviesen a unos centímetros de distancia.

—Más suave... Maestro Nishel —le contestó con voz suave y sedosa, un pequeño oasis de bálsamo para el picante placer que acunaba sus pechos—. Me llamarás Maestro o Señor a partir de ahora y hasta que yo lo diga, veremos cuanto puedes aguantar... “esclava”.

Se derritió ante sus palabras.

—Si en algún momento sientes miedo, o crees que no puedes o no quieres continuar, solo tienes que decir una palabra: “Palomitas”. ¿Lo has entendido, *Mia*?

—¿Palomitas?

Él se lamió los labios y la miró con abierto apetito.

—¿Lo has entendido?

Tragó audiblemente y asintió, era incapaz de apartar los ojos de los de él.

—Yo... sí... aunque...

—Hazlo, muñequita... si realmente deseas saber lo que es ser dominada, lo harás —le dijo sin cambiar de postura o tono de voz.

La idea era tan atrayente como aterradora y él lo sabía, supo el momento exacto en que su mente empezó a trabajar en excusas.

—Te gustará —le dijo con absoluta convicción—. Te gustará todo lo que le haga a tu cuerpo.

Sin esperar contestación la soltó y volvió a su posición original a los pies de la escalera.

Su mirada azul violácea vagó lentamente hacia el hombre de pie junto a las escaleras, realmente era un dios hecho carne, no había otra manera de describir el placer que veía en sus ojos mientras la ordenaba, exigiéndole, amenazándola con castigarla y haciéndolo antes de que tuviese tiempo a replicar. Aquel extraño era todo lo que había buscado siempre en un hombre, en hombres que no había tenido el valor de enfrentar.

—Estoy esperando, *Mia*.

Tomando una profunda bocanada de aire, deslizó el sujetador por sus brazos, se lo quitó y lo dejó caer a un lado, sus pechos eran llenos, no demasiado grandes, el tanga se deslizó por sus largas piernas, sacando primero un pie y luego otro. Desnuda con tan sólo unos zapatos de tacón bajo como calzado, se

presentó ante él.

—Quítate los zapatos.

Se los quitó de una patada, deseaba aquello... por más que su mente dijese lo contrario y empezase a cuestionar su cordura, lo deseaba.

—Ven aquí, *Mia*.

Cada vez que pronunciaba su nombre era como si lo convirtiese en un posesivo, un reclamo sobre ella. Su voz sonó ronca cuando la llamó, alzó con timidez la mirada y se lo encontró recorriéndola con la lujuria grabada en sus ojos, su lengua emergió un instante después de sus labios y se los lamió con anticipación pero fue el bulto de su polla empujando los pantalones lo que la dejó sin respiración y provocó que la incipiente humedad que había surgido entre sus piernas aumentase, rebasando los labios de su sexo con vergonzosa impunidad.

—Estás tardando demasiado, muñequita, ¿debo castigarte?

No pudo evitar mirarle atónita cuando lo vio acariciarse la pierna del pantalón y sacar, sólo podía ser de un bolsillo oculto, una delgada fusta de cuero negro terminada en una lengüeta.

—¿Cómo has...?

El chasquido del cuero golpeando contra la pierna enfundada en sus pantalones la sobresaltó, sus ojos volaron allí donde ahora acariciaba en círculos su propio muslo.

—No hablarás a menos que se te pregunte o digas la palabra que te liberará —le dijo con voz firme y al mismo tiempo con una cadencia tan sensual que la hizo estremecerse—. Dila ahora y detendré el juego. ¿Quieres que me detenga?

Mojándose los labios, sacudió la cabeza. Qué dios la ayudara... ¡No quería que se detuviese!

—No.

Él se llevó la paleta de la lengüeta de la fusta contra la mano en un suave chasquido de advertencia.

—No, ¿qué?

Ella tragó saliva y respondió.

—No, Maestro Nishel.

—Buena chica —ronroneó jugueteando con la fusta un instante antes de indicar las escaleras con ella—. Asume tu posición.

Antes de que pudiera pensar en utilizar esa fusta que parecía hacerse más y más oscura en sus manos, caminó hacia él parándose a su lado, mirándole y mirando después el tramo de escaleras donde se suponía que debía inclinarse. Se mordió el labio inferior, sabía que en aquella posición su trasero quedaría en pompa, su sexo totalmente expuesto para él o cualquiera que entrase desde la puerta de la calle.

—¿Podríamos al menos cerrar la puerta con llav...?

Una caliente picadura acarició una de sus nalgas desnudas haciendo que soltara un jadeo de sorpresa.

—No hablarás a menos que te pregunte —le recordó acariciando con la paleta de la fusta el lugar donde la había golpeado. Cuando no le respondió con la suficiente celeridad, volvió a dejar caer la fusta sobre las desnudas nalgas—. ¿Lo has entendido, muñequita?

—¡Sí! —respondió apresuradamente—. Sí, señor.

—Bien —lo oyó susurrar a su espalda, acariciando nuevamente su trasero con la fusta—. Ahora inclínate tal y como te indiqué, y abre las piernas, quiero verte.

Se mordió el labio inferior y alzó brevemente la mirada hacia él.

—Esto es... creo que... es un poco vergonzoso.

Le vio esbozar una lenta sonrisa, la mano que estaba acariciándole el trasero con la fusta empezó a ascender por su espalda hasta cerrarse en su nuca. Sus dedos masajearon suavemente la zona hasta que la rigidez que la envolvía empezó a desaparecer, entonces apretó suavemente pero con firmeza y la empujó hacia delante obligándola a doblarse tal y como le había indicado; tuvo que echar los brazos hacia

delante para evitar caer de bruces.

—¡Maldito hijo de puta! —siseó sintiendo el esfuerzo que tuvieron que hacer sus manos para detener la caída.

Él chasqueó la lengua y dejó caer la fusta con fuerza sobre su trasero ahora alzado hacia arriba.

—¡Ay!

El ligero picor fue a más, con cada nueva caída de la lengüeta de cuero sobre su piel se sentía más extraña, dolía, oh sí, pero pronto ese dolor quedó relegado a un segundo plano para tomar prioridad la intensidad que se incrementaba entre sus piernas y humedecía cada vez más su henchido sexo.

—¿Qué dije sobre hablar?

No dijo ni una sola palabra y apretó con fuerza los labios intentando no gemir ante la maldita y placentera sensación de su mano acariciándole ahora el caliente culo.

Satisfecho con su silenciosa respuesta, abandonó su trasero y retrocedió un par de pasos, permitiéndose una generosa vista de su sexo brillante por los jugos que podía sentir resbalando por la cara interior de sus muslos.

—Hermoso, sencillamente hermoso —lo oyó murmurar—. Levanta más el culo para mí, muñequita.

Mordiéndose el labio inferior dudó durante unos instantes, entonces obedeció, inclinándose un poco más, sus pechos rozando uno de los peldaños con cada movimiento enviándole deliciosos escalofríos por todo el cuerpo. ¿Cuándo había sido la última vez que estuvo así de caliente? No podía recordarlo, no solo no lo recordaba si no que dudaba que hubiese estado alguna vez en un estado de excitación semejante. Sentía los pechos pesados, los pezones tensos y necesitados de atención, su coño era un pozo goteante que se moría por ser llenado preferiblemente con la polla que ocultaban aquellos pantalones de cuero negro que se ajustaban tan bien a las piernas y el prieto trasero de aquel hombre.

Tan pronto como esa idea cruzó por su mente, se sonrojó, asombrándose de su propia conducta... ¡Deseaba a un hombre al que no conocía, que había entrado en su casa y se había apoderado en cuestión de unos minutos de su mente racional haciéndola papilla! ¡Por dios, estaba desnuda, en el recibidor de su casa, dejando que la azotara y eso la ponía cachonda!

La repentina sensación de un dedo acariciando los labios de su coño la hicieron gemir, un ligero temblor de anticipación se extendió por toda ella, sus paredes internas se tensaron expectantes.

—Estás totalmente empapada —lo oyó susurrar a su espalda, su dedo jugando, delineando sin prisas—, jodidamente mojada. Apuesto a que también estás apretada y muy caliente.

Y según decía esas palabras introdujo un grueso dedo en su interior haciéndola gemir en alto, volviendo a sacarlo para volver a introducirlo, aumentando un segundo dedo.

—Caliente, apretada... —Su voz sonaba ronca mientras trabajaba en ella desde atrás—. Perfecta para ser follada.

Ella gimió y alzó las caderas saliendo al encuentro de sus dedos, sus pechos bamboleantes se rozaron una vez más con la moqueta de la escalera aumentando el placer. Señor, era tan bueno, se sentía tan bien... pero quería más, necesitaba más.

—Por favor —gimió con voz entrecortada.

Él retiró entonces sus dedos dejándola necesitada, doliéndose por el abandono un instante antes de lanzar la lengüeta de cuero directa contra su goteante sexo haciendo que contuviese el aliento y que las sensaciones y su desesperación se incrementara, su coño derramó más humedad.

—No tienes permiso para hablar, *Mia* —le dijo antes de dejar caer nuevamente la fusta contra su caliente centro. Gimió en voz alta, enloquecida por la sensación que provocaba el aguijonazo del cuero contra su mojado sexo—. Estás siendo una muchacha muy desobediente, *Mia*.

—Lo siento, Maestro Nishel —gimoteó meneando el trasero en alto—. Perdóname por favor.

Otro golpe seco directo a su centro la hizo gemir en voz alta. Las lágrimas de frustración se deslizaron por sus mejillas, si seguía golpeándola así terminaría por correrse sin más esfuerzo.

—Voy a tener que castigarte, muñequita —le oyó decir un instante antes de sentir la punta de la fusta acariciando sus sensibles y húmedos pliegues—. Eres una sumisa desobediente y te mereces un castigo.

—Perdóname, señor —gimió nuevamente. Parecía que en ese momento era lo único capaz de hacer.

Él deslizó la mano libre por su espalda y la dejó entre sus omoplatos antes de empujarla hacia abajo con firmeza, pero suavidad, obligándola a flexionar los brazos.

—Levanta el culo y cruza los brazos sobre el cuarto escalón, quiero tu cabeza encima de ellos, apoya la frente si te place y separa bien las piernas —la instruyó con esa voz profunda y sedosa, una caliente caricia sensual para sus sentidos. Apenas podía contenerse, su cuerpo tembló de expectación—. Tienes la palabra maestra, si es demasiado para ti pronúnciala y todo se termina aquí y ahora.

Negó con la cabeza, había llegado a un punto en el que todo en lo que podía pensar era en que la follase, que la poseyese de aquella manera, quería entregarse por completo a él, satisfacer sus necesidades tanto como las suyas propias. Dejó escapar un pequeño gemido e hizo lo que le ordenó, alzó más su trasero y separó las piernas quedándose totalmente expuesta a su mirada.

—Como desees —lo oyó decir antes de que la fusta cayese brevemente sobre su coño, haciéndola gemir en voz alta.

La fusta se movía con soltura en la mano de su maestro por aquella noche, él sabía dónde apuntar para mantener ese delicado equilibrio entre el dolor y el placer. Sus gemidos pronto mudaron a desesperados gritos que resonaban en las paredes de la casa mientras alzaba el culo saliendo al encuentro de cada golpe. Se encontró suplicando y lloriqueando por una liberación cada vez más cercana, una liberación que él mismo retrasaba y la mantenía en el mismo borde.

Quería gritar de frustración, necesitaba correrse, deseaba que aquel maldito la dejase correrse.

—Maestro, por favor —gimió entre lloriqueos después de que dejase de torturar su sexo con la fusta—. ¿Puedo hablar?

Pudo notar su satisfacción al ver que ella había entrado por completo en su papel de sumisa. Su curiosidad por aquel mundo la había llevado a indagar en él, a aprender ciertos aspectos así como el trato protocolario correcto.

—¿Qué desees, muñequita?

—Necesito... necesito correrme... por favor —gimió, no deseaba mirarle, le avergonzaba su propia respuesta pero la necesidad de su cuerpo era mucho más fuerte que cualquier clase de pudor—. Necesito... te... te necesito... a ti.

Ella le sintió moviéndose tras ella, oyó como se abría la bragueta y un instante después su voz lo ocupó todo.

—Mírame, *Mia* —su voz sonó ahora cerca de ella—. ¿Es esto lo que quieres?

Ladeó el rostro y jadeó con fuerza cuando vio la enorme erección de suave carne que salía de entre los pantalones de cuero de Nishel. Ni siquiera se los había bajado, se conformó con abrir lo suficiente la bragueta como para poder liberar la polla. Incapaz de resistirse se lamió los labios, deseando poder tener la oportunidad de tomar aquella columna de carne en su boca, chuparla y sentir al menos por una vez lo que era que se corrieran en su boca.

Lo vio llevarse la mano al miembro y acariciar su longitud durante unos breves instantes, entonces se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó un preservativo que desenvolvió y se colocó rápidamente. La punta de su miembro acarició la entrada de su caliente y húmedo sexo, listo para tomarla en aquella posición.

—¿Lo quieres? —le preguntó una vez más mientras la acariciaba con el miembro, extendiendo la humedad femenina con la cabeza de su polla—. ¿La quieres?

Ella gimió, meneando el trasero contra él.

—Sí, Maestro. Por favor —se lamió los labios, expectante—. Nishel, por favor.

—Me gusta la manera en que pronuncias mi nombre —murmuró él y sin esperar más la tomó con fuerza

de las caderas y empezó a hundirse lentamente en ella, ensanchándola poco a poco, llenándola mientras jadeaba y se retorció bajo él.

—Dios mío...

—Suave, muñequita, suave —le dijo mientras lo sentía acomodándose en su interior—. Por el infierno, muchacha, esto es bueno.

Ella no respondió, apenas podía hacer otra cosa que no fuera jaderar y apoyarse con firmeza sobre los escalones mientras él se abría paso hasta instalarse completamente en su interior. ¡Era enorme! Él si era grande, y grueso, la estiraba y llenaba a cada paso del camino.

—Nishel —gimió deseando, necesitando que se moviera.

—¿Dónde ha quedado lo de Maestro, *Mia*? —se burló ante la desesperada necesidad de ella.

—Maestro, por favor —gimió agitando la cabeza—. Hazlo... fóllame.

Él se echó a reír al tiempo que se retiraba hasta casi salir por completo para volver a empujar una vez más en ella.

—Como deseas.

Aferrando sus caderas bombeó en ella, entrando y saliendo, utilizando su cuerpo como apoyo, follándola tal y como le había suplicado, llenándola con cada estocada para volver a retirarse después, lento al principio, más rápido a medida que se iba acercando al final.

—Estoy a punto, cariño —le informó sin dejar de bombear en su coño.

Sintió como una de sus manos alcanzaba entre ellos y le acariciaba el clítoris, jugueteando con él para lanzarla al encuentro de su propio orgasmo.

—Vamos, bonita, córrete para mí —le susurró bombeando en ella—. Córrete para mí muñequita, hazlo... ahora.

Oh, el orgasmo que le dio entonces lo había volatilizado todo y no había sido más que el primero de una larga noche...

—¿Nena?

La mano que se posó en su hombro la hizo saltar, sus ojos volaron de inmediato a su interlocutor quien la observaba con cierta sospecha. A su lado estaba el inspector de policía que se encargaba del caso y parecía tan intrigado como el mismo Nishel. No necesitaba mirarse en un espejo para saber que su cara empezaba a ponerse del color de las cerezas, sus muslos se cerraron imperceptiblemente en un intento de aliviar la excitación que la mojaba ante los vívidos recuerdos.

—¿Te encuentras bien, Gabriela?

Gabriela... En sus recuerdos él la llamaba *Mia*, el único nombre que conocía de ella. Hacía tanto tiempo que no escuchaba a nadie llamarla por su verdadero nombre que tardaría en volver a acostumbrarse, pero en sus labios sonaba de una manera que... No, no podía seguir así, tenía... ¡Tenía que sacarse a Nishel de la cabeza ahora mismo!

—Err... sí, lo siento —declaró con un pequeño carraspeo—. Estaba... distraída.

La mirada que le dedicó su nuevo terapeuta decía claramente que no le creía nada. Esta no tardó en deslizarse por su cuerpo con abierto interés.

—En qué estarías pensando, muñequita —le dijo al tiempo que una divertida sonrisa empezaba a curvar sus labios.

Le ignoró y se volvió de nuevo hacia el policía.

—¿Qué te ha parecido tu nuevo hogar?

Ella se lamió los labios y contó mentalmente hasta cinco antes de responder.

—Está bien, es... acogedor —aseguró. Entonces señaló a su acompañante—, pero no me opondría a un

cambio de... guardián.

Sus labios se curvaron con ironía, no se molestó en ocultarlo, incluso le hacía gracia. ¡Maldito hombre!

El policía miró al aludido.

—¿Ni veinticuatro horas, Nishel? —le preguntó con tono irónico—. ¿Estás intentando establecer un nuevo récord personal?

Su respuesta inicial fue encogerse de hombros.

—Dale un par de días más y estará bien —le aseguró—. Todavía no hemos tenido tiempo de... poner algunas cosas en claro.

Ella frunció el ceño.

—Y nunca las pondremos —le dijo con firmeza—. Puedes ir olvidándote de ello. Te lo dije anoche, no lo considero legal. Además, tú mismo lo has dicho, eres mi terapeuta, ¿no? Cualquier clase de relación médico paciente tiene que ser estrictamente impersonal.

Él sonrió con ironía.

—Nena, ya te dije que no soy médico, soy asesor —se burló—, pero no te preocupes, no es como si no nos hubiésemos acostado ya.

Se quedó sin palabras, su mirada voló hacia el policía quien se limitó en volverse hacia Nishel con una ceja arqueada.

—¿Qué dices que has hecho?

Él la señaló con un gesto de la barbilla.

—Acostarme con ella —respondió con un ligero encogimiento de hombros.

El policía entrecerró los ojos.

—¿Cuándo?

Ella jadeó.

—No creo que eso sea algo de relevante importancia...

Él le dedicó una mirada que decía claramente que no lo veía de ese modo.

—En este caso puede que sí, Gabriela —le dijo con firmeza—. Dijiste que la conocías... ¿Ella es...?

Nishel dejó su lugar y se sentó cómodamente en una de las sillas dando a entender que la conversación iba para rato.

—En aquel momento no, ahora sí —declaró. Su mirada iba del policía a ella—. ¿Sabemos algo de ese hijo de puta?

El policía resopló y optó por dejar pasar las recientes revelaciones.

—Es como si se lo hubiese tragado la tierra —aceptó de mala gana—. Ni siquiera pudimos encontrar rastro alguno en la casa que sugiera que fue él quien la atacó... Por supuesto, sus antecedentes y la declaración de ella son pruebas importantes, así como el informe del hospital, pero...

Él se inclinó hacia delante, su voz sonó profunda, oscura cuando preguntó.

—¿ADN?

El hombre negó, su mirada cayó entonces sobre la mujer, quien había perdido la tez colorada para sustituirla por la blanca como el papel.

—Al contrario que la primera vez... —murmuró ella—, no tenía intención de conservarme para él... decía que estaba poseída, que la lujuria se había apoderado de mí... y que no merecía sus atenciones, ni sus regalos. Me golpeó nada más entrar en mi casa, me agarró del pelo y me arrastró al piso de arriba... Si le miraba demasiado tiempo fijamente, me giraba la cara de una bofetada... y entonces empezaron las patadas... los golpes... No sé en qué momento sacó el cuchillo... quizás cuando quiso que me desnudase frente a él... Yo le dije que si me ponía una mano encima, le clavaría ese mismo cuchillo en las pelotas.

—Buena chica —murmuró Nishel atrayendo su atención sobre él. Su mirada se clavó en la de ella, se había inclinado en la silla, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la miraba tranquilo—. Sigue, Gabriela, déjalo salir... ¿Qué pasó después?

Ella se lamió los labios.

—Él sabía que tú... tú habías estado en casa... que un hombre había pasado... la noche en casa —continuó en voz monótona, su mirada prisionera de la suya—. No sé cómo podía saberlo, pero mencionó muchas cosas que pasaron en ese vecindario, me... me vigilaba... de algún modo... me estuvo vigilando. Me acusó de... seducir también al marido de mi vecina... él... él estaba convencido de que mantenía relaciones con todos los hombres del vecindario... que era su puta.

Sacudió la cabeza al recordar la rabia en su voz, el brillo de locura en sus ojos mientras la aleccionaba.

—Esa semana había estado haciendo alguna reforma en una de las habitaciones, solo la estaba pintando, quería cambiarle el color... —continuó—, él cogió una de las maderas que tenía para remover las mezclas y me pegó con ella... Me decía que solo así podría perdonarme y volver a aceptarme... Que primero tendría que purgar a la puta que había en mí.

Se mordió el labio inferior, no quería seguir, no quería continuar hablando.

—No... no quiero —dijo rompiendo la mirada de Nishel, entonces se levantó de golpe y se tambaleó. Su mirada vagó hacia el agente—. Tienes mi declaración, todos los detalles... no voy a hablar de nuevo de aquello... Quiero olvidarlo, no recordarlo.

El agente caminó hacia ella.

—Entiendo que esto es difícil, pero cualquier cosa, por pequeña que sea que puedas recordar, nos servirá para atraparlo —aseguró el hombre con suavidad—. Ese cabrón hijo de puta ha matado una vez, Gabriela, confundió a tu compañera de piso contigo, la violó y la mató, te ha estado amenazando durante años desde la cárcel y ahora... te ha dejado con vida...

Ella se estremeció.

—Lo hizo a propósito —murmuró ella, entonces su mirada voló hacia Nishel, quien había abandonado su asiento y estaba al lado del policía. No necesitaba que ellos se lo dijeran, era algo que sabía—. Volverá a por mí, no ha terminado el trabajo... Cuando encuentre lo que necesita, volverá a por mí y me castigará.

Los ojos azul pálido del gótico hablaban por sí solos.

—Es una posibilidad más que real —le dijo sin más rodeos—. Dijiste que ese cabrón escapó...

Ella asintió.

—Debió hacerlo cuando escuchó que Eireen se acercaba... —comentó—. Había intentado escaparme de él, pedir ayuda... me empujó en el último tramo de escaleras y luego él estaba sobre mí, golpeándome... y me rompió la pierna. Grité... y él siguió golpeándome... Sé que habló, nunca dejaba de hacerlo mientras me golpeaba, pero en ese momento yo ya no escuchaba nada. Cuando llegó mi vecina, Eireen Blackmore algunas horas después, dijo que la puerta estaba abierta... ella fue quien me encontró y llamó una ambulancia y a la policía.

Ambos hombres se miraron, pero fue él quien no vaciló en darle una respuesta.

—Es posible que se haya ido, pero algo me dice que volverá —aseguró convencido. Entonces acortó la distancia con ella y la miró a los ojos—. Y tú no vas a estar aquí para recibirlo.

Ella parpadeó varias veces.

—¿Qué?

Como hizo desde el primer momento en que apareció en su vida, tomó las riendas y se dirigió al policía.

—Voy a llevármela, así que más te vale poner en marcha todo tu ingenio y contactos para dar con ese cabrón —le dijo con total tranquilidad.

El policía frunció el ceño.

—No necesito que me digas como tengo que hacer mi trabajo, *Caído* —declaró, entonces la miró a ella—. Pero no puedes llevártela así como así. Nishel, las cosas no son tan fáciles por aquí...

Su mirada decía claramente que le importaba una mierda.

—No va a volver a acercarse a ella, Ross —aseguró—. Me importa una mierda lo que diga o no tu gente, ella está bajo mi custodia los próximos quince días, es todo el tiempo que tienes para encontrar a ese cabrón y meterlo entre rejas sin posibilidad de retorno.

El agente gruñó, a sus ojos parecían dos perros disputándose un hueso.

—Creo que yo podría tener algo que decir al respecto —los interrumpió ella.

Él la fulminó con la mirada.

—No, no tienes nada en absoluto que decir, muñequita —le dijo y se volvió al policía—. Si tienes que preparar algún papel o justificante, tienes hasta esta tarde, después me la llevaré.

El hombre resopló.

—¿A dónde?

Él sonrió.

—A dónde pueda hacer lo que tengo que hacer —aseguró con satisfacción—. Tú tienes tu trabajo, Ross, yo tengo el mío. Yo no me meto en el tuyo y tú no te metes en los asuntos de la agencia.

El hombre resopló una vez más, lo miró y después se dirigió a ella.

—Si hay alguien que puede mantenerte a salvo mientras ese cabrón sigue ahí fuera es Nishel Skymore —le aseguró—. Pero la última palabra es tuya.

¿En qué mierda se estaba metiendo? Pensó mientras miraba a uno y otro hombre. ¿Qué clase de asociación había entre ellos? Estaba claro que Ross conocía a su amante de una noche bastante bien, la pregunta era, ¿lo conocía ella? ¿Confiaba en él?

La respuesta la sabía desde el mismo momento en que se sometió a sus caricias.

—Iré con él —decidió, su mirada se cruzó con la suya durante un instante—. Así que encuentre a ese hijo de puta y enciérrelo dónde nunca pueda volver a ver la luz del día.

CAPÍTULO 6

—¿Y bien? ¿A dónde vamos a ir?

Nishel la miró mientras traspasaba la puerta de su oficina en el restaurante, ella no había dicho ni una sola palabra desde que salieron de comisaría. Su aceptación lo sorprendió, por otro lado no es que pensase permitirle otra cosa. Iba a sacarla de allí, de la ciudad, no dejaría a la muchacha cerca de ese lunático otra vez. Había sido descuidado, la primera vez que lo dijo había ido con Ross buscando respuestas. El policía era uno de los suyos, un puto ángel que trabajaba en el departamento de policía y que se encargaba de mantener la cobertura de los seres sobrenaturales que convivían con los humanos si se veían metidos en algún lío. Ross había estado al tanto del caso, lo había investigado pero aquel cabrón no daba aparecido. Para ser un simple humano era muy escurridizo.

Rodeó la mesa del escritorio y abrió uno de los cajones de dónde extrajo la piedra de cuarzo que había comprado a la mujer de Arion.

—¿Piensas responderme hoy?

Levantó la cabeza y la vio todavía en el mismo lugar, no se había atrevido a entrar.

—¿Quieres sumar un segundo azote al primero, muñequita? —le preguntó incorporándose—. Estoy pensando en añadir también la fusta a tu castigo.

La vio tensarse, pero también apreció la forma en que brillaron sus ojos durante un brevísimo segundo.

—No haces más que amenazar...

Él se rio.

—Mis amenazas siempre terminan en hechos —aseguró cerrando el cajón para caminar hacia ella—. Y tú te estás ganando un castigo a marchas forzadas.

Ella no cedió.

—Tengo derecho a saber dónde piensas llevarme, ¿no te parece?

Él se detuvo frente a ella.

—No te parece, señor.

Ella ladeó la cabeza.

—Gilipollas.

Nishel esbozó una irónica sonrisa y se frotó el mentón con el pulgar.

—Ya tenemos cuatro, Gabriela —le aseguró entrecerrando los ojos—, ¿seguimos sumando?

Ella apretó los labios y él sacudió la cabeza.

—Ah, pequeña y díscola sumisa —le dijo al tiempo que abría el enganche del collar y se lo ponía alrededor del cuello—. Así, ahora ya eres oficialmente mía.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y se llevó la mano al cuello acariciando la piedra.

—¿Qué...?

Él le apartó la mano y acarició sus dedos.

—Es cuarzo rosa, está considerada una de las piedras más potentes para curaciones emocionales, equilibra la energía emocional y elimina la ira y la angustia. Calma y da seguridad —le dijo llevándose los dedos a la boca para mordisquearle las puntas—. Dos cosas que necesitas con urgencia.

Ella arrancó la mano de las suyas.

—Bueno, además de una buena follada —continuó bajando la mirada sobre su cuerpo—. Qué fue lo que te puso tan caliente en la comisaría, ¿huh?

Ella dio un inmediato paso atrás.

—Nada.

Él sonrió con sorna. Aquella debía ser la respuesta más rápida que había obtenido de ella en las últimas horas.

—¿Nada... qué?

Ella frunció el ceño.

—Nada, Nishel.

Su sonrisa aumentó y para su sorpresa la atrapó atrayéndola hacia él.

—Um... no parece que no fuese nada, muñequita —le dijo sin dejarla escapar—. Más bien diría que tuviste un buen momento recordando... algo.

Su sonrojo la delató.

—¿Pensaste en nosotros? —insistió y no perdió detalle de su reacción.

Ella sacudió la cabeza.

—Ni en sueños.

Una fragante mentira sonrió para sus adentros.

—¿Te mojaste pensando en mí polla entre tus piernas?

Un ligero temblor.

—No.

Ah, ahí estaba de nuevo y ese bonito color incendiando su piel.

—¿Estás caliente ahora, Gabriela, mojada?

Ella se estremeció y él sonrió para sí.

—No.

Chasqueó la lengua.

—No está bien mentir de esa manera, cielito —aseguró. Sin dejarla pensar le rodeó la cintura con las manos y la alzó, volviéndola para sentarla sobre el escritorio—. Sobre todo cuando es algo fácilmente comprobable.

Dicho esto bajó la mano a su pantalón vaquero, esquivó sus manos, le abrió los botones que lo cerraban y hundió un par de dedos dentro de sus braguitas. Oh, sí, estaba mojada.

Gabriela jadeó cuando la alzó sobre la mesa del escritorio sin más preámbulos y se cernió sobre ella anulando todo pensamiento coherente hasta terminar con los dedos hundidos dentro de sus bragas. Unas que estaban mojadas si debía juzgar por el estado de continua excitación en el que vivía desde que se puso a fantasear algo más de una hora atrás en la comisaría.

—Um, ¿ni una sola protesta?

Abrió la boca pero volvió a cerrarla, tenía que ser sincera consigo misma, se moría por ese hombre. Él la deseaba, no tenía más que bajar la mirada para ver la masculina erección empujando contra los pantalones de cuero y sabía perfectamente que era un amante generoso, extremo en su placer, él ponía el escenario, el libido y esperaba a que ella se contagiase de deseo.

—¿Sigues conmigo, muñequita?

Asintió. Estaba cansada de luchar, de ser ella la que tuviese que defenderse, por una vez deseaba, necesitaba cerrar los ojos y que fuese otro quien se encargase de todo, quien la protegiera y cuidara y Nishel podía darle aquello, aunque fuese por un breve momento.

—Sí, sigo contigo —murmuró, entonces suspiró y se unió al juego—. Señor.

Si se sorprendió por su repentina capitulación, no lo demostró, por el contrario, se limitó a retirar sus dedos y aferrar la cintura del pantalón.

—Levanta ese bonito culo, por favor —pidió con tono educado y divertido.

Obedeció, cualquier cosa que la acercase a saciar aquella necesidad.

Le quitó los pantalones lentamente, tomándose su tiempo para desatarle las zapatillas deportivas, el calzado cedió fácilmente y cayó a un lado seguido por el pantalón. Sus dedos le acariciaron entonces la pierna, siguiendo la pequeña y fea cicatriz a la altura de la pantorrilla dónde el hueso había sobresalido tras romper. Cerró los ojos con fuerza, no quería recordar aquello.

—Está bien, respira profundamente —oyó su voz al tiempo que deslizaba la mano hacia arriba—, nada puede alcanzarte mientras estés conmigo.

Y por alguna inexplicable razón le creyó. Tomó una profunda bocanada de aire y la dejó escapar lentamente.

—Buena chica.

Sintió más que vio como deslizaba los pulgares desde las rodillas, subiendo por la parte interna de los muslos hasta rozar la fina y delgada tela de las braguitas que protegían su sexo. Una caricia liviana que ponía en marcha todas sus terminaciones nerviosas a una velocidad apabullante. Quería poder cerrar los ojos y olvidarse de todo, sentir pero el fantasma del miedo seguía muy presente en su mente.

Sus manos jugaron con la suave piel, delinearon los bordes de la braguita pero evitaron en todo momento el lugar que deseaba ser acariciado, el centro cada vez más caliente de su sexo y aquello la enloquecía.

—Si vas a torturarme de esa manera durante más tiempo, me bajo de la mesa —siseó incómoda—. Señor.

Él se rio, su bravata pareció divertirlo.

—Todo lo bueno requiere preparación, paciencia, una buena antesala...

No pudo evitar reír ante sus palabras.

—¿Y lo dice el hombre que se presentó en mi casa, me arrancó la ropa y me folló sin nada más que un par de órdenes?

Sus labios se estiraron en una sonrisa.

—También guardo un hermoso recuerdo de ese momento —aceptó y casi al mismo tiempo su palma cayó con fuerza suficiente entre sus piernas sobresaltándola. La excitación la recorrió como un relámpago

—. Eras más dócil entonces y mucho más respetuosa...

Gimió al sentir como la acariciaba a través de las braguitas.

—Nunca he sido... dócil...

Él rio y tiró de la lencería, apretándole el hinchado coño con las bragas.

—Eso hará mucho más divertido el aleccionarte —le aseguró al tiempo que daba pequeños tirones a la tela—. Eres un continuo desafío.

Sin mayor advertencia, cambió la dirección de su movimiento y tiró de nuevo arrastrando la prenda interior por las caderas hasta quitárselas. La breve tela captó su atención un segundo antes de ir a parar al bolsillo trasero del pantalón como si fuese un trofeo.

—Y me gustan esta clase de desafíos —aceptó. Le separó las piernas dejando a la vista el húmedo y brillante sexo—. Oh, sí, me encantan.

Se lamió los labios, sentada sobre el escritorio con el trasero desnudo sobre algunos de sus papeles, era una posición absolutamente erótica.

—No te contengas —le dijo entonces—, grita tan alto como necesites, esta oficina está insonorizada.

Tras guiñarle el ojo, aferró sus rodillas y las separó al máximo para tener acceso a aquello que deseaba. Su boca calló sin más aviso sobre su hinchado y palpitante coño, la lengua se deslizó sobre su trémula carne y le arrancó un gemido.

Lanzó la cabeza hacia atrás y se sostuvo como pudo sobre la mesa, su boca la devoraba sin miramientos, la lamía con frenesí, como si disfrutara del inesperado festín mientras sus manos le impedían cerrar las piernas. Sus gemidos subieron de intensidad hasta terminar en agónicas súplicas para que terminara con aquella tortura, pero después de hacer que se corriera, volvía a empezar, torturándola, castigándola por su comportamiento y dejándola totalmente vulnerable.

Estaba a punto de suplicar que se detuviese cuando la puerta de su oficina se abrió sin previo aviso.

—¿Interrumpo?

Ella jadeó, todo su cuerpo se congeló una décima de segundo antes de lanzar un pequeño gritito y liberarse de las manos de su amante para ocultar su parcial desnudez.

—Joder, Radin, ¿no sabes llamar a la puerta?

Como toda respuesta, el recién llegado dio un paso atrás y golpeó con los nudillos que quedaban al descubierto en su guante de cuero, la gruesa madera.

CAPÍTULO 7

Radin contuvo una sonrisa al ver a la pareja, la mujer, una bonita rubia con voluptuosas curvas intentaba hacerse invisible tras el ángel caído quien se limitaba a mirarle con gesto contrariado; parecía que había pillado a la parejita en algo íntimo.

La mujer le llamó la atención, su aura era oscura, la vida se le había escapado, su alma gritaba de dolor y ello se reflejaba en su incomodidad y en el temor que habitaba en sus ojos. A pesar de ello, su conexión con Nishel era bastante estable, no firme del todo, pero podía sentir su presencia en ella y la forma en que buscaba su protección era sin duda la mejor de las indicaciones al respecto. Sus ojos se encontraron y le dedicó un guiño al que respondió con un grado mayor de sonrojo y una presión más fuerte de sus dedos sobre el cuerpo de su amante, afianzando su atención.

—¿Quién diablos te dejó entrar? —preguntó Nish—. Debería matarte.

Puso los ojos en blanco, qué dramático se había vuelto el caído.

—No le echas la culpa a tus empleados, ni siquiera utilicé la puerta.

Nishel le gruñó y entrecerró sus ojos claros en una muda advertencia.

—¿Quieres que vuelva a llamar? —sugirió señalando la puerta con el pulgar.

La dirección de su mano fue suficiente respuesta. Lo estaba mandando salir.

—Ya conoces el camino —confirmó su orden y esperó a que saliese.

Con una divertida sonrisa, le dedicó un último guiño a la chica y salió de la habitación. A su espalda oyó el susurro femenino y la dura respuesta de su compañero.

—Diez minutos, Gabriela —le dijo al tiempo que salía y cerraba la puerta—. Primera habitación a la derecha. Si tardas un segundo más de la cuenta, te azotaré y lo haré delante de él.

Sin decir una palabra más se reunió con él en el pasillo.

—¿Lo prometes? —le dijo entre risas.

Nishel lo fulminó con la mirada.

—Cállate y muévete, hechicero —lo invitó a ponerse en marcha—. Si traes algo que me sirva, me pensaré el dejarte participar en la próxima función.

Él arqueó una ceja y sonrió abiertamente.

—Vaya, esto se pone interesante.

Su amigo resopló.

—Estaba disfrutando de un momento muy interesante hasta que irrumpiste —lo retó él—. Imagino que si estás aquí es porque tienes noticias.

Nishel abrió la puerta que conducía a una de las habitaciones privadas de su casa y lo invitó a entrar.

Él chasqueó la lengua.

—En realidad, no son buenas noticias —le dijo y pasó a su lado—. ¿Sabes que ese tío se largó de la cárcel apenas unos días antes de que tu gatita rubia fuese atacada? Al parecer se infringió una herida lo suficientemente grave que lo mandase al hospital y allí desapareció sin dejar rastro. En realidad, se esfumó.

Su amigo se había acercado a un mueble bar para servirse una copa y le ofreció otra.

—¿Qué quieres decir?

Tomó el vaso que le ofrecía, miró el líquido ámbar y le dio un buen trago dejando que el ardor se deslizase por su garganta; lo que tenía que decirle no era fácil.

—Le ayudaron a hacerlo —dejó caer—. Y... podría jurar... que no es humano el que lo hizo.

Aquello captó toda la atención de Nishel, de hecho hizo que casi se atragantase con su bebida. El hombre tosió, sus ojos abiertos y alerta.

—¿Cómo?

Asintió, aquello no iba a ser fácil de explicar.

—Como oyes... alguien le está dando cobijo... y tengo motivos para pensar que lo ha orquestado todo a propósito.

Él entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Quién es, Radin?

Se tomó su tiempo para elegir las palabras adecuadas, aquello iba a joder a Nishel.

—No he podido rastrearlo hasta el origen, con lo que no puedo estar del todo seguro...

El ángel caído gruñó.

—Dame un nombre, Radin —exigió.

Dejó escapar el aliento y asintió.

—Noel —pronunció su nombre lentamente. La reacción en el hombre frente a él fue inmediata, el vaso que tenía en sus manos estalló—. No he podido localizarle todavía, tengo intención de ver a Riel, quizás él tenga más suerte que yo...

Para su sorpresa, su compañero negó con la cabeza.

—Riel no —declaró con firmeza.

Él no pudo más que arquear una ceja ante tal negativa.

—¿Por algún motivo en especial?

Resopló.

—Eireen está embarazada.

Parpadeó seguido y sacudió la cabeza.

—¿Y eso tendría que decirme algo... por?

Ahora fue el turno de Nishel de sonreír.

—¿En qué agujero has estado metido estos últimos meses, Rad?

Él resopló en respuesta.

—Eireen es la compañera humana de Riel y está embarazada de un mestizo —declaró con sencillez.

Aquello lo sorprendió.

—No me jodas...

Nishel hizo una mueca.

—Dejaré que lo haga ella si le apetece.

Sacudió la cabeza.

—Entonces, se ha emparejado.

Él asintió.

—En ese caso tendré que pasarme para conocerla —aceptó pensativo.

Nishel le dedicó una mirada de advertencia.

—Procura no meter la pata, Radin, ella no está en el mercado.

Sonrió, aquello sí que era una sorpresa, Nishel advirtiéndole sobre la compañera de otro hombre.

—Me portaré bien —prometió—. Siento curiosidad por esa nueva adquisición de nuestro amigo.

El hombre asintió complacido.

—Te gustará.

Él correspondió a su gesto.

Pero el caído parecía estar ya pensando en las recientes noticias que había vertido sobre él.

—Maldita sea, si ese hijo de puta está detrás de todo esto... —gruñó—. Tendría que haberle matado.

Radin negó con la cabeza, sabía que su amigo estaba ahora mismo desbordado por las contradictorias emociones que despertaba el nombre del ángel por el que perdió sus alas y que casi le arrebatara la vida.

—Lo rastrearé —le prometió—, solo necesito un poco de tiempo y a juzgar por lo que he notado, tu... ¿chica?... necesita mucho trabajo y cuidados. ¿Cómo terminó la agencia de por medio, por cierto?

Nishel dirigió la mirada hacia la puerta y luego consultó el reloj.

—Está muy lastimada, ese cabrón al que ayudó Noel la ha destrozado en muchos aspectos —murmuró—. Su aura es oscura, ha perdido la confianza en sí misma y en los demás... necesita recuperarla...

—Necesitará mucho más que eso —le aseguró—. Su alma no deja de gritar, necesita muchos cuidados, tacto, ternura... tienes que hacer que se abra.

Como sumo hechicero era capaz de leer las emociones de la muchacha, de leer su alma.

—¿Piensas realmente en azotarla? —preguntó al ver que miraba de nuevo el reloj.

Él lo miró.

—Como muy bien has dicho, necesito que se abra... —declaró sin dejar de mirarlo—, y empezaba a hacerlo en el momento en que apareciste...

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Si quieres que te eche una mano...

Se cruzó de brazos y lo observó durante un momento.

—¿Y Ankara?

No respondió, ella no era un tema del que quisiera hablar.

—Creo que tu chica tiene el mismo problema que yo con las puertas —declaró indicándola con un gesto de la barbilla—. No llama. Y por cierto, se ha salvado de azotes por unos segundos.

Él puso los ojos en blanco.

—No sabes lo que has dicho.

Gabriela abrió la puerta lentamente, había seguido las directrices de Nishel hasta llegar a una zona privada amueblada como una vivienda personal. Entró y se encontró de frente con dos de los hombres más imponentes que había visto en mucho tiempo. Juntos parecían la luz y la oscuridad, mientras Nishel tenía un sedoso pelo rubio platino, el otro era totalmente moreno, con el pelo largo atado en una cola baja. Sus ojos turquesa la miraban con curiosidad y apreciación, de la misma altura que Nishel era un poco más ancho de hombros y al igual que él vestía de negro. Su piel poseía un oscuro bronceado y lucía una atractiva barba que poblaba su barbilla.

—Salvada por la campana —le escuchó decir. Le dedicó un guiño y no pudo evitar sonrojarse. Entonces volvió a mirar a Nishel y alzó la barbilla. El hijo de puta se había quedado con sus bragas y el pantalón le resultaba insoportable. A pesar de haberse corrido seguía excitada y jodidamente dolorida.

—Muñequita, este impresentable e inoportuno espécimen del género humano es Radin Kouros —se lo presentó—. Un buen amigo que ha venido a echar una mano. Radin ella es *mía*, pero tú puedes llamarla Gabriela.

Él se rio ante la descripción de Nishel.

—Y la posesividad por fin tiene nombre —declaró con una sonrisa—. Hola Gabriela, un placer conocerte.

Ella dudó contemplando al hombre.

—¿Se te ha comido la lengua el gato o te has olvidado de los buenos modales?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Llevamos...cuatro azotes, ¿anotamos uno más y le muestras a Radin la adorable forma en la que se enrojece ese culito?

Ella apretó los dientes.

—No la empujes, Nish —sugirió al tiempo que caminaba hacia ella—, permíteme echarte una mano...

El hombre gruñó y ella entrecerró los ojos, ¿de qué estaban hablando?

—Sin coacción, Radin —declaró en voz baja, pero firme—, solo si ella lo desea.

Ella vio como el recién llegado se volvía hacia Nishel y asentía para luego volverse hacia ella y tomarle la mano con mucha suavidad.

—Lo deseas, ¿no es así, rubita? —le dijo. Sus ojos turquesa se clavaron en los suyos, sosteniéndole la mirada—. Deseas lo que Nishel tiene para ti, ¿verdad?

Su mirada era tan intensa que parecía traspasarla e ir más allá, se estremeció pero fue incapaz de apartar la mirada o retirar su mano.

—Sí —la respuesta salió voluntariamente de sus labios. Realmente era lo que deseaba, lo necesitaba a él por encima de cualquier cosa ahora mismo—. No sé por qué... pero le necesito cerca de mí... me... calma.

Su sonrisa se hizo más amplia como si estuviese complacido con su sinceridad.

—Lo hace, ¿verdad? —aseguró con suavidad y siguió acariciándole la mano sin desviar la mirada—. Te tranquiliza su presencia, hace que te sientas mejor...

Asintió, él tenía razón, de alguna manera aquel era el poder que el hombre tenía sobre ella.

—Y no lo entiendo.

El hombre frente a ella asintió en respuesta.

—Llegará el momento en que lo hagas, preciosa —aseguró sin dejar de acariciarle la mano—, pero por el momento, solo tienes que decir en voz alta lo que deseas...

Ella se lamió los labios, lo miró y desvió la mirada sobre Nishel para volver a lamérselos.

—Lo deseo a él —musitó al tiempo que se mordía el labio inferior. Entonces se volvió hacia él, bajó la

mirada a su mano y lo volvió a mirar—. Tu mano está caliente.

Él le sonrió y asintió en respuesta.

—Lo sé —aceptó y le acarició una vez más la mano al tiempo que miraba a su compañero—. ¿Quieres decirle algo, Nish?

Él se acercó a ella, la miró y frunció el ceño.

—Radin... —Era una advertencia.

El hombre se rio.

—No estoy haciendo nada más que lo que te he dicho —le dijo—, no la estoy coaccionando, simplemente le estoy dejando ver más allá de la miríada de miedos y temores que la consume... Sigue siendo ella, Nish.

La mirada de su amante se volvió más oscura, entonces asintió y dio un paso adelante.

—Eres un capullo —le dijo entonces sin poder contenerse—. Me has dejado sin bragas y estoy malditamente mojada e incómoda... señor.

Radin se echó a reír.

—Y eso es sinceridad —dijo al tiempo que le soltaba lentamente la mano—. Me gusta tu sinceridad, rubita.

Ella se volvió hacia él y ladeó la cabeza.

—Gracias —musitó un poco confundida—. Radin, ¿huh?

Él asintió y miró a su compañero.

—¿Puedo?

La mirada de Nishel fue de su amigo a ella, entonces asintió.

—Solo si lo desea... —respondió y miró a la chica—. ¿Qué dices, Gabriela? Quieres... arriesgarte... ¿Te atreves... a probar el deseo?

Su mirada siguió la del hombre y contuvo la respiración, Radin la miraba a los ojos y estos hablaban por sí solos y lo hacían con deseo.

—¿Qué... quieres decir? —su mirada voló hacia Nishel.

Él se había acercado a ella, le acarició el rostro y bajó la mirada sobre sus labios, rozándoselos con el pulgar.

—Que estás a punto de hacer realidad una de tus fantasías —le dijo bajando la boca sobre la de ella en un breve pero intenso beso.

Cuando rompió el beso, unas manos extrañas se cerraron en su cintura y la giraron hacia otro cuerpo. La mirada de Radin la observó un instante antes de que le cogiese la barbilla con suavidad y le alzase la mirada.

—Ah, la has reclamado —murmuró y sonrió al tiempo que tocaba el pedazo de cuarzo—. Espero que sepas lo que estás haciendo, compañero.

Él gruñó en respuesta, pero ella no fue consciente de nada más, pues la cálida boca de Radin cayó sobre la de ella en un ardiente beso.

CAPÍTULO 8

Radin tanteó el terreno, introduciendo la lengua en la húmeda cavidad cuando ella jadeó por la sorpresa que le causó su audacia. Sabía a fresas y a calidez, su cuerpo tembló bajo sus dedos y sonrió para sí, aquella pequeña era pasión embotellada.

—Ya puedes volver a respirar, rubita —sonrió separando sus labios de los de ella—. Nishel, sin duda tienes aquí un postre perfecto.

El hombre deslizó al mismo tiempo una mano por la espalda de su compañera y llamó su atención.

—¿Quieres probar el pecado, Gabriela? ¿Te atreves? —le susurró acercándose ahora a su oído, sus

manos resbalaron por los costados y cubrieron sus pechos con ternura y avidez—. Radin no hará nada que no quieras que te haga...

El otro hombre asintió a la palabra dada y resbaló una vez más la mano por su mejilla, atrayéndola lentamente, con delicadeza y estudiada premeditación.

—Tú serás la que tenga la última palabra, rubita —le aseguró, su pulgar se deslizó por el labio inferior, tocando y extendiendo su humedad—. Confía en ti misma, en tus decisiones y deja entrar a la vida de nuevo... Todo saldrá bien.

Lentamente, entre caricias se acercó de nuevo a ella, su boca descendió sobre la suya pero no la besó, no todavía. Su lengua le acarició el labio inferior, entonces el superior, le mordisqueó suavemente la barbilla y ascendió de nuevo a la comisura de sus labios.

—¿Vas a dejarme entrar, rubita? —le susurró, el calor de su aliento acariciándole la boca—. ¿Huh?

Nishel no tardó en acercarse a su oído y derramar su propio aliento en él.

—Respóndele —le acarició el pabellón de la oreja con la lengua, sus manos masajeando suavemente sus pechos—, y hazlo con sinceridad. Busca dentro de ti misma la verdad, busca tus deseos y permíteles hacerse realidad.

Ella se estremeció entre sus brazos, sus ojos encontraron los de aquel desconocido, un hombre al que apenas conocía y cuya presencia la había puesto nerviosa desde el primer momento. Había algo en él, en su mirada, en su forma de hablar, en la manera en que la besó que la atraía, no sabía si se trataba del magnetismo propio de Radin o de algo más, pero la idea de tener sus manos deslizándose sobre su piel no era tan desagradable, inquietante sí, pero no desagradable.

Pero entonces, también estaba Nishel, su sola presencia la excitaba y tranquilizaba al mismo tiempo, su voz le daba fuerza, su presencia era como un bálsamo para su maltrecha vida.

Lamiéndose los labios se alejó unos centímetros de Radin y se giró hacia su amante, quien fijó la mirada en sus ojos.

—Tú tienes la última palabra, Gabriela —le dijo acariciándola con la mirada—, tu placer es siempre mi placer, nunca lo olvides.

Ella se mordió el labio inferior y asintió, entonces se estiró hacia él y le acarició los labios con suavidad, un beso tierno. Nishel le respondió de la misma manera, sus manos dejaron sus pechos y subieron a los tirantes de la camiseta para deslizárselos por los hombros. Él rompió entonces el beso y la empujó suavemente hacia delante, hacia Radin quien esperaba en silencio.

Sus miradas se cruzaron, ella se lamió los labios una vez más, una muda invitación, el permiso para introducirse a sí misma en una nueva fantasía y aquel hombre la cogió al vuelo.

—Relájate, preciosa —le susurró él al oído—, y disfruta. Quítate de la cabeza cualquier cosa que pese demasiado y entrégate al placer.

Dicho esto, bajó de nuevo sobre su boca, su contacto fue cálido, suave al principio, una invitación para que ella saliese a su encuentro, una invitación que aceptó. Su lengua se encontró con timidez con la del hombre, aprendió su sabor, su textura y disfrutó de la extrañeza que le provocaba su cercanía.

Pronto sintió la diferencia de temperatura sobre su piel, las manos de Nishel eran diestras en desnudarla, le deslizó la camiseta hasta la cintura y le quitó el sujetador. Sus manos le acariciaron la piel, deteniéndose en el redondeado vientre y por primera vez sintió vergüenza, su cuerpo tenía marcas de estrías y quedaban también algunos moratones de la última paliza que casi le había costado la vida. Tembló, se estremeció mientras sentía un tacto distinto acariciándole los pechos, rozándole los pezones, el deseo se instaló en sus piernas, podía sentir la humedad empapándola, humedeciendo su sexo y la tela del jodido pantalón.

—Deliciosa —escuchó el suave y ronco ronroneo de Radin a puertas de sus labios.

—Voluptuosa. —Esta vez fue la voz de Nishel la que penetró en sus oídos.

Unos largos y delgados dedos apretaron sus pechos, sus pezones se irguieron en respuesta mientras una

nueva oleada de deseo se deslizaba directa entre sus piernas y ella gimió.

—Esto va a ser divertido —aseguró Radin antes de darle un último beso y descender con la boca al lugar dónde sus dedos jugaban con sus pechos.

Ella gimió en respuesta, el sonido quedó opacado casi al instante por la boca de Nishel, su lengua se introdujo entre sus labios y se batió en un seductor duelo, la combinación de aquellos dos hombres sobre su cuerpo la dejaban floja, anhelante y absolutamente mojada.

Una fuerte mano se deslizó por su estómago hasta alcanzar la cintura del pantalón, en un momento la tela la acunaba y al siguiente sentía el frescor de la habitación. Sin darle tiempo a respirar, unos curiosos dedos resbalaron por su humedad acariciando su caliente centro.

—¿Por esto te quedaste con mis bragas? —farfulló separándose de la boca de Nishel.

Él sonrió abiertamente.

—No es algo que fueras a necesitar —aseguró al tiempo que deslizaba la yema de un dedo a través de los pliegues de su sexo, acariciándola de atrás hacia delante, creando una deliciosa fricción que la enloquecía.

Ella ni siquiera pudo responder, la sensación combinada de la boca de Radin en su pecho y los curiosos dedos de su amante en su sexo la estaban volviendo loca.

—Me encanta cuando tu cuerpo se expresa con tanta claridad, él es sincero dónde tú te niegas a serlo —aseguró Nishel hundiendo suavemente un solitario dedo en su interior—. Sí, suave, caliente... y apretada... ¿Te pone lo que estamos haciendo, muñequita?

Ella gimió en respuesta, sus manos se aferraron al asiento y al brazo del hombre que tenía más cerca, su cuerpo respondía solo, canturreando con música propia. Las sensaciones se intensificaban de una forma abrumadora y ellos eran los únicos responsables.

—Eso me parecía —rio volviendo a ocuparse de su boca con breves besos. Su mirada se cruzó entonces con la de Radin, entre los dos pasó una silenciosa comunicación, ambos sabían que hacer y en qué momento hacerlo, se movían al unísono como si no fuese la primera vez que hacían aquello.

Radin lamió una última vez uno de sus pezones y dejó de atormentar el otro.

—¿Estás seguro?

Él asintió y bajó de nuevo a tomar posesión de la boca de ella, sus manos acunaron los sensibilizados pechos mientras Radin se deslizaba hacia abajo ahora dejando un sendero de besos y pequeños mordiscos sobre su piel hasta que llegó a la tela que se arremolinaba alrededor de sus muslos y alzándola derramó su cálido aliento sobre el monte de venus. Sus manos le acariciaron los muslos, separándolos en la medida que le permitía la precaria posición en la que se encontraban, Nishel tiró de ella hacia atrás, haciendo que su trasero desnudo se deslizara sobre una de las sillas, ofreciéndole un mejor acceso a su compañero.

Su aliento sopló sobre el caliente y húmedo sexo, se lamió los labios con anticipación y tras una nueva mirada al amante de la mujer, se dedicó a su pasatiempo favorito.

Ella jadeó en cuanto sintió la íntima caricia, sus gemidos quedaron ahogados por la incansable lengua de Nishel, el hombre le acariciaba los pechos con tal maestría que cada roce en sus pezones era una tortura, una deliciosa tortura que conectaba directamente con las sensaciones que la habilidad de Radin marcaba entre sus piernas. Él la mantenía abierta para su placer, saboreándola, lamiéndola y recogiendo sus jugos con la lengua, gruñendo como un hombre que estuviese disfrutando del más delicioso de los banquetes.

—¿Cómo te sientes, Gabriela? ¿Te gusta? —le susurró abandonando su boca para dejarle respirar y escuchar los suaves sonidos de placer que escapaban entre sus labios.

Ella arqueó la espalda, sus caderas se movieron voluntariamente acercándola a la saqueadora boca del hombre, su cuerpo se derretía en manos de aquellos dos hombres, provocaban una de sensaciones que la colmaban y arrasaban como ninguna otra. Una combinación asombrosa y en cierto modo aterradora,

sentía que de un momento a otro perdería la cabeza, que se desmayaría de placer.

—No lo retengas preciosa, déjalo ir, deja que tu cuerpo obtenga lo que desea —la instó él con erótica cadencia—, esto es para ti, para tu disfrute, no te reprimas y permite que tu cuerpo hable por sí solo.

Sus palabras obraron como el mejor de los afrodisíacos, su cuerpo se rindió ante las demandas de los hombres y se relajó disfrutando de lo que le daban, excitándose, revolviéndose bajo la avasalladora boca que la devoraba.

—No...no puedo más... —jadeó con desesperación—, por favor...

Nishel sonrió ante las demandas de la muchacha.

—¿Qué quieres, muñequita?

Ella negó con la cabeza, entonces dejó escapar un agónico gemido cuando sintió un nuevo dedo incursionando en su interior, la lengua de Radin aumentaba la sensación abriéndola mientras la penetraba y se retiraba sin darle tiempo a acostumbrarse a aquella nueva invasión. Él estaba decidido a hacer que se corriera y no había nada que pudiese evitarlo.

—Oh, señor —gimió arqueando las caderas, necesitando sentirle todavía más adentro—, por favor...oh, por favor...

Nishel se dedicó a acariciarla mientras contemplaba la cabeza del otro hombre metida entre sus piernas, una visión que consideró bastante erótica, especialmente por el coro de jadeos y gemidos que surgían de la boca de Gabriela.

—Permítele correrse, Radin —murmuró, su voz ronca por el deseo. Su polla se empujaba contra los pantalones, tensa, deseosa de hundirse en el lugar que ahora ocupaba la boca masculina—. No la hagas esperar más.

Como si aquel fuese todo el permiso que necesitaba, Radin añadió un segundo dedo y aceleró sus penetraciones arrancándole nuevos gemidos, su lengua le acarició el clítoris una última vez enviándola directa a un orgasmo demoledor.

Ella se corrió en su boca, su cuerpo convulsionó pero él no dejó de lamerla hasta que remitió hasta el último de sus temblores.

—Y esto, rubita, solo es el principio —le prometió alzándose sobre ella, lamiéndose sus propios labios antes de poseer su boca en un nuevo beso.

La ropa había quedado tirada en el suelo, el escritorio había sido librado de todo contenido y ahora hacía la función de palio, Gabriela gemía en la boca de Radin, extendida sobre la mesa, con las piernas abiertas y el cuerpo sudoroso recibía las atenciones de su compañero, quien se daba un festín entre sus piernas. Al contrario que ella, los dos hombres seguían a medio vestir, mientras él conservaba su camisa, ahora abierta y los pantalones en los que se marcaba una más que evidente erección, Nishel se había deshecho de su camiseta, el pelo plateado caía suelto alrededor de su rostro, enmarcando unas facciones masculinas irresistibles. Él llevaba el botón del pantalón desabrochado y la cremallera desabrochada dejando a la vista una delgada de línea de vello que evidenciaba la falta de ropa interior.

—Dile que te penetre —le susurraba Radin al oído, lo suficientemente alto para que le escuchara Nishel—, ordénale que libere la polla y te la meta hasta el fondo. Lo deseas, quieres ser llenada por él, le necesitas, tu cuerpo lo anhela.

Nishel, que estaba ocupado lamiendo el sexo de su amante alzó la mirada y esbozó una irónica sonrisa.

—Lo estás pasando bien, ¿huh?

Él sonrió en respuesta y besó una vez más a la chica, quien ya no dudaba en devolverle el beso.

—No la hagas esperar más, Nish —le dijo y se encontró de nuevo con su mirada—, hazlo ya y yo haré lo mismo.

El doble sentido estaba allí, oculto en sus palabras, solo evidente para aquel que había pedido su ayuda. El hechicero estaba dispuesto a obrar su magia para echarle una mano, para ayudarla a dejar atrás el temor y el infierno al que se había visto sometido.

Se lamió los labios y se incorporó, sus ojos se encontraron con los de la chica, su mirada era limpia, anhelante, un suave sonrojo teñía sus mejillas al igual que su cuerpo, una visión deliciosa, su polla no podía estar más de acuerdo. La idea de penetrarla, de hundirse en su cuerpo era demasiado apetitosa, lo necesitaba, necesitaba marcarla, saber que era suya, que incluso habiendo otro hombre con ellos, él era quien mandaba.

—Pídeselo, rubita —susurró Radin en el oído de la muchacha—, dile lo que quieres...

Ella se lamió los labios, toda seductora, un hermoso sacrificio.

—Hazlo, Gabriela —su voz era pura compulsión—, llámale, atráelo a ti, al lugar al que pertenece... Y utiliza las palabras correctas, pequeña sumisa.

Sus ojos se clavaron en él, le necesitaba, necesitaba que alejase el dolor, la soledad y el horror de su vida como había hecho estos últimos días, con él ella se sentía segura, con él ya no tenía miedo... Nishel la protegía a su manera, podía ser mandón al extremo pero disfrutaba de esas órdenes, disfrutaba de él en todo su esplendor.

—Señor —musitó su nombre y le tendió la mano—. Por favor... ven...

Fue su perdición, dos sencillas palabras y ya estaba a sus pies, rendido a ella. Había hecho lo que juró no hacer jamás, enamorarse de una mujer humana.

—No la hagas esperar, chico —le dijo Radin sin quitarle el ojo de encima, podía sentir la disyuntiva del hombre, su lucha interior y supo que este había caído por fin en su propia trampa—. Solo toma lo que es tuyo...

Lamiéndose una vez más los labios, tiró del frente del pantalón hacia abajo y dejó libre su erección. Su pene se alzaba orgulloso e hinchado, una columna de prieta carne que pulsaba con vida propia necesitando enterrarse en su interior, poseerla en cuerpo y alma. Se acercó a ella y tomándola por debajo de las rodillas la atrajo hacia el borde de la mesa y la abrió para él, la punta de su polla acarició los húmedos pliegues empapándose de sus jugos antes de posicionarse e introducirse de una sola embestida completamente en su interior.

Ella jadeó y arqueó la espalda, Radin la sujetó por los hombros, sus pequeñas manos buscaron asidero en él mientras Nishel empezaba a moverse empujando en su cuerpo, poseyéndola como si el mundo fuese a acabarse mañana. Gabriela no fue consciente de nada más que aquel hombre y su polla hundiéndose en ella, del placer que se elevaba y construía en su cuerpo, estaba tan perdida en su mundo de placer que no prestó atención al murmullo que salió de los labios de Radin, perdidos en su pasión, ninguno fue consciente del momento en el que el hechicero hizo obrar su magia y sentó sobre ambos un hechizo destinado a abrir sus almas y curar las heridas que allí se encontraran. Él era consciente de que no era solo el aura de Gabriela la que estaba manchada, destrozada, Nishel tenía también sus propias cicatrices, unas que ya era hora de que empezaran a desaparecer.

—Así, apriétale —empezó a susurrar finalmente en el oído de ella, solo para su placer—, mantenlo al borde, preciosa, no permitas que se corra...

Nishel oyó sus últimas palabras volviendo de nuevo al aquí y al ahora.

—Radin...

Una velada amenaza.

Él se rio y se inclinó sobre el rostro femenino para robarle un nuevo beso, una vez más imprimió algo de su propia cosecha a ese beso, algo solo para ella.

—Fóllatela, Nish y deja de quejarte —le soltó rompiendo el beso—, es lo que más desea en estos momentos.

Gruñendo, el hombre se dedicó a ello, hundiéndose y retirándose, gimiendo por el placer que le

provocaba estar profundamente enterrado en ella, la sensación era indescriptible, apabullante y absolutamente hermosa.

—Eso es, así pequeña —continuó susurrándole él al oído—, coge lo que necesites, únete a él, alcánzale y átale en corto...

Ella gimió, sus caderas se movían al unísono, solo la sujeción que le proporcionaba Radin evitaba que se deslizase de la mesa por la fuerza de sus embestidas, los dedos de Nishel se hundían en su carne, podía sentir sus pechos bamboleándose mientras el placer aumentaba hasta hacerse indescriptible.

—Nishel... —gimió su nombre con desesperación—, oh, señor...

No podía más, su cuerpo amenazaba con romperse en pedazos, ese hombre era el único culpable de su estado, de su desesperación y lo amaba con toda su alma. Con un desesperado jadeo dejó que el orgasmo recorriera su cuerpo estremeciéndola y arrastrándole a él en una más que bienvenida liberación.

Radin se inclinó entonces sobre la boca femenina, la besó, le besó la mejilla y descendió hasta el oído dónde le susurró.

—¿Lista para otra ronda, rubita?

CAPÍTULO 9

Los humanos eran criaturas tan fáciles de manipular, se movían por emociones, cuanto más fuerte fueran estas, mayor era la resolución que inundaba sus mentes. Y los celos eran sin duda su favorita. Su mirada vagó por la habitación de hotel de mala muerte en la que se escondía aquel desecho de la sociedad, el mismo que lo conduciría a tener por fin su venganza definitiva.

—No puede seguir suelta, ella es peligrosa para los hombres, los corrompe... —la incansable y absurda letanía había estado brotando de sus labios una y otra vez—. Tiene que ser castigada, es una puta... una maldita zorra que se abre de piernas a todo el mundo...

Su encuentro no podía haber resultado más fortuito, en circunstancias normales ni siquiera se dignaría a tenerle en cuenta, pero el destino había jugado sus cartas y resultó en una muy buena mano para sí mismo. Gracias a ese desecho, tendría a ese maldito ángel caído dónde realmente lo quería.

—Y tú lo harás —le susurró al oído como venía haciéndolo últimamente, corrompiendo su mente, envenenando su alma ya de por sí negra—. Tú la purificarás, harás que su sangre se libre de toda esa contaminación, la salvarás...

Asintió imperceptiblemente, no podía verle pero él estaba allí, había estado allí desde el momento en que supo que aquella pequeña mujercita había captado la atención de Nishel algunos meses atrás. Se encargó de alimentar la inquina del hombre hacia la inofensiva hembra, conduciéndole directamente a su nuevo hogar, a aquella visita de la que había salido viva por los pelos.

—La han puesto bajo custodia, pero darás con ella —insistió de forma insidiosa. Sus labios curvándose en una divertida sonrisa—, y será tuya... podrás purificarla.

Los labios del hombre se curvaron en una inestable sonrisa, su rostro poseía el brillo de la determinación y la obsesión extrema.

—Ella es mía, solo mía... —aseguró—, tendrá que postrarse ante mí... Lo hará otra vez... se arrodillará ante mí para que pueda absolver sus pecados.

Satisfecho miró hacia la ventana a través de la que podía ver las luces que iluminaban la ciudad de madrugada, ese ángel caído iba a sufrir en sus propias carnes lo que era ver morir a la persona que estaba destinado a proteger, más aún, les dejaría el tiempo suficiente para que se fortalecieran sus lazos y entonces conduciría a ese imbécil hasta ella... Nishel iba a asistir a la muerte de su amada, una venganza más que adecuada para el ángel que lo había hecho caer.

Radin sabía que iba a empezar a llover quejas en el momento en que traspasó el umbral de la habitación de hotel ya muy entrada la madrugada, no había forma de engañarla y tampoco lo pretendía, lo que había entre ellos dos era de lejos complicado, una atadura que no deseaba ninguno y que se imponía a todo lo demás. Dejó la chaqueta sobre el mueble de la entrada, su mirada recorrió el breve pasillo que permanecía en penumbra, la única luz procedía del dormitorio adyacente. No se detuvo, ni siquiera le dedicó una sola mirada pese a saber que ella estaba allí, sentada a los pies de la cama, esperándole.

—Voy a darme una ducha.

Ella no le sacaba los ojos de encima, lo sabía, tenía su mirada clavada en la espalda, pero no tenía tiempo ni ganas de tener una conversación en aquel preciso momento. Le importaba un comino lo que pensara, lo que tuviese que decirle, le había dejado perfectamente claro en más de una ocasión que ella no era algo que deseara, su presencia era algo no podía evitar y con lo que tendría que vivir el resto de su vida. Era su protector, su maestro, su pareja eterna por una broma del destino, pero no poseía su corazón.

—Radin...

El suave tono de voz contenía un obvio reproche. Aquel no era el momento de hablar, necesitaba darse una ducha, quitarse el aroma a sexo que lo había rodeado durante toda la velada y a ser posible satisfacer la maldita erección que le había provocado el jueguecito con la mujer de su amigo.

—Ahora no, Ankara —declaró al tiempo que desaparecía en el cuarto de baño.

Pero al contrario de lo que siempre ocurría, ella no esperó, no permaneció callada, la puerta del baño se abrió tras él, precediéndola.

—No me vengas con esas —declaró—. Llevas fuera todo el día, ni siquiera me has cogido el teléfono o me colgabas.

Él tomó una profunda bocanada de aire y se preparó para la batalla de siempre.

—Te dejé un mensaje diciéndote exactamente dónde iba a estar —declaró con tranquilidad—. Si realmente hubiese ocurrido algo importante, había respondido a cualquiera de tus llamadas.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo habrías hecho —declaró con seguridad—, pero gracias por la mentira, otra más que añadir a la larga lista de nuestra colección.

Él resopló y la ignoró mientras se dedicaba a abrir el grifo de la ducha.

—Voy a ducharme, si tienes algo más que añadir, puedes hacerlo después —declaró apartándose para dejar que el agua corriese—, a menos que quieras ducharte conmigo.

Ella frunció el ceño y dio media vuelta.

—Quizás cuando te quites el olor a puta —siseó dando media vuelta para dejarle solo con su ducha.

Antes de que hubiese podido alcanzar siquiera la manilla de la puerta sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca, deteniéndola.

—Radin, suéltame —le pidió con voz tranquila, demasiado tranquila, en su opinión.

Él no solo no la soltó si no que la acercó todavía más a él.

—Vamos a dejar claras un par de cosas una vez más —declaró, su mirada fija en la de ella—. No me van las escenitas, así que no comiences una. Si estás ahora aquí y conmigo es porque tus dones son tan malditamente salvajes que no puedo correr el riesgo de mantenerte lejos ni siquiera por un par de días. Estoy atado a ti, me perteneces y te pertenezco, pero nada más... Ni te quiero, ni estoy dispuesto a soportar una sola más de tus rabietas, ¿he sido claro?

Ella no respondió, su mirada seguía sosteniendo la suya pero no dijo una sola palabra al respeto.

—¿He sido claro, Ankara?

Ella apretó los dientes, lo notó por la forma en que se tensó su mandíbula y la repentina rigidez en su cuerpo.

—Eres un cabrón hijo de puta y sin corazón —declaró ella con frialdad.

Él se encogió de hombros y se inclinó sobre ella, su altura la empequeñecía.

—Eso es algo que los dos ya sabíamos, princesa —le aseguró al borde de sus labios—. Y nada podemos hacer al respecto.

Su mirada decía otra cosa, él lo sabía, ambos sabían realmente a que se exponían pero prefirió dejarlo pasar.

—Voy a ducharme ahora —le recordó indicando el agua—, si no quieres desnudarte y hacerme compañía, puedes esperar en el dormitorio.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Retiro lo dicho, no eres un hijo de puta, eres un capullo —declaró y salió dando un portazo tras ella.

Radin dejó escapar el aire, se pasó una mano por el pelo y volvió a concentrarse en lo que lo había llevado allí. O lo habría hecho si no hubiese sentido una fuerte oleada de calor que corrió directo a su polla.

—Será hija de puta —siseó y taladró la puerta cerrada con la mirada—. ¡Kara!

La respuesta no se hizo esperar.

—¡Que te jodan, Radin!

Gruñó, la joven hechicera suponía una enorme pesadilla para él, atada a ella irremediablemente pero enamorado de otra mujer. El destino era un hijo de puta que les había jodido la vida a ambos de la peor manera, pero no podía hacer nada al respecto; Ankara lo necesitaba. Si él no la hubiese aceptado, habría caído en manos del consejo de hechiceros, entregada a cualquiera de los viejos lascivos que lo componían. Sin él, sin su guía, podría haber terminado enloqueciendo o peor aún, consumida por un desmesurado poder que habitaba en su interior. La lujuria solo era una de las muchas consecuencias, uno de sus muchos dolores de cabeza y también la única liberación real que podía permitirse con ella.

Tras desnudarse con un solo ademán que inició su magia, se metió bajo el chorro del agua caliente y disfrutó de la cálida humedad deslizándose por su cuerpo, su sexo ya de por sí erecto, se había hinchado ante la cercanía de su compañera destinada y ahora lucía una más que pesada erección. Aquel era otra de sus penitencias, no importaba que su corazón perteneciese a otra mujer, no podía evitar desearla y sus encuentros sexuales eran pura decadencia; quizás porque eran esos mismos episodios los que utilizaba para templar a la muchacha. Uno de los pocos momentos en los que bajaba la guardia y le permitía protegerse de su propio poder.

El lecho era el único lugar en el que realmente se entendían, en el que se trataban con consideración, fuera del mismo Radin era perfectamente consciente de su fría actitud para con ella, tanto que no tenía problema en participar de las fantasías de cualquier otra persona; no quería que se llevase a engaños, que continuase los inocentes sueños que había tenido al principio de su relación, cuando no le quedó más remedio que reclamarla para sí o dejarla morir. Podían haberse convertido en una pareja vinculada, pero su corazón no le pertenecía y la mujer que lo poseía, no había dudado en rechazarlo después de saber que ambos no podrían estar juntos más allá de como simples amantes.

Tendría que odiar a Ankara, en cierto modo, su indiferencia y el mal humor que lo acompañaba cada vez que estaba a su alrededor era parte de su rechazo por algo que ya no podía cambiar, por algo que él mismo había comenzado tres años atrás.

Deslizó la mano sobre su piel mojada, sus dedos toparon con su hinchada polla y dejó escapar un pequeño siseo entre los apretados dientes. Estaba duro, sentía los testículos pesados y la sangre le burbujeaba en las venas, su mente divagó a los dulces momentos que había pasado con la mujer de su amigo; Nishel estaba jodido, muy jodido, esa rubita se le iba a meter bajo la piel y dudaba que el caído fuera a resistirse mucho. Su atenta mirada y la calidez que dedicaba a esa mujer no era algo casual.

Sus dedos acariciaron casi por propia voluntad la suave columna de carne, cerró los ojos y se imaginó que la mano que lo acariciaba era la de la mujer que había enviado a la habitación, la necesitaba y eso

solo podía deberse a que ella también lo necesitaba a él. Había notado su nerviosismo, sus muros naturales estaban tocados y antes o después acabaría rompiéndose, estaba en una situación in extremis desde hacía varios días, ambos lo sabían y a pesar de ello no había hecho nada para aliviar la situación.

—Soy un gilipollas —masculló al tiempo que alzaba la cara hacia el chorro del agua y cerraba los dedos alrededor de su pene buscando un alivio que sabía no alcanzaría realmente hasta que se hundiese completamente en la húmeda calidez de la mujer que lo empujaba a la locura día sí y día también.

Notó como su piel empezaba a hormiguar y apretó los dientes, aquello era una clara señal de que su compañera estaba perdiendo una vez más la batalla consigo misma y con su poder. Durante un breve momento barajó la idea de dejarla sufrir, una pequeña venganza por todo lo que le quitó con su presencia, con su llegada al mundo, pero al final del día ambos sabían que no podría hacerlo, no la dejaría llorando de dolor mientras su poder hacía estragos en su interior.

Terminó de asearse y se tomó su tiempo para secarse, no era un santo y estas pequeñas escaramuzas hacían todo el asunto de su unión más llevadero; especialmente para él. Se envolvió la toalla alrededor de la cintura y no pudo evitar sonreír con ironía al ver como su erección elevaba la tela sin disimulo alguno. Tomó una profunda bocanada de aire y dejó el cuarto de baño para encontrarse con ella hecha un ovillo sobre la cama y temblando. No tenía necesidad de tocarla para saber que su piel estaría helada, una reacción encadenada al helado poder que gobernaba; su hechicera de hielo.

—Te dije que te duchases conmigo —le dijo de camino a la cama.

Ella alzó sus ahora clarísimos ojos azules e hipó, su expresión era una mezcla de rabia y desesperación, algo que agradecía pues podía manejar su odio mucho mejor que la soledad que habitaba en su mirada cada vez que él la dejaba o la lastimaba con sus palabras.

—Eres un cabrón hijo de puta —siseó, entonces se encogió todavía más y su cuerpo se estremeció con fuerza.

Él se arrancó la toalla y la dejó caer a un lado mientras se reunía con ella en la cama y la abrazaba desde atrás. El sentir su cuerpo helado contra la calidez del suyo lo hizo dar un respingo pero se obligó a cobijarla contra su pecho mientras murmuraba unas palabras haciendo que la ropa que la cubría se esfumase en el aire.

—No me oirás decir lo contrario —declaró susurrándole al oído.

Su mano descendió entonces por la parte frontal de su cuerpo, le acarició los pechos, la línea de las costillas y se perdió más allá de su cintura hundiéndose sin miramientos entre sus piernas hasta alcanzar aquella parte oculta que contenía toda la calidez y humedad que le faltaba en aquellos momentos a su cuerpo. Y estaba húmeda, completamente mojada, una apetitosa fruta madura que se moría, como no, por probar.

—Respira, Kara —le susurró, entonces le mordisqueó el lóbulo de la oreja, uno de sus dedos acarició los húmedos pliegues para luego deslizarse fácilmente en su interior—. Siénteme, acompasa tus latidos a los míos, todo irá mejor cuando lo hagas...

Ella enterró la cabeza contra la almohada y él respondió al movimiento retirando el dedo solo para volver a hundirlo de nuevo.

—No... no puedo —la oyó gimotear.

Radin unió un segundo dedo al primero y continuó penetrándola suavemente, absorbiendo el frío de su piel en sí mismo, derritiendo aquel hielo con su propio calor.

—Sí puedes —se inclinó sobre ella y frotó su duro miembro contra las nalgas desnudas—, tú eres quien manda, relájate y no lo reprimas, no dejes que te enfríe, necesitas calor... acéptalo.

Ella gimoteó y se apretó contra su mano, buscando aquello que él le daba, necesitándolo a pesar de odiarlo.

—Eres... un... ca...pullo —lloró apretándose una vez más contra él.

Radin no discutió, se limitó a mordisquearle el cuello mientras con la mano libre la abría y tras retirar

los dedos hundió su polla hasta que sus testículos quedaron acunados contra su precioso y respingón culo. Ella jadeó, una de sus manos aferró con fuerza la sábana mientras la otra se aferraba de la que él mantenía sobre su cadera.

—Radin... —gimoteó o lloriqueó, él ni siquiera estaba seguro. El sentirse apretado en su húmedo y caliente coño a menudo le robaba el sentido.

Le sopló el lugar en el que la había mordido y retiró lentamente las caderas para volver a impulsarse mientras la sujetaba por la cintura.

—Concéntrate en mí —jadeó en su oído, sus dedos clavándose en su cadera mientras la atraía contra sí y la penetraba con avidez—. Une tu poder al mío, haz que lo rodee, deja que lo consuma... No trates de obligarlo, deja que te reconozca, que se pliegue a tus deseos... disfrútalo, no lo rehúyas.

Sus manos se deslizaron a sus pechos y los amasaron con suavidad, sus dedos tironearon de sus pezones mientras sus caderas se agitaban y la solitaria habitación se llenaba con el sonido de la carne golpeando a la carne, los gemidos de ella y sus propios gruñidos y el aroma del sexo.

—Sí, así, Kara —jadeó en su oído, animándola a encontrarle en cada nueva embestida—, alcánzame, ven a mí, aliméntate de mi calor, aleja el frío que te consume... toma de mí lo que necesitas.

—Radin... es... demasiado... intenso —gimoteó arqueándose contra él—, necesito... yo... lo necesito.

Le mordió suavemente el lóbulo y tironeó de él, su aliento se derramó en su oído al tiempo que su lengua dejaba una huella húmeda en su interior haciéndola estremecer, llevándola a la locura.

—¿Qué necesitas, gatita? —ronroneó.

Ella gimió una vez más y él sonrió. Oh, sabía perfectamente lo que deseaba, pero quería oírse lo decir, que lo pidiese pues sabía lo mucho que ella detestaba suplicar.

—Radin...

Le mordisqueó el cuello y la penetró una vez más con ímpetu.

—¿Qué deseas, Kara?

Ella gimió, todo su cuerpo vibraba, el frío en su piel se había evaporado y sustituido por una calidez que perlaba su piel de sudor.

—Por favor... Radin... por favor...

Él continuó con su peculiar tortura, deslizó una mano entre sus cuerpos y buscó hasta acariciar el clítoris con la yema del dedo, arrancándole un nuevo jadeo.

—Dime, Kara... —insistió. Si no se rendía pronto, sería él quien suplicara.

Ella se lamió los labios y presionó una vez más las caderas contra su erección.

—Necesito terminar, por favor —gimió apretándose contra él—, Radin, por favor...

Él sonrió para sí, aquello tendría que ser suficiente...por ahora. No se hizo de rogar, la sujetó con fuerza y aumentó el ritmo, hundiéndose en ella una y otra vez, la mano oculta entre sus piernas la acariciaba al mismo tiempo hasta que la ansiada liberación llegó estremeciéndola por entero y arrastrándole a él en el proceso.

Lentamente se deslizó de ella, pero no la soltó, sus brazos permanecieron a su alrededor, acariciando distraído la suave y sudorosa piel mientras ambos recuperaban el ritmo de su respiración.

—Eres un verdadero y jodido dolor de cabeza —le dijo sin guardarse sus pensamientos—. ¿Cuándo aprenderás a hacer lo que se te dice?

Ella se removió entre sus brazos pero él la inmovilizó y la tumbó de espaldas, cerniéndose sobre ella.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —le escupió, sus ojos llenos de lágrimas—. Te odio, Radin, te odio, te odio, te odio...

Él suspiró y bajó la boca sobre la suya, ahogando sus palabras, arrancando una respuesta, una que ambos sabían no podría ser nunca negada por ninguna de las dos partes. Podrían odiarse hasta el fin de sus días, pero seguirían deseándose.

—Nunca olvides ese sentimiento, querida mía —le dijo sometiéndola bajo su cuerpo—, ayudará a que

permanezcas en pie por muy complicado que se ponga el camino.

Ella lo fulminó con la mirada, una que desmentía sus palabras, una que odiaba tener que ver en su rostro.

—Te... te acostaste con ella... y ahora... ahora... —Sus palabras murieron mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. No eres mejor que ellos...

La soledad y tristeza que veía en sus ojos se clavaron como un cuchillo en su interior una vez más.

—Recuerda nuestro pacto, Ankara —le dijo como toda respuesta antes de soltarla y levantarse dejándola sola sobre la cama—. Yo todavía me acojo al mío...

Ella apretó los labios y giró sobre la cama, quería odiarle, él deseaba que lo hiciera, pero al final del día ambos sabían que nada de aquello serviría, podían hacerse daño mutuamente, pero nunca se traicionarían de esa manera.

CAPÍTULO 10

Gabriela no estaba segura de cómo afrontar aquella nueva mañana, sabía que algo había ocurrido, algo que nada tenía que ver con la infernal noche de sexo y deseo que había pasado entre aquellos dos especímenes masculinos. Su rostro se calentó ante el solo recuerdo; una fantasía hecha realidad... ¡Y qué fantasía!

Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que no tenía la menor idea de cómo había terminado en ese punto, aceptando su desafío con tanta tranquilidad y abriéndose de tal modo que lo único en lo que podía pensar era en decir lo que sentía en aquellos momentos, cuáles eran sus deseos.

La sesión en la mesa del escritorio solo había sido el principio, Nishel había rematado la noche —después de que Radin se marchase en un momento del que ni siquiera fue consciente—, en el dormitorio, en una enorme cama que el hombre se había encargado de deshacer junto a ella; la misma desde la cual ahora lo observaba de espaldas, con el trasero al aire y el tatuaje de unas enormes alas dibujado a lo largo de la ancha espalda. Unas alas rotas.

—¿Quién eres?

Él se giró hacia ella en la penumbra de la habitación, la única luz disponible era la lámpara de la mesilla de noche que seguía encendida. El pelo rubio blanquecino caía suelto sobre sus hombros, el rastro de la barba de un día empezaba ya a asomar en su rostro, pero eran sus ojos de aquel inquietante color azul grisáceo los que hicieron que sintiese una vez más mariposas en el estómago mientras su sexo se humedecía una vez más. Señor, ¿se cansaría alguna vez de él?

—A estas alturas pensé que eso ya había quedado claro, muñequita —le respondió al tiempo que recorría con la mirada su cuerpo desnudo. No se había molestado en cubrirse, no es como si no hubiese jugado con ella todo el tiempo—. Aunque si necesitas un recordatorio...

Caminó hacia ella, acortando la distancia para detenerse a los pies de la cama. Su altura empequeñecía la suya, allí de pie e incluso desnudo como estaba era una amenaza que la derretía.

—No me vengas con toda esa mierda, Nishel —rezongó y utilizó su nombre sin pensarlo—. Quiero saber quién eres en realidad, quién es Radin y qué diablos me ha hecho... Y quiero la verdad.

Él arqueó una ceja.

—Diría que Radin te ha follado —le soltó. Luego se inclinó hasta quedar a su altura y le explicó—. Al menos eso es lo que parecía desde mi posición.

Apretó los dientes, las ganas de lanzarle algo y borrar esa maldita sonrisa de su cara era demasiado acuciante.

—¿Es psicólogo, terapeuta o algo?

Ahora se echó a reír.

—No, solo es un hijo de puta con suerte —declaró entre risitas—. Radin es... un buen amigo. De otro

modo no hubiese dejado que te tocara ni un pelo.

Empezaba a desesperarse de veras.

—Aquí hay algo que no me estás contando y me estás poniendo de mala leche —aseguró con un quejido—. Deja de tratarme como si fuese una niña pequeña que puede romperse en cualquier momento... Tu amigo hizo algo, lo sé, lo he sentido... No sé si me hipnotizó o que narices hizo pero...

La cama se hundió bajo su peso.

—No me acuesto con niñas pequeñas —le dijo pasando el dedo por el collar que rodeaba su cuello—, así que dudo mucho que ese sea tu caso.

Se exasperó, aquella conversación no llevaba a ningún sitio.

—Está empezando a molestarme y mucho esta actitud tuya —le soltó con un resoplido—. ¿Qué tan difícil te resulta darme una respuesta directa? Necesito... necesito saber en qué me he metido. En qué me has metido tú.

No se movió, se limitó a recorrer su cuerpo desnudo con la mirada.

—Hay cosas que sencillamente no podrías comprender, Gabriela —le aseguró sin más—. Circunstancias que están más allá de la comprensión humana.

Ella siseó.

—No me jodas, Nishel —se enfadó—. Ahí fuera hay un cabrón hijo de puta dispuesto a matarme por ningún otro crimen que el pensar que le pertenezco. La primera vez violó y mató a mi compañera de piso pensando que era yo, cuando lo cogieron y lo metieron en la cárcel no hizo otra cosa que amenazarme, diciéndome que yo le pertenecía, que nadie tenía derecho a tocarme, que era una zorra lasciva que llevaba a los hombres a la perdición por mi sed de sexo... ¡Estuve huyendo de él durante más de año y medio, escondiéndome para evitar sus amenazas! ¡Y por un jodido despiste de la policía, se les escapó y dio conmigo y no se detuvo hasta dejarme medio muerta en el suelo de mi casa!

Las lágrimas corrían por sus mejillas llegados a este punto.

—Así que no me vengas con que las circunstancias están más allá de mi comprensión —se quejó con dolor—. Necesito saber en qué estoy metida y por qué diablos has vuelto a entrar en mi vida porque no lo comprendo. No lo comprendo y me estoy volviendo loca.

Sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo con desesperación.

—Apareces en mi puerta una noche, me das la mejor experiencia de mi maltrecha vida y entonces desapareces sin dejar rastro —gimió entre lágrimas—. No sé nada de ti, ni quién eres, ni de dónde saliste y de nuevo vuelves a resurgir como salido de la nada para hacerte cargo de mí y con las bendiciones de la policía. ¡Ya no entiendo nada!

Los fuertes dedos de su mano le aprisionaron la barbilla y la obligó a alzarla hacia él.

—¿Dónde ha quedado lo de “señor”, Gabriela?

Aquello la hizo gritar, su desesperación era tal que se echó sobre él como una gata. Pero entonces, él era mucho más grande, más fuerte y se tomó su ataque como un juego; en un abrir y cerrar de ojos estaba debajo de él.

—Chica mala —le dijo al tiempo que chasqueaba la lengua—. No se ataca a tu señor.

Sus ojos se entrecerraron pero no hizo nada por liberarse, estaba demasiado cansada física y anímicamente para empezar una pelea con él.

—Tú no eres mi señor —respondió—. No eres más que un cabrón hijo de puta y controlador...

Él se rio.

—Sí, ese sería yo, mi pequeña e indisciplinada sumisa —se burló y estiró sus brazos hasta ponérselos por encima de la cabeza.

Intentó moverse pero lo único que hizo fue restregarse contra él.

—Suéltame ahora mismo —le ordenó.

Nishel dejó escapar de nuevo uno de esos sonidos tan suyos.

—Prueba otra vez y esta vez añade “maestro” a tu petición y ya veremos si me complace —aseguró sin mover un músculo.

—Quítate de encima, vaca pesada —escupió. No sabía qué diablos pasaba con ella, de dónde habían salido esos instintos suicidas.

Aquello le hizo gracia, puesto que se echó a reír.

—Ay, muñequita, es la primera vez que escucho un insulto tan encantador —se reía a carcajadas, su cuerpo se sacudía contra el suyo y su deseo se reactivó, excitándola—. Eres realmente una cosita ingeniosa.

Ella resopló.

—¡Suéltame de una maldita vez! —se quejó—. Así no hay manera de tener una conversación seria.

Para su sorpresa él la soltó, solo para tirar de ella y en un abrir y cerrar de ojos tenerla sentada sobre su regazo, con el culo desnudo presionando una más que palpable y dura erección.

—¿Quieres que tengamos una conversación seria? —le escuchó preguntar. La risa había desaparecido de su voz. Ese hombre era como un camaleón en lo que a su estado anímico se refería.

Ella resopló, se apartó el pelo que le caía sobre los ojos y lo miró.

—Es lo que llevo intentando conseguir desde hace varios minutos —aseguró con desesperación—. No pido nada más que un poco de sinceridad, quiero saber dónde tengo los pies... y con quién estoy.

Él se la quedó mirando durante un buen rato, en silencio. Sus ojos se cerraron sobre los de ella, una mirada penetrante que iba mucho más allá del simple exterior.

—De acuerdo, Gabriela —pronunció su nombre como si aquello fuese una declaración de intenciones—. Cumplamos con otro de los puntos del contrato.

Abrió la boca para preguntar a qué punto se refería y que tenía que ver aquel maldito contrato en todo aquello, pero las palabras que surgieron de su boca fueron otras.

—¿Quién eres tú, Nishel? La verdad —preguntó, había una muda súplica en su voz—. Ya estoy harta de que me mientan y me oculten cosas, así que por favor, dime la verdad.

Él asintió.

—Ya te lo dije, trabajo como asesor para las víctimas de secuestros y situaciones adversas para la policía —le explicó con tranquilidad—, y de vez en cuando echo una mano a la Agencia Demonía como Agente Externo...

Ella se lamió los labios dispuesta a preguntar.

—¿Qué es realmente esa agencia? —inquirió—. Y cómo diablos ha podido llegar el impreso a vosotros. Juro que yo no lo envié.

Una de sus manos empezó a acariciarle la piel del brazo, aumentando la sensación de tranquilidad y paz que sentía a su alrededor.

—La agencia está especializada en lo que podríamos llamar... “terapias de ayuda” —respondió al tiempo que estiraba los labios en una irónica sonrisa—. Y si el impreso llegó a nosotros, es porque realmente necesitas que te echen una mano...

Sacudió la cabeza, aquello seguía sin tener mucho sentido.

—¿Cómo?

Su mano subió y le acarició las costillas, esquivando sus senos por poco.

—Dándote aquello que necesitas y desterrando aquello que te sobra —continuó—. Solo tienes que saber que si estoy aquí, contigo, es porque es lo que necesitas. Mi presencia no es para causarte más daño sino para liberarte de él.

Ella frunció el ceño mientras intentaba procesar todo aquello.

—¿Y pensaste que Radin sería un buen... complemento?

Se rio, un sonido suave y bajo.

—Al hechicero no creo que le guste ser catalogado de complemento —declaró con diversión—. Una de tus fantasías era hacer un trío y él es realmente bueno... calmando el espíritu.

“Y utilizando la lengua” pensó para sí, guardándose de pronunciarlo en voz alta. La última frase que pronunció penetró entonces en su mente.

—Espera, ¿has dicho calmando el espíritu? —preguntó al tiempo que fruncía el ceño—. ¿Con eso te refieres a alguna clase de truquito hipnótico?

Las inquietas manos volvieron a bajar por sus brazos, aumentando el calor en su cuerpo y relajándola al mismo tiempo.

—Radin no te ha coaccionado a nada —diluyó sus sospechas de un plumazo—, todas las decisiones que has tomado, han sido tuyas. Él solo... digamos que ha insistido un poquito en que te abrieras a la sinceridad y aquello que vive en ti.

Ella arrugó la nariz.

—Psicólogo entonces.

Su necesidad por encontrar una respuesta que comprendiese la estaba frustrando.

—En realidad es hechicero —le dijo al tiempo que soltaba un suspiro—. Un Alto Hechicero, en realidad.

Ella se giró en su regazo, su rostro era la viva imagen de la duda.

—He pedido la verdad, Nishel —le recordó—. Y decirme que Radin es un... mago, es un disparate.

Él negó con la cabeza.

—Es una forma sencilla de introducir lo que quieres saber realmente —le aseguró sin dejar de mirarla.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y eso sería?

Él le acarició el rostro.

—Quién soy en realidad —concluyó él.

En eso estaba de acuerdo con él.

—Si me dices alguna estupidez de la misma clase, te pegaré... —lo previno—. Señor.

Él puso los ojos en blanco.

—Muñequita, después de que terminemos con este pequeño *tête à tête*, voy a azotarte —aseguró con total convicción.

Ella imitó su gesto.

—Sí, por supuesto —respondió con ironía—. Que voy a permitirme además que lo hagas...

Su mirada encontró la suya.

—No necesito permiso para disciplinarte, Gabriela —la sorprendió con la sinceridad que escuchó en su voz—. Y voy a disfrutar haciéndolo una vez que todo esto termine.

Se quedó inmóvil, mirándole, no estaba segura de si lo que acababa de decir implicaba algo más que una vana amenaza. Ni siquiera estaba segura de qué ocurriría con él cuando todo aquello terminase.

—¿Quién eres realmente, Nishel? ¿Qué pintas tú en todo esto? —insistió—. Por última vez, ¿vas a darme una respuesta?

Le acunó la mejilla en la mano y le alzó el rostro para que pudiese mirarle.

—Mi primer cometido contigo está vinculado al contrato que has firmado —declaró con sinceridad—, no he sabido hasta hace unas horas que las cosas han pasado a ser mucho más.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Nishel se tomó un tiempo para responderle.

—Radin ha hecho algunas averiguaciones para mí, ese fue el principal motivo de que apareciese cuando lo hizo —pasó a explicarle—. Ese hijo de puta que casi te mata se ha esfumado como por arte de magia, y un humano no desaparece de esa manera.

Se estremeció, ya era la segunda vez que se refería a la gente como “humanos”. El nerviosismo y el miedo empezaron a invadirla enfriando el deseo.

—Explícate.

Sus dedos buscaron los suyos y se enredaron en ellos.

—Alguien le ayudó a desaparecer —continuó con lenta premeditación—. Y creemos que posiblemente haya tenido que ver en el hecho de que se escapase de la custodia de la policía cuando estaba en el hospital y que diese directamente contigo.

Ella sacudió la cabeza, algo le decía que no le iba a gustar lo que estaba por venir.

—Pero cómo es posible...

Suspiró, un profundo y grave suspiro.

—Me temo que es culpa mía.

Aquello la dejó noqueada.

—¿Qué?

Sus dedos le apretaron los suyos, como si quisiera avisarla de lo que estaba a punto de verter sobre ella.

—Hay alguien ahí fuera que tiene una *vendetta* personal conmigo —declaró—, y cree que puede llegar a mí a través de ti.

Ella sacudió la cabeza.

—Jordan Alburn violó y mató a mi compañera de piso un mes y medio después de que cortase con él; pensó que era yo —le recordó lo que le había dicho la primera noche que estuvieron juntos—. Cuando la policía le atrapó y se dio cuenta de que había cometido un error enloqueció; no la quería a ella, me quería a mí. Vive obsesionado conmigo. Me acosó desde la cárcel durante casi tres años hasta que

conseguí que me perdiese la pista... Me pasé año y medio mirando por encima del hombro con un miedo atroz a que me encontrase... y lo hizo... el resultado ya lo conoces...

Se estremeció.

—Nunca dije tu nombre, de alguna manera supo de esa noche o quizás lo adivinó —continuó con una negativa—, estaba empeñado en que yo era mala, una ninfómana que se abría de piernas ante todo el que pasaba, que estaba enferma y que él me liberaría... Es imposible que sepa quién eres...

Él negó con la cabeza.

—Gabriela, alguien le ayudó a escapar —insistió y la obligó a mirarle a la cara—, y ese mismo alguien es el que está ocultándolo de la policía y de nosotros... Radin lo ha rastreado y no me queda ninguna duda de que se trata de él...

Ella sacudió la cabeza.

—No lo comprendo, ¿por qué tú?

Él le acarició una vez más el rostro, calmándola.

—Quiere herirme —aseguró sin dejar de mirarla—, y sabe que si llega a ti eso me joderá lo suficiente. Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué haría algo así? —insistió—. ¿Qué le has hecho?

Él la empujó entonces y la dejó de nuevo sobre la cama.

—Le arranqué las jodidas alas después de que matase a mi custodio —aseguró. Con un grácil movimiento se puso en pie.

—¿Custodio?

Él asintió y se giró de espaldas a ella, en un momento su espalda estaba cubierta por aquellos tatuajes de unas rotas alas negras, al siguiente la pintura pareció diluirse de su piel y ocuparlo todo, resbalando por su cuerpo hasta formar la imposible e irreal construcción de dos gigantescas alas de plumas negras.

Cayó hacia atrás con un jadeo luchando por incorporarse sobre el colchón y encontrar el aire que aquella fantasía le había arrebatado de los pulmones.

—¿Qué...? —las palabras se agolpaban en su mente pero era incapaz de hacerlas salir—. Oh, dios... joder... ¿qué mierda significa esto?

Nishel se giró lentamente, las enormes extremidades aladas se destacaban por encima de sus hombros, oscuras como la noche, sedosas al tacto, un contraste absoluto con el tono claro de su piel.

—La definición correcta sería, ángel caído, muñequita —aseguró al tiempo que se llevaba las manos a las caderas con total despreocupación—. Pero me conformo con que sigas llamándome “señor”.

CAPÍTULO 11

—Espera, ¿qué has hecho?

Nishel puso los ojos en blanco ante la pregunta del demonio. Riel parecía estar a punto de echarse a reír en cualquier momento.

—Me pidió la verdad y se la di —respondió sin más preámbulos—. Además, no es como si fuese uno de los requisitos del contrato.

—Y fue entonces cuando la dejaste sola —intentaba entender su amigo.

Él negó con la cabeza.

—No, eso fue después de llevarla a un lugar seguro y que empezara a gritar como una posesa.

—Bueno, al menos tendrá tiempo para asimilarlo.

—O a enloquecer —añadió Eireen. La mujer de Riel permanecía sentada en una de las sillas de la oficina del departamento de policía en el que se habían reunido todos.

—Si es que no lo ha hecho ya —comentó ella mirándole con gesto de reproche—, ¿cómo se te ocurre dejarla sola en un momento como este, Nish?

—Era eso o que me arrancase las plumas una por una, amor.

La hechicera que acompañaba a Radin bufó ante tal respuesta.

—¿Y quién dice que no te lo merecerías?

—Kara...

Ella se giró como un resorte y fulminó a su compañero con la mirada.

—Vete a la mierda.

Riel esbozó una divertida sonrisa.

—Me cae bien tu mujer.

—No es mi mujer —la respuesta del hechicero fue automática.

Ella puso los ojos en blanco.

—No, soy su puta.

Si las miradas pudieran matar, esa chiquilla sería ahora mismo cenizas, pensó al ver la reacción de Radin a las palabras de su compañera. Eireen por su parte se limitó a poner los ojos en blanco y acercarse más a Riel, la hermosa humana estaba más radiante que nunca, el embarazo empezaba a notársele y se la veía sonriente y muy enamorada. A su lado Ross no dejaba de resoplar con cada nuevo comentario hecho por los presentes.

Había llegado a la comisaría a primera hora de la mañana después de dejar a Gabriela con un ataque de histeria en su cabaña de Canadá. La mujer iba a arrancarle las pelotas cuando lo tuviese delante, estaba seguro. Esperaba al menos que el tiempo le diese espacio suficiente para que se calmase un poco y pudiese asentar los pensamientos y emociones que giraban como un huracán en su interior. Sí, la sutileza no era una de sus virtudes.

Al entrar por la puerta se había sorprendido de encontrarse a Riel hablando con Ross; Eireen, su esposa estaba sentada en una de las sillas de la oficina privada del policía sobrenatural, era la primera vez que la veía después de su enlace y el embarazo ya se le notaba. Su amigo y el policía habían estado discutiendo sobre los recientes descubrimientos aportados por Radin; aquello daba un cariz totalmente distinto a la situación.

El hechicero no tardó mucho en dejarse caer por la oficina y en esta ocasión no lo hizo solo; Ankara le acompañaba. La muchachita podía resultar realmente belicosa, pero no dejaba de ser una adorable y atractiva hembra de piel pálida, pelo rubio claro y fríos ojos azules que traía al hombre por la calle de la amargura.

Así, la oficina de Ross terminó convirtiéndose en el centro de reuniones de lo más selecto y variado del mundo sobrenatural.

—Niños, niños —pidió el policía aplacando a los presentes y llamándoles al orden—, las peleas de alcoba fuera de mi oficina, gracias. Acabáis de caer sobre mi departamento con una mierda del tamaño de una montaña y necesito un momento para procesarlo así como respuestas, todas las que podáis aportar.

—Aquí tienes una —le dijo Nishel girándose hacia él—, voy a buscar a ese maldito hijo de puta y cuando lo encuentre, no quedarán de él ni las cenizas.

Y lo decía muy en serio. Noel había cruzado la línea de lo tolerable metiéndose con su actual custodio e iba a pagar por ello. No cometería de nuevo el mismo error, él no se acercaría a Gabriela, no se lo permitiría, no la contaminaría como lo hizo con Tori.

—Abajo, Caído —le dijo en respuesta—, pliega las alas y relájate.

Su mirada recorrió a los presentes hasta posarse en Radin.

—Necesito pruebas, una convicción absoluta que pruebe que hay alguien de naturaleza sobrenatural detrás de cada uno de los movimientos de ese cabrón —le dijo sin medir sus palabras—. Quiero a ese hijo de puta entre rejas, en un agujero tan oscuro que no pueda volver a ver la luz del sol, dónde no pueda atacar de nuevo a ninguna mujer como lo hizo con Gabriela.

Nishel sintió como Eireen se movía al lado de Riel.

—¿Gabriela?

Su marido le apartó el pelo de la cara y la cobijó bajo su brazo, engulléndola con su cuerpo mucho más grande.

—Tú la conoces con el nombre de Miara Lowell —le explicó—. Se ha estado ocultando de ese hijo de puta bajo otra identidad...

Ella asintió ante la explicación.

—He intentado rastrearlo una vez más —los interrumpió Radin atrayendo la atención ahora sobre él—, y ya no me queda duda al respecto, Ross. Hay un ángel cubriendo y me atrevería a decir que también dirigiendo los pasos de esa basura humana. Su aura es inconfundible, es él.

El policía lo miró y asintió, pero no parecía estar todavía convencido. Nishel empezó a perder la paciencia.

—¿Necesitas que te lo traiga con un lacito y un cartelito que diga “yo soy el gilipollas” antes de darme el visto bueno para calcinarlo? —rezongó—. O quizás prefieras que ese hijo de puta vuelva a ponerle las manos encima a mi mujer para así estar seguro del todo de sus intenciones.

Los ojos fríos y letales del hombre se posaron en él con total tranquilidad. Detrás de aquella apariencia humana y anodina se ocultaba uno de los seres más implicados en la justicia que conocía, un Arconte. Nada ni nadie se ocultaba de su vista, él y otros de su clase eran los encargados de mantener el anonimato sobre los seres sobrenaturales que convivían entre los humanos sin que fuesen descubiertos por ellos. La primera vez que lo vio en acción fue después de haber perdido las alas, de no ser por Riel y su palabra, a estas alturas muy bien podía ser nada más que un montón de polvo o estar encerrado de por vida en una de las cárceles intemporales que custodiaban. Le debía a ese demonio mucho más que su vida, le debía su libertad.

—Jordan Alburn deberá ser entregado a la justicia humana para que lo juzguen según sus leyes —le recordó haciendo hincapié en cada palabra. Entonces se volvió hacia Radin una vez más—. Solo podemos interferir si manifiesta sus intenciones de herir a la humana o da muestra alguna de intentarlo.

El hechicero dejó escapar un profundo suspiro que a sus oídos sonó tan cabreado como lo estaba él mismo por aquella mierda de directrices.

—¿Quieres que lo grave en vídeo o te sirve con una declaración jurada de dos Altos Hechiceros? —en su respuesta incluyó a su compañera, quien si bien era joven e inexperta, estaba también bajo la vigilancia directa de Ross y los suyos. Ankara era otro problema que el policía conocía muy bien.

Sus ojos se deslizaron sobre la muchacha antes de volver sobre él.

—No quiero más mierdas infernales en mi patio trasero, Radin —le aseguró. Aquella era una forma de recordarle su pasado—. Me conformaré con la verdad, así que procurad conseguir una clara declaración de intenciones por su parte.

El hechicero asintió con pereza.

—Supongo que eso puede servirnos —aceptó. Entonces se giró hacia él—. Obtendré lo que necesitas para acabar con esa amenaza de una vez y por todas.

Asintió sin más, parecía que Gabriela se había ganado un seguidor más para su causa.

—¿Cuánto tiempo de contrato te queda?

La pregunta llegó de Riel, quien lo miraba sin miramientos.

—Doce días —respondió sin vacilación. Contaba cada uno de los minutos.

Los ojos del demonio se entrecerraron sobre él.

—¿El Pacto?

Él negó con la cabeza, las cosas habían estado ligeramente complicadas últimamente para poder entrar en temas más profundos.

—¿Qué es el Pacto? —preguntó Ankara, quien hasta ese momento se había mantenido en riguroso silencio. Su voz era ahora mucho más suave, relajada, libre de la animosidad que tenía cuando se dirigía

a su compañero.

Antes de que cualquiera de los hombres pudiese abrir la boca, Eireen se adelantó.

—No quieres saberlo —aseguró ella poniendo los ojos en blanco—. Todavía me cabreo cada vez que lo recuerdo.

Ella arqueó una ceja, estaba claro que deseaba saber más, pero su compañero la interrumpió.

—Son asuntos de la Agencia Demonía, Ankara —declaró poniendo fin a la curiosidad femenina.

Antes de que pudiesen ir a más, contestó a Riel.

—Preocúpate de tu mujer, demonio —le dijo indicando con un gesto de la barbilla a Eireen—, yo me encargaré de mi custodio... tal y como debe hacerse.

Su amigo se limitó a esbozar una irónica sonrisa y alzó las manos a modo de rendición.

—No he dicho nada —aceptó con buen humor.

Satisfecho, volvió su atención sobre Radin y Ross.

—Si ese hijo de puta aparece en mi puerta y hace un solo ademán contra la muñequita, necesitarás un microscopio para recoger sus restos —declaró con fiereza al tiempo que dejaba claras sus intenciones.

El policía asintió.

—Asegúrate de que primero muestre sus intenciones, Nishel, no me gustaría tener que ir a por ti —le dijo sin rodeos.

No podía decirse que el hombre no fuese totalmente directo.

—Lo haré —aceptó. Finalmente se giró a Radin—. Sácalos de su escondite y tráemelos...

El hechicero esbozó una irónica sonrisa.

—Le quitas toda la diversión al asunto, Nish.

Él le devolvió el gesto.

—Mantente cerca y podrás ser testigo de lo divertido que puedo llegar a ser.

Con un último vistazo a todos, le guiñó un ojo a Eireen y los abandonó. Tenía una mujer, posiblemente rabiosa, a la que hacer frente ahora mismo.

CAPÍTULO 12

Los ángeles no existían.

Los ángeles caídos de alas negras, no eran reales.

No había sido abrazada y envuelta en aquellas irreales extremidades emplumadas.

No había sido arrastrada a una cabaña en medio de ningún sitio.

Y por encima de todas las cosas, no estaba ahora en porche de una cabaña de madera, envidia de cualquier casa rural, con más de metro y medio de nieve cubriéndolo todo.

Lo que Gabriela sabía, era que había perdido la cabeza por completo; estaba como una puta cabra.

Se estremeció, sus brazos acudieron rápidamente para rodearla y ofrecerle un poco de confort, el cielo sobre su cabeza era de un prístino azul, el sol brillaba pero en aquellos momentos le estaba costando encontrar algo parecido al calor en la locura que estaba observando. A su alrededor se extendía un amplio campo de nieve. Desde su posición podía ver varios árboles solitarios cuyas copas estaban cubiertas de nieve, abetos en su mayoría que se extendían hacia la parte de atrás de la acogedora y cálida vivienda de madera de dos plantas que acababa de abandonar. Un frondoso bosque se extendía hasta los pies de una impresionante formación rocosa.

Se obligó a cerrar los ojos e inspirar profundamente, cuando volvió a abrirlos nada había cambiado; seguía en el mismo lugar y ante el mismo paisaje.

—Esto no puede ser real —musitó al tiempo que daba un par de vacilantes pasos hacia delante.

La nieve cubría parte de la barandilla que separaba el balcón de la entrada principal, la nieve estaba surcada por caminos y pisadas que contribuían a dotar de realidad la locura en la que estaba sumergida.

Tembló y dio un paso atrás, sus dedos se ciñeron a los brazos en un intento por recordarse que estaba allí, que estaba despierta y lo que contemplaba era real; una locura, pero real.

—No, él no puede ser real —murmuró casi al mismo tiempo que surgían sus pensamientos—. Nada de esto es real. Con mi suerte ese hijo de puta me ha encontrado, me ha dado una paliza brutal que me ha dejado en coma y todo esto no es más que un sueño creado por una inflamación en el cerebro.

No es que aquello sonase mucho más plausible, pero necesitaba calmarse o se echaría a llorar y patalear como una niña pequeña.

—Bien, tranquila, todo tiene solución —se dijo a sí misma. Se obligó a aflojar su propio agarre y volvió a mirar al interior de la casa—. ¿Nishel?

No quería pensar como había llegado allí, no quería recordar “aquello” a su alrededor como una manta arrojando su desnudez. ¡Señor, no podía apartar el pensamiento de aquella suavidad cubriendo su piel!

—Para, para, para... —se reprendió a sí misma—. Rebobina...

Él había estado allí con ella, en un momento estaba tan desnudo como ella y al siguiente vestido con unos pantalones negros con múltiples bolsillos y una camiseta que proclamaba las virtudes de las calaveras. La arrojó con una manta y la obligó a sentarse en un cómodo sofá frente a una agradable chimenea... ¿Qué le había dicho? Él le dijo alguna cosa...

—Volveré enseguida —murmuró en voz alta, pronunciando sus mismas palabras.

Ese enseguida se había convertido ya en varias horas. El fuego de la chimenea se apagó al no ser alimentado, el fresco que con el tiempo inundó la habitación la hizo salir finalmente de su catatonia y enfrentarse a un lugar desconocido.

Tomó aire una vez más y se miró a sí misma, no estaba segura cuando había conseguido ropa para ella, pero la que encontró sobre una mesa auxiliar cercana. Era de su talla, incluso la ropa interior y las abrigosas botas que en un principio le parecieron excesivas; ahora veía que no.

—¿Nishel? —volvió a pronunciar su nombre y se encogió cuando el eco fue la única respuesta que obtuvo a cambio. Frunció el ceño y miró una vez más alrededor, si ese hijo de puta esperaba que lo llamase señor o maestro, la llevaba clara.

—Cuando el infierno se congele —musitó para sí. De nuevo aquella imagen se coló en su mente y cerró los ojos con fuerza. No quería enfrentarse a ello, no era real.

Un nuevo temblor empezó a recorrer su cuerpo y se obligó a poner los pies bien firmes en el suelo, no podía permitirse dejar volar la imaginación, sucumbir a sus fantasías y a lo que ese hombre estuviese haciendo con ella.

Estaba a punto de dar media vuelta y entrar cuando escuchó un sonido extraño procedente de algún lugar en las inmediaciones, el rugido empezó a cobrar intensidad a medida que avanzaba hasta que divisó un diminuto punto avanzando en su dirección.

El corazón le latía a mil por hora para el momento en que una moto nieve se detuvo a escasos pasos de la entrada, el rugido del motor quedó apagado al instante y bajo su sorprendida y nerviosa mirada contempló como se quitaba el casco dejando que su pelo plateado quedase a la vista.

Él era hombre muerto y ella iba a ser su asesina.

Nishel empezaba a cuestionarse la cordura de aquella mujer, su rostro era una máscara de furia, sus ojos refulgían con rabia pero también miedo, sus pasos se hundían en la nieve mientras avanzaba hacia él. Apagó el motor y se echó atrás en el asiento, ni siquiera tuvo tiempo de quitarse las gafas protectoras cuando sintió un agudo escozor en la mejilla; Gabriela le había abofeteado. Pero no era lo único, no sabía que le sorprendía más si eso o que ella gesticulara y gritase a pleno pulmón deshaciéndose en insultos, blasfemias y acusaciones que no tenían demasiado sentido. El espectáculo era tan inesperado como sexy.

Ella estaba vestida con la ropa que le había dejado aunque no se molestó en ponerse el anorak, llevaba únicamente esos ajustados vaqueros y la camisa de leñador que moldeaba tan bien sus llenos pechos. Con el pelo revuelto y los ojos brillantes, era un verdadero afrodisíaco para su polla, la cual lucía una evidente erección pujando contra sus pantalones. La urgencia de frotarse contra el asiento luchaba con fuerza con la posibilidad de tumbarla allí, arrancarle aquellos malditos pantalones y hundirse en su húmedo y chorreante sexo.

—¡Cómo has podido hacerme esto, maldito hijo de puta! ¡Cómo has podido dejarme aquí tirada! ¿Dónde mierda estamos? —exclamaba a voz en grito—. ¿Y si ese hijo de puta está ahí fuera? ¿Y si sabe que estoy aquí? ¿Por qué has montado todo este circo? ¿Quieres volverme loca? ¿Es eso? ¡Eres un maldito cabrón!

Deslizó las manos por sus propios muslos, el pantalón de cuero podía no ser lo mejor para el clima invernal, especialmente en aquella parte de Canadá, pero las inclemencias del tiempo no le suponían ningún problema. La dejó seguir despotricando, porque seguía, parecía tener una inagotable reserva de insultos y todos iban dirigidos a él. Volvió a resbalar las manos por el pantalón en un intento por distraerse y evitar agarrarla para luego subirla a la moto y comerle la boca como tenía ganas de hacer. Diablos, deseaba tenerla desnuda sobre la moto y lamerla como un helado, ver como su piel se enrojecía por el rubor mientras se amamantaba de esos deliciosos pechos para descender después a su parte favorita. Oh, sí, la lamería ahí también, se daría un festín con su prieta y húmeda carne, dejaría que gritase hasta que se quedase sin palabras y solo entonces la penetraría, fuerte, hasta el fondo...

—¡Has usado drogas conmigo! ¿Qué clase de mierda me has dado para que alucine de esta manera? —continuó despotricando—. ¡Quiero irme de aquí! ¡Quiero que me lleves a mi casa y desaparezcas de mi vida de una jodida vez!

Ladeó ligeramente la cabeza, su coleta se deslizó por su hombro y rozó la pechera del anorak. Quizás debiese hacer realidad su fantasía, se lo merecía, se había portado condenadamente bien, había sido paciente, le había dado lo que pedía en sus requisitos, había cumplido su jodida fantasía del trío, se merecía tener a esa mujer ahora y a la manera en que deseaba tenerla.

—Maldita sea, ¿me estás escuchando?

Una amplia sonrisa curvó sus labios, la lengua salió perezosa y lamió el inferior antes de volver a desaparecer en su boca, era una suerte que llevase las gafas puestas, una suerte para ella que no podía ver la mirada de crudo sexo que tenía ahora mismo. Deslizándose elegantemente una pierna por encima del asiento se apeó de la moto nieve, se subió las gafas hasta ponérselas en la cabeza y la recorrió con la mirada de forma lenta y deliberada.

—He escuchado cada una de tus palabras desde que apareciste como una Banshee delante de la moto —declaró tirando de uno de los guantes para sacárselo. Deseaba tocarla, tocar su piel—, un acto irreflexivo a la par que peligroso, Gabriela. Sin duda debería azotarte...

Ella entrecerró los ojos, su cuerpo se tensó y sabía por su lenguaje corporal que no era lo único que hacía que estuviese tan cabreada.

—Me has drogado —siseó ella. Parecía que había encontrado una explicación plausible a lo que su cerebro le costaba procesar.

Negó con la cabeza, su gesto era serio.

—No, muñequita, no te he drogado, ni inyectado ni nada de nada —aceptó con total naturalidad—. ¿Necesitas otra demostración de lo que ya has visto?

Su rostro palideció durante un momento, sus ojos se abrieron y su color perdió intensidad.

—Tranquila, no voy a lastimarte. Lo sabes.

Ella lo miró a los ojos preguntándose si realmente lo sabía. Empezaba a resultarle transparente.

—Quiero irme de aquí... —murmuró ahora. Su voz había perdido la cadencia de antes y se mostraba más cauta, casi temblorosa. Estaba asustada.

Y él la quería fuera de sus casillas, quería a la mujer que había vislumbrado bajo aquella asustada fachada, quería a la hembra sensual y sumisa, a la fogosa muñequita que podía equiparar su deseo.

—No puedes —le dijo al tiempo que se quitaba el segundo guante y los enganchaba ambos en el manillar de la moto—. No mientras ese hijo de puta siga ahí fuera.

Ella sacudió la cabeza, podía ver como su pecho se elevaba y descendía al compás de la rápida respiración.

—No quiero quedarme aquí —insistió. Un ligero temblor la recorrió pero pareció buscar la forma de reponerse ya que alzó la barbilla intentando sonar decidida—. No quiero... estar cerca de ti... seas quien seas...

Él dejó escapar un profundo suspiro.

—Ya sabes quién soy, Gabriela —le dijo sin adornos—. Nada ha cambiado más allá de haberte dado lo que querías, la verdad.

Ella negó con la cabeza y dio ahora un paso adelante, algo la había encendido de nuevo.

—¿Verdad? Qué maldita verdad, ¿eh? —jadeó—. No... ¡No puedes esperar realmente que crea...! ¡No lo haré! ¡No es real!

¿Que no era real? Eso sí que tenía gracia. ¿Sería que no la había follado todavía lo suficiente? Sí, esa tenía que ser la respuesta. Tendría que volver a dejar las cosas claras, pero después, cuando la hubiese follado sobre la moto.

—Negarte a la verdad que se presenta ante tus ojos, no es la mejor forma de afrontar los problemas —le aseguró. Su mirada seguía fija en ella, en su cuerpo. Dioses, aquella mujer iba a terminar con él y su libido, no dejaba de estar empalmado cada vez que la rondaba.

Ella chilló, un agudo sonido muy femenino que evidenciaba la desesperación que la corroía.

—¡Vete a la mierda!

En un abrir y cerrar de ojos, la vio dar media vuelta, sopesar rápidamente sus opciones y dirigirse hacia un lado de la cabaña.

—Me marcharé de aquí, así tenga que hacerlo andando —declaró luchando por no hundirse en la nieve más blanda de aquella zona.

Y lo haría, él estaba seguro de ello. Sacudiendo la cabeza, dio un par de zancadas para detenerla y la alzó por la cintura, trayéndola de regreso para luego girarla de modo que pudiese enfrentarle.

—Me temo que eso no va a ser posible, muñequita —le aseguró cogiéndole la barbilla con una mano para luego alzarla—. Se acabaron los juegos.

—¡Y una m...!

Su boca se tragó el resto de las palabras, su lengua aprovechó el momento para introducirse en la húmeda cavidad y seducir una respuesta en ella, una que comenzó como una ligera reticencia y algo de lucha, para finalmente sucumbir.

—Después aclararemos ciertas cosas y daré respuesta a tus inseguridades —susurró rompiendo el beso para permitirles a ambos tomar aire—, pero ahora, quiero follarte... lamerte entera... encima de mi moto.

Cualquier nueva palabra quedó ahogada por la boca masculina, su hambre se despertaba voraz con esa mujer, prefería pensar que su necesidad de ella tenía que ver con el contrato que los unía, con la ardua tarea que tenía por delante pero no era tan estúpido como para negar lo evidente. Su apetito sexual despertó a la par que su necesidad de dominación en parte motivado por su antiguo estatus y en parte porque le gustaba que ella se sometiese a él, que confiase lo suficiente para entregarse por entero en sus manos. La sumisión no era más que un juego de alcoba para él, le gustaba llevar la voz cantante, estar al mando, pero no quería una personalidad anulada en su compañera de juegos. El desafío era un aliciente más y esa pequeña muñequita poseía todo aquello que le gustaba bajo la fachada de animalito desvalido en la que la habían hecho caer las últimas circunstancias.

La empujó suavemente hacia atrás, guiándola hasta que sus piernas chocaron con el fuselaje de la moto,

su trasero se rozó con el asiento al tiempo que la veía llevar las manos hacia atrás para amortiguar una posible caída.

Ella era un sensual contraste contra el negro y amarillo de la moto, una figura femenina y cálida que chocaba estrepitosamente con el poder de la *Ski-Doo Summit* que había llegado pilotando. Una hermosa bestia con un poderoso motor *Rotax 600 H.O E-Tec* que la convertía en una máquina de última generación. Había algo erótico en ver a una hembra como Gabriela apoyada en un vehículo de aquellas características, su mente compuso rápidamente una nueva imagen de lo que sería ella, totalmente desnuda, sobre la moto.

Su polla dio un tirón dentro de su confinamiento recordándole su existencia; como si hubiese podido olvidarla. La deseaba y no quería ser dulce, ni ir despacio, quería tomarla allí mismo, bajarle esos malditos vaqueros, arrancárselos de ser posible y follarla hasta derramarse por completo en su interior. Sacudió la cabeza en un intento por volver a centrarse, la mujer le miraba con curiosidad, el beso y sus palabras la había excitado lo suficiente para despertar su apetito tal y como podía observar en el brillo de sus ojos.

—Debiste haber cogido el anorak —le dijo antes de inclinarse sobre ella nuevamente, su cuerpo cubrió por completo el suyo dominándola con su altura y envergadura. El aroma a la colonia que utilizaba lo alcanzó y a duras penas logró no gruñir, le encantaba como olía, le complacía el sabor de su piel y sobre todo la apetitosa dureza de sus pezones.

Sus ojos bajaron sobre ella hacia esa zona y en un abrir y cerrar de ojos los botones de la camisa salieron disparados mientras esta caía abierta a ambos lados para frustrarle al encontrarse ahora con una camiseta interior.

—Demasiada ropa —gruñó e impidió que ella apartase las manos del lugar en que las tenía, apoyadas entre el depósito y el asiento de la moto—. Ni se te ocurra, las manos quietas ahí...

Ella abrió la boca para decir algo pero él la interrumpió con una sola mirada.

—Hace un poquito de frío como para jugar a esto... aquí —siseó ella a pesar de su advertencia.

Él ladeó la cabeza y sonrió.

—Te prometo que pronto sentirás tanto calor que querrás revolcarte en la nieve —le aseguró y bajó de nuevo sobre su boca para devorarla con un nuevo y decadente beso. Sus dedos aprovecharon el interludio y tiraron con fuerza de la camiseta, el sonido de su gemido quedó ahogado por su boca y por el de la tela al romperse.

Le arrasó la boca, su lengua penetró más allá de lo posible, enlazándose con la de ella, obligándola a dar lo mismo que recibía. Podía sentir el voluptuoso cuerpo femenino arqueándose contra él pero las suaves manos seguían en el lugar en el que le había impedido moverlas. Recorrió sus labios con la lengua, perfilándolos, chupándole con avidez el labio inferior antes de dejar su boca y descender por su barbilla, le mordisqueó el cuello, la clavícula, para luego dejar un rastro de humedad de su lengua. Tal y como deseaba empezó a lamerla, saboreándola, alcanzó la suave curva de los llenos senos que rebosaban el sujetador y mordisqueó la piel, sus manos moldeaban al mismo tiempo sus costillas, los pulgares se hundían suavemente en la carne y se deslizaban y ascendían arrancándole pequeños jadeos de placer que no hacían sino aumentar su propia necesidad.

Sonrió al ver el cierre del sujetador delantero, aquel tipo de prendas hacían la vida de un hombre mucho más fácil. Era un pecado esconder un cuerpo como aquel, su voluptuosidad escapaba de los cánones que preferían otros hombres, un hándicap según ella, una inseguridad más que estaba dispuesto a derribar a toda costa. No buscaba perfección, había tenido más que suficiente de eso en otro tiempo y ya estaba cansado, él era lujuria, sexo y peligro y quería una mujer capaz de soportar y equiparar sus apetitos, una hembra a la que poder montar sin miedo a que se rompiese en sus brazos como si fuese de cristal. Gabriela era una mujer real, con su sobrepeso, sus curvas y esa bondad innata que habitaba en su interior, ella era fuego y pasión embotellada lista para llevar, todo lo que tenía que hacer era conseguir

que se entregase al placer.

El broche delantero cedió a su boca, las copas de encaje se abrieron y sus pechos se desbordaron, los apetitosos pezones color canela se erguían ya duros por el placer y el aire frío que los recorrió. La sintió temblar bajo él y no pudo decir si era por el frío del ambiente o la necesidad pero tampoco importaba demasiado, no tenía pensado darle tiempo a percatarse de nada que no fuese su boca sobre sus pechos.

Un suave gemido escapó de entre los rosados labios cuando se introdujo el pequeño y duro botón en la boca, su lengua lo rodeó mientras lo calentaba con su aliento. Su mano izquierda no quedó ociosa pues enseguida se hizo cargo del otro y empezó a rodarlo entre sus dedos. Ella se arqueó introduciéndose más en su boca, su pelvis se alzó hacia delante y se rozó contra su vientre, su polla dio un nuevo respingo, sus testículos estaban tan apretados que amenazaban con robarle el aire y la cordura.

—No te muevas —murmuró dejando la codiciada dulzura de su pecho para empujarla de nuevo contra la moto—, si lo haces, no te daré lo que quieres...

Ella presionó las manos sobre el cuero y gimoteó cuando él volvió a tomar posesión de su pecho.

—Me moveré lo que me dé... la gana —siseó entre dientes, el placer la recorría por entero—, y al diablo contigo.

Él se rio contra su pecho, no pudo evitarlo, a veces era tan divertida.

—Estás pidiendo que te azote, Gabriela —le aseguró antes de volver a tironear con fuerza de su pezón y morderlo suavemente haciéndola gritar—. Ya lo creo que sí.

Ella echó la cabeza hacia atrás, sus caderas se encajaron contra el asiento sosteniendo todo su peso mientras él deslizaba la mano que todavía mantenía libre hacia la cintura de los pantalones vaqueros y abría uno a uno los botones para dejar a la vista el breve tanga de encaje que completaba al sujetador.

—Eres una muñequita desobediente —ronroneó contra su pecho.

Su réplica llegó en medio de un gemido.

—¡Y tú un capullo!

Nishel ahogó como pudo una risita y deslizó tres dedos por debajo de la tela, acariciándole los hirsutos rizos que poblaban su monte de venus hasta tocar con las yemas los cálidos y húmedos pliegues. La notó tensarse cuando le acarició el sexo, sus jugos la tenían mojada y lista, su cuerpo estaba más que dispuesto para él pero tal y como le había dicho, se había ganado un castigo.

—Nishel —gimoteó su nombre.

Él dejó de atormentar el pezón con la boca y se alzó sobre ella, sus ojos se encontraron y sostuvieron durante un buen rato.

—Vas a correrte cuando yo diga que puedes hacerlo —le susurró sin apartar su mirada de la de ella—, ese será tu actual castigo por no confiar en mi palabra y en lo que han visto tus propios ojos.

Ella se lamió los labios, un gesto instintivo que llevaba a cabo siempre que estaba nerviosa. Empezaba a conocer bien cada una de sus peculiaridades.

—En ese caso estarás castigándome toda la vida —se las ingenió para decir antes de arquearse con un desesperado jadeo. Él acababa de introducir uno de los dedos en su apretado y húmedo canal—. No... puedes... hacer que crea... que eso... fue... real.

Él sonrió y bajó un poco más sobre sus labios, lo justo para calentarle con su aliento.

—Puedo y lo haré, muñequita —le susurró con un tono persuasivo destinado a introducirse bajo su piel—. Haré que creas todas y cada una de las cosas que te haga, que te enseñe y te deje ver.

Sacudió la cabeza y él sonrió una vez más, esa mujer le estaba arrancando más sonrisas de las que había tenido en toda su vida.

—Ahora, puedes gimotear todo lo que quieras —la animó. Le lamió los labios y volvió a descender para darle toda su atención a sus pechos—, pero no se te ocurra correrte... sin mi permiso.

Ella gimió con fuerza cuando un segundo dedo se unió al primero en su exploración, instintivamente separó las piernas deseando más de aquello.

—Me... correré... cuando... yo... —farfulló, estaba dispuesta a llevarle la contraria.

Él le mordió en ese momento el otro pezón haciéndola gritar, sus dedos se introdujeron profundamente en su sexo solo para retirarse después, sus gemidos sonaban en el silencioso exterior de la cabaña del lago, una adorable banda sonora para la escena que se desarrollaba al aire libre.

—Oh, sí... estás muy mojada, me empapas los dedos —ronroneó, su voz espesa por el placer—. Y caliente... tan caliente... no puedo esperar a enterrarme profundamente en ti... quiero mi polla enterrada en ese bonito y apretado coñito...

Ella gimió y se estremeció ante sus palabras y por la creciente necesidad que nacía en su cuerpo.

—¡Nishel! —gimió su nombre apretándose alrededor de sus dedos—. Oh dios...

Él hizo una mueca.

—No metas a ese en esto, gatita, dudo que haya tenido un solo orgasmo en...

—¡Nish, cállate! —lloriqueó dejándose ir por completo sobre la moto—. Solo... cállate... maldito seas...

Su sonrisa se amplió, pero no dijo nada más, se limitó a masturbarla con los dedos, arrancando adorables gemidos de su garganta y llevándola hacia el borde una y otra vez hasta que acabó lloriqueando y suplicando porque terminase con aquel suplicio.

—Nishel, por favor... necesito correrme —gimió, su cuerpo temblaba con la necesidad.

Pero en vez de darle la ansiada liberación, retiró los dedos de su interior, el acto arrancó un nuevo gemido de frustración en ella.

—No puedes... oh, mierda... —lloriqueó desesperada—. ¡Te odio!

Él se limitó a poner los ojos en blanco, no era tan cruel como para dejarla ahora en ese estado de excitación al que la había llevado, pero quería más, tal y como le había dicho quería enterrarse profundamente entre sus piernas. Sus manos volaron a su cintura y con estudiada pericia la alzó hacia él hasta levantarla por completo, su boca ocupó la suya, la caliente y dulce lengua salió a su encuentro y se enzarzaron en una silenciosa batalla a la que puso fin bruscamente. El cuerpo femenino giró entre sus brazos, su espalda quedó pegada a su pecho durante el tiempo que le llevó derramar el aliento en su oído.

—Voy a follarte, duro —jadeó en su oído—, espero que estés lista para esto, porque no hay marcha atrás.

Sin una palabra más la empujó sobre la moto y la obligó a inclinarse descansando su estómago sobre el asiento de piel, sus manos se aferraron a las hebillas del pantalón y tiraron de él hacia abajo para deslizarlo por sus caderas hasta casi los tobillos. El tanga no corrió tanta suerte, la tela se rompió al primer tirón quedando alrededor de uno de sus muslos y dejando el húmedo y brillante sexo a la vista. Nishel se lamió los labios, deseaba tanto probarlo como hundirse en él, su polla sin embargo tenía prioridad pues no duraría mucho más en ese estado si seguía torturando al objeto de su deseo sin satisfacer al mismo tiempo el suyo. Con un rápido movimiento desabrochó el botón y bajó la cremallera del pantalón de cuero y lo desnudó lo justo para que su erección saltase libre; una dura columna de carne totalmente erecta y que ya goteaba de necesidad.

Respiró profundamente, se sacó el anorak y lo lanzó a un lado, necesitaba calmarse un poco, su sangre estaba en llamas, la piel le picaba por entrar en contacto con la de ella, pero era el continuo recordatorio en forma de pequeñas punzadas en su espalda el que le decía que estaba demasiado cerca de su verdadera naturaleza y que tenía que relajarse. Una cosa era haberle mostrado el símbolo de su caída y otra muy distinta aterrarla cuando todavía no había sido capaz de procesar la realidad de su naturaleza.

—¿Nishel?

La duda en la suave voz lo hizo reaccionar, atravesada sobre la moto boca abajo, semidesnuda y con su brillante sexo expuesto era la visión más decadente que había visto jamás y le encantaba. No se lo pensó más, hizo a un lado sus más oscuros pensamientos y se colocó el condón para luego conducir su polla con la mano hacia la húmeda abertura con la que había estado jugando previamente. Estaba totalmente

henchido, excitado hasta el límite y no deseaba lastimarla, la deseaba desesperadamente y por todo lo sagrado que iba a montarla como un loco, pero ahora necesitaba ir con cuidado, su deber era cuidar de ella.

—Sujétate, preciosa —le susurró inclinándose sobre su espalda sin llegar a tocarla, pero dándole un poco de su propio calor con su cercanía—, va a ser intenso.

La penetró suavemente, por fortuna su cuerpo ya lo reconocía y estaba tan lubricada que no le resultó difícil acogerlo por completo en su interior, Nishel dejó escapar el aire cuando sintió sus testículos acariciando la parte inferior de su trasero, estaba totalmente dentro de ella y se sentía malditamente bien.

—Nish... —la escuchó gemir y en la silenciosa súplica que había en su voz supo lo que deseaba.

—Córrete cuando estés lista para ello —le susurró antes de retirarse de nuevo para volver a embestir con mortal lentitud al principio—. Solo córrete.

Los gemidos y pequeños gritos resonaron a su alrededor, no podía decir cuales eran suyos y cuáles de ella, la necesidad era tan arrolladora que todo lo demás quedó en un segundo plano. Solo quería introducirse en ella y entonces volver a salir, una y otra vez, rápido y fuerte, la moto bajo ellos temblaba con sus movimientos, una muda espectadora de la desatada pasión que se daba entre aquellos dos protagonistas. Gabriela se corrió con un grito mientras él seguía empalándola, gozando de su cuerpo como un loco, su liberación lo excitó aún más y lo llevó a hundirse con más fuerza en ella hasta que poco después, con su segundo orgasmo llegó también el de él.

Nishel luchó por sostenerse apoyándose sobre el depósito y el asiento, enjaulando el agotado y tembloroso cuerpo femenino entre sus brazos mientras recuperaba la respiración, lentamente, demasiado lentamente, como si su cuerpo ya no respondiese se obligó a abandonar el cálido y húmedo sexo femenino.

—Por todos los demonios de la agencia —gimió él apoyándose en el manillar de la moto para luego introducirse de nuevo en sus pantalones—. Eso ha sido... brutal —su mirada fue entonces sobre el cuerpo femenino, parecía tener más problemas que él para recuperarse y eso lo enorgulleció—. ¿Estás bien, hermosura?

Suavemente le volvió a subir los pantalones hasta cubrirla medianamente, pues el tanga seguía enrollado alrededor de uno de sus muslos, totalmente destrozado.

—¿Gabriela?

Ella sacudió la cabeza.

—Si piensas que... con un buen polvo... vas a conseguir aplacarme... —musitó ella incorporándose con su ayuda.

Él sonrió de medio lado y la atrajo contra su pecho.

—Ni se me ha pasado por la cabeza, muñequita —negó apartándole el pelo de la cara para examinar su rostro. Sus ojos brillaban, esa aura gris que siempre la envolvía parecía haberse hecho un poco menos intensa—. Déjame meter la moto en la parte de atrás y continuaremos con...nuestra charla.

Ella frunció el ceño y se alejó de él con pasos temblorosos.

—No más sexo, ahora hablaremos —declaró y lo apuntó con un dedo al mismo tiempo—. No sé qué diablos estás haciendo conmigo, pero no es bueno... tú me distraes de lo que realmente importa.

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—Lo único que importa en estos momentos eres tú y tu seguridad, Gabriela —le aseguró—. Y el sexo... bueno, es un bonus más del que disfrutar. No pienses, solo disfruta... soy tuyo durante los próximos once días.

Su ceño se amplió, sus ojos todavía vivos por el rescoldo del orgasmo se clavaron en los suyos.

—Eso es demasiado tiempo...

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—No para lo que tengo en mente —declaró y señaló la cabaña con un gesto de la barbilla—. Ve a

dentro, siéntate en el sofá y quítate todo eso... todavía no hemos terminado.

Ella dio un nuevo paso atrás.

—Oh, sí lo hemos hecho —declaró con energía—, maldita sea, Nishel, quiero respuestas no que me folles hasta olvidarme de mi propio nombre.

Él la miró sorprendido.

—¿Y qué hay de malo en follar?

Ella puso los ojos en blanco.

—Guarda la polla en los pantalones y date prisa —rezongó dándole la espalda—, o encuentras una jodida explicación que me convenza... y sin trucos... o me largo.

Él asintió y la dejó ir. No tenía otra explicación más que la que ya le había dado... ¿Largarse? Ni hablar... todavía tenía once días con ella y empezaba a pensar que aquello no sería suficiente. La primera vez Riel le había salvado el culo, pero ahora... sabía que nadie podría evitar que cayese de rodillas ante esa mujer, ni aunque ella empuñase un cuchillo en las manos dispuesta a arráncale las alas.

CAPÍTULO 13

Nishel la miró detenidamente, durante un momento pensó en decirle algo, pero su cara compungida era suficiente recordatorio de la estupidez cometida... una que le llevó a terminar con sus manos curando la herida sangrante que habían provocado unas tijeras en el arco superior de su ala izquierda.

—Lo siento...

Puso los ojos en blanco.

—Ya te he escuchado las ocho veces anteriores —aseguró con sorna—. La verdad me hubiese conformado con captar tu atención de una forma menos... dolorosa.

Ella hizo una mueca y se concentró en su tarea con manos temblorosas.

—No... no deja de sangrar —murmuró mirándole.

Se había sentado en un taburete de modo que ella tuviese libre acceso al ala lastimada. Cualquiera pensaría que después de lo ocurrido tendría más sentido común que acercarse a la misma mujer que le había apuñalado; estaba claro que su buen sentido había volado.

—Aprieta con fuerza, no se romperá —declaró sin dejar de mirarla—. Has debido pinchar alguna vena, dejará de sangrar pronto.

Apretó los labios y contempló temerosa las enormes extremidades negras que caían desde su espalda como un manto hasta curvarse en el suelo.

—Puedes seguir respirando, Gabriela, no añadamos más problemas a los que ya tenemos.

Ella se lamió los labios y se aventuró a tocar una de las plumas desarregladas.

—No muerden, puedes acariciarlas —se burló—. No es como si no hubiesen envuelto ya tu cuerpo.

Ella retiró la mano rápidamente.

—Te dije que encontrases una forma creíble de explicarte, no... —sacudió la cabeza—, esto. Es... es... es difícil aceptarlo, ¿sabes?

Puso los ojos en blanco.

—¿Vamos a empezar otra vez? —su tono de hastío fue suficiente para que ella se sonrojase—. No tengo tiempo ni ganas de pasar de nuevo por lo mismo... No me gusta especialmente que me apuñalen.

Ella apretó con fuerza las gasas que cubrían la herida y dio un respingo.

—Cuidado, muñequita.

—Ya he pedido perdón —dijo con un mohín—. De veras, siento haberte hecho daño... yo no soy así... tú... ¡Tú sacas lo peor de mí! *Uf*.

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—¿Ahora la culpa es mía?

Ella suspiró.

—Todo esto me supera, Nishel —aseguró mirándole—. Ya tengo suficientes problemas y ahora tú... tú eres... tienes alas... negras... ¡Es una locura!

Él chasqueó la lengua.

—En realidad nos definimos a nosotros mismos como ángeles —declaró con ironía—, caído en mi caso.

Ella resopló.

—Venga, noquéame del todo —le dijo—. Si tienes algo más que echarme encima, hazlo ahora antes de que mi cerebro explote. No es que las cosas puedan ir a peor.

Él sonrió con ironía y se inclinó hacia delante.

—No lo digas muy alto, muñequita.

Durante los próximos minutos obtuvo toda la atención de Gabriela, el rostro de la muchacha evidenciaba el cansancio y vapuleo que le provocaban los recientes acontecimientos.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto?

—Radin ha... descubierto que Noel está detrás de la desaparición de Alburn. Ross está decidido a detenerle.

Ella entrecerró los ojos.

—Radin también es... ya sabes... ¿alitas?

Él se echó a reír ante su pregunta.

—No, no pertenece al gremio de los emplumados —aseguró con buen humor—. Es un hechicero.

Su gesto se volvió pensativo.

—¿Hechicero como... en Merlín?

Él sonrió de medio lado.

—Más o menos.

Ella frunció el ceño una vez más.

—¿Y quién es ese tal Noel y por qué está ocultando a ese hijo de puta?

—Me temo que lo hace para mantenerme cerca de ti y de ese modo poder vigilarme —explicó con un mohín—. Él y yo tenemos una vieja historia en común.

Ella se lamió los labios.

—Lo que dijiste de... arrancarle las alas... era figurado, ¿verdad?

Él sonrió de medio lado.

—Como dije, tuvimos una historia en común —le dijo—. Digamos solamente que él destruyó algo importante para mí y que me habría matado también de no ser por el demonio metomentodo que me echó una mano... así que, sí, le arranqué las alas. Literalmente.

Ella abrió la boca, entonces negó con la cabeza.

—Ángeles, hechiceros, demonios... —enumeró—, es todo tan irreal... y entonces voy y te apuñalo.

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—Tu agencia... siempre me llamó la atención su nombre, ¿tiene algo que ver también con esto?

Él la miró.

—El que me hayan asignado a ti fue algo totalmente voluntario —le dijo—. El programa selecciona aleatoriamente y entonces, Nick hace el reparto.

—¿Nick?

Él sonrió.

—El tío que firma la bienvenida que encontrarías en el sobre, si es que no lo quemaste o algo peor —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Es el propietario y director de la Agencia.

Ella lo miró.

—Ya has hecho esto más veces, ¿huh? —comentó—. Quiero decir, el trabajar para la agencia...

Él la estudió.

—La agencia proporciona a su cliente aquello que necesita —le explicó—, y no lo que pide en realidad. No todas tienen las mismas necesidades....

Ella arqueó una ceja.

—¿Con eso quieres decir que no os acostáis con todas?

Él sonrió ante su nota irónica.

—No, muñequita, no siempre es así —continuó—. Además, yo soy un agente externo, elijo si quiero el trabajo, si me interesa y con quien me interesa...

Ella frunció el ceño.

—¿Y en qué categoría entro yo? ¿Deber o placer?

La miró y chasqueó la lengua.

—Si te atreves a confiar en mí y cederme tu voluntad en el Pacto, te mostraré exactamente en qué rango entras, muñequita —aseguró—. Y te proporcionaré también aquello que necesitas... Pero solo si te sometes por completo y me entregas tu voluntad.

Ella lo miró.

—¿Qué es eso del Pacto?

—Durante el tiempo que dura el contrato, puedo exigir el privilegio de llevar a cabo un compromiso entre los dos, uno que me dará carta blanca con todos tus instintos, sobre tu voluntad, para explorar contigo tus deseos y anhelos más profundos y hacerlos realidad —explicó con total sinceridad—. Pero solo si tú me cedes el mando y entregas tu voluntad de forma voluntaria desde la medianoche hasta el primer rayo de sol del amanecer.

Sin avisarla, plegó as alas de modo que estas volvieron a diluirse hasta convertirse en los tatuajes que cubrían su espalda. Para su sorpresa, uno de los diseños poseía un corte y sangraba.

—¿Crees que podrías poner una gasa y aguantarla con un poco de esparadrapo?

Él se giró, dándole la espalda para que pudiese trabajar.

Durante un momento, ambos disfrutaron del silencio, entonces ella lo rompió.

—¿Cómo sabré si estoy dispuesta a... jugar... de esa manera?

Él se giró una vez que terminó con el improvisado vendaje y la miró.

—Cuando te pregunte a medianoche y digas que aceptas el trato —declaró con sencillez.

Porque lo aceptaría, no iba a permitirle otra salida.

CAPÍTULO 14

Nishel le sostuvo la mirada cuando la vio de pie ante él, su cuerpo estaba envuelto por el albornoz que había encontrado en el baño y temblaba ligeramente, se mordía suavemente el labio inferior y tenía una mirada tan recatada que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonreír... Ahí estaba la pequeña sumisa que había pedido, la que de vez en cuando saltaba y se convertía en una fiera gatita.

—¿Estás lista?

Ella asintió.

—¿Aceptas el Pacto?

Se lamió los labios, alzó un poco la barbilla y asintió de nuevo.

—Lo acepto.

Se la veía tan nerviosa e indefensa que no pudo menos que acortar la distancia entre ambos y rozarle la mejilla con los dedos.

—Quiero tu voluntad, Gabriela, sin reservas —pronunció su nombre e hizo hincapié en el diminutivo que a menudo lo utilizaba como posesión—. Yo ordenaré y tú obedecerás.

Ella confirmó sus palabras, sus muslos se apretaron por sí solos y pudo sentir la tensión y excitación

recorriendo su cuerpo.

—Tienes mi voluntad —confirmó en voz alta.

Sus dedos se cerraron ahora en su barbilla y se la alzaron de modo que pudiese ver en sus ojos.

—Hasta el primer rayo de sol del amanecer.

Ella se lamió los labios.

—Hasta el primer rayo de sol del amanecer.

Al completar el círculo del ritual sintió como el Pacto se sellaba alrededor de ellos, las emociones de la mujer pasaron a formar parte de él, como lo hicieron sus dudas, sus miedos y sus más ocultos deseos. Ella no tendría secretos para él, ninguno que pudiese ocultar hasta la salida del sol.

—Hora de jugar, muñequita.

Sin más, la guio con firmeza y suavidad a uno de sus lugares favoritos de la casa, un agradable y lujoso baño que había hecho instalar cuando compró la propiedad.

Enclavado en el ambiente rústico que daba la madera, contaba con una enorme bañera de porcelana empotrada, una ducha lo suficientemente grande para que cogiesen dos personas, un lavabo doble, el W.C. separado por una mampara, un ventanal que permitía pasar la luz del sol y un tragaluz en el techo desde el que podían verse las estrellas en un día despejado. El suelo y la pared de madera habían sido recubiertos de azulejo en la parte de la ducha y la pared de la bañera, protegiendo así mismo la madera. Un armario empotrado de dos puertas hacía la función de toallero.

Tras cerrar la puerta tras de sí, contempló durante unos instantes a la voluptuosa mujer que se detuvo en el centro de la habitación un instante antes de girarse hacia él.

—Quítate el albornoz —ordenó. No necesitó alzar la voz, su tono y la mirada en sus ojos era suficiente estímulo.

Obedeció, con lentitud, remoloneando como si con ello tuviese su pequeño desafío.

—Creo que lo de quitarse el albornoz obedece a arrancártelo de una vez, Gabriela, no a desatar el cinturón —le aseguró divertido—. Empezaremos con tu ropa... y seguirás con la mía.

Ella arqueó una ceja en respuesta y él se la quedó mirando.

—¿Qué?

No pudo evitar preguntar. Estaba nerviosa, lo notaba en su lenguaje corporal y en sus emociones.

—La respuesta correcta sería, *sí señor* o *sí maestro*.

Se lamió los labios, casi como si estuviese barajando sus opciones.

—Sí, señor.

Ah, una pequeña batalla ganada.

Muy lentamente se deshizo del albornoz y su cuerpo quedó enmarcado por la suave luz de las luces alógenas situadas en el techo. Estaba totalmente desnuda a excepción de unas breves braguitas de encaje blanco que a duras penas cubrían el nido de rizos más oscuro que proclamaba su tono natural. No se contuvo, sus dedos le acariciaron el monte de venus por encima de la prenda un instante antes de alzar la mirada y encontrarse con sus ojos.

—Para nuestro próximo encuentro, te desharás de esto —le dijo al tiempo que la ahuecaba con la palma de la mano—, te quiero totalmente desnuda, sin vello... Será una sensación de lo más placentera, lo prometo.

La vio tragar, sus ojos se abrieron ligeramente con su orden con obvia sorpresa.

—Sí... señor —respondió una vez más. Sus palabras tímidas debido a la inesperada sorpresa—. Um... aunque a no ser que tengas em... algo para hacerlo...

Él sonrió abiertamente y le acarició la nariz con un dedo.

—Cuando se trata de algo que deseo, soy muy bueno improvisando —aseguró, entonces deslizó un dedo por la cinturilla de la prensa interior y tiró ligeramente—. Quítatelas a no ser que prefieras que te las rompa.

La vio llevarse las manos a las caderas y enganchar la diminuta prenda con los pulgares, su barriguita sobresalía de una forma adorable, la voluptuosidad de sus caderas y muslos hacían que se le secara la boca; adoraba ese cuerpo y lo que podía hacer en él.

—No te levantes —la detuvo después de haberse inclinado para sacarse las braguitas—. Ya que estás ahí, empieza desatando los cordones de mis botas, luego puedes quitarlas.

La vio barajar una respuesta, pero entonces la declinó y cayendo lentamente de rodillas se dispuso a deshacer el nudo de los cordones y abrirlos para poder quitarle las botas de montaña. Sus senos libres de restricciones se balanceaban al compás de sus movimientos y lo encendían como el mejor de los afrodisíacos; le encantaban sus tetas.

—Si esperas que te quite la bota tendrás que echarme una mano, chico grande —le dijo ella desde el suelo—. ¿Qué número calzas, por cierto? Tus botas son enormes.

Él se echó a reír.

—Ah, sumisita, ya sabes lo que dicen sobre el tamaño de los pies y... las pollas —le dijo con arrogante diversión.

Ella lo miró con ironía.

—Justo lo que nos hacía falta, señor —arrastró la última palabra al tiempo que luchaba para sacarle la bota—, aumentar tu —ya de por sí desmesurado—, ego. Uff.

Tuvo que obligarse a ocultar una sonrisa y permitió que lo despojase de la segunda bota con mayor facilidad.

—Creo que estás en el lugar perfecto para ocuparte de los pantalones —le dijo y bajó la mirada esperando—. ¿Y bien?

No se le escapó la mirada que echó a su entrepierna la cual no podía ocultar una dura erección empujando contra la cremallera del pantalón.

—¿Estás seguro que no necesitas un ayuda de cámara, señor? —se burló ella.

Sus ojos brillaron con diversión mientras la veía llevar las manos sobre el cinturón, lo desabrochó y siguió con el botón del pantalón y la cremallera.

—Ya te tengo a ti, muñequita —le dijo sin dejar de mirar su trabajo—. Despacio, pequeña, despacio...

Ella se lamió los labios y empezó a bajar el pantalón por sus caderas, junto con el eslip que un segundo antes intentaba contener su erección. Esta saltó libre, totalmente erecta y caliente, un bocado apetitoso que hizo que se mojase y su respiración se acelerase. Nishel podía sentir la miríada de emociones en su interior, el secreto deseo de alojarle en su boca y degustar su sabor.

—¿Hemos olvidado el significado de la palabra despacio, muñequita?

Ella sonrió de medio lado y se las ingenió para bajarle el pantalón y los slips hasta los tobillos. Luego alzó la mirada hacia él y se mordió el labio inferior con coquetería.

—¿Lo lamento? ¿Señor? —susurró con un mohín.

Él sacudió la cabeza, no pudo evitar sonreír ante sus artes. Se quitó la camiseta él mismo y la lanzó a un lado, los músculos de su torso se ondularon con el movimiento. Una vez libre de toda ropa, se inclinó sobre ella, le capturó la barbilla entre el pulgar y el índice y le alzó el rostro para poder mirarla.

—Estás comportándote como una sumisa díscola otra vez, Gabriela —aseguró al tiempo que movía el pulgar para acariciarle ligeramente la piel—, te has ganado una sesión de azotes en ese bonito culito.

Ella dio un respingo, pero junto con la sorpresa y el temor a lo desconocido sintió su curiosidad y morbo por el acto.

—Err... ¿lo siento?

Él negó con la cabeza y le alzó la barbilla de un pequeño tirón.

—Rojos y húmedos, te has estado mordiendo el labio inferior —le dijo al tiempo que lo recorría con el pulgar—. ¿Sabes dónde quiero ver esos labios, sumisita?

Ella tragó saliva, algo que en aquella posición era un poco incómodo.

—Alrededor de mi polla —continuó sin apartar su mirada—, quiero ver cómo me acoges en esa boquita, con qué profundidad puedo hundirme dentro de ti... Quiero tu lengua jugando y lamiéndome como si fuese un caramelo... ¿Y sabes qué, muñequita? Lo quiero ahora.

Ella tragó una vez más, sus ojos se habían oscurecido ante sus palabras; ella también lo deseaba.

—¿Qué opinas, Gabriela? —preguntó sin dejar de acariciarle el rostro—. ¿Qué quieres hacer tú?

Se lamió los labios una vez, dos veces. Estaba nerviosa, su piel se sonrojaba y podía sentir la incomodidad y anticipación a partes iguales en su interior.

—Me gustaría... darte placer... señor —murmuró sosteniendo su mirada.

Él sonrió.

—El placer puede llegar de muy distintas maneras, sé más específica, muñequita.

Su sonrojo aumentó y un nuevo brillo cruzó sus ojos. Ah, ahí estaba, la gatita escondida en su interior. La mujer era como un pequeño camaleón, adaptándose cada instante a la situación.

—Eres un capullo.

Su sonrisa se amplió.

—Lo sé —se inclinó sobre ella para darle un fugaz beso. Apenas un roce de labios—. Ahora, por cada vez que no me hables con el respeto adecuado, añadiré un nuevo azote a la lista que ya llevamos.

Ella intentó zafarse entonces de su mano, pero no se lo permitió.

—Di lo que quiero oír, muñequita y quizás te permita hacerlo.

Sus ojos prometían pelea, pero era su cuerpo el que parecía estar al mando, la excitación llevaba las de ganar.

—Sí, sin duda eres un capullo... señor —le soltó entonces.

Se encogió de hombros.

—Y tú una sumisa impertinente —declaró de forma práctica.

Ella resopló.

—Quiero probarte —cedió al fin—, señor.

Él asintió.

—¿Qué más?

Entrecerró los ojos y los clavó en los suyos.

—Quiero tomarte en mi boca, lamerte, chuparte y hacerte gritar —concluyó con un siseo—. Estoy harta de ser siempre la única que grita.

Aquello lo hizo reír.

—Vaya una respuesta —sonrió—. De acuerdo, lejos de mí el privarte de cualquiera de tus deseos. Demuéstrame pues cuanto talento tiene esa boca tuya para algo más que no sean insultos y réplicas mordaces.

Ella se lamió los labios y procedió a demostrarle exactamente el alcance de su talento.

Era un auténtico capullo, pensó Gabriela, uno que sabía exactamente qué tecla presionar. Se lamió los labios una vez más y bajó la mirada sobre la erección que se alzaba ante sus ojos, se le hacía la boca agua por probarle, por tener aunque fuese tan solo por unos minutos el poder en aquella escena. Quería hacerle lo que él hacía con ella, freírle el cerebro hasta que no supiera ni en qué día o momento vivía, quería oírle gemir, aquellos sonidos guturales que escapan de su garganta y que le decían que lo estaba haciendo bien... Quería follárselo cruda y llanamente, hacerle una mamada no porque él se lo ordenase, sino porque lo deseaba... Deseaba a ese hombre... ángel... o lo que fuese. Ya se preocuparía mañana por las consecuencias, ahora, quería satisfacer sus propias necesidades.

Deslizó los dedos por la suave y dura columna de carne y se maravilló por su tacto, no podía decirse

precisamente que la erección masculina fuese hermosa, pero se lo parecía. El poder que encerraba ahora mismo en sus manos era lo suficiente como para apreciarlo de aquella manera. Se lamió los labios, estaba nerviosa, no era muy ducha en esta clase de cosas... ¿y si no le gustaba?

—Estaré en el mismísimo cielo siempre y cuando pongas ya tu boca sobre mi polla —gruñó él.

No sabía si era capaz de leerle el pensamiento o si la había delatado su expresión pero sus palabras le dieron el coraje suficiente para bajar sobre él y lamerlo. Su sabor era salado y especiado, una combinación extraña y sumamente erótica, rodeó con la lengua la punta de su erección, una suave caricia que tuvo como recompensa un estremecimiento. Satisfecha y más segura consigo misma siguió atormentándolo, deslizando la lengua desde la punta de su erección hasta la base, deslizando los dedos entre el hirsuto vello que acunaba los pesados testículos y tironeando de él solo para oírle sisear.

—Cuidado, Gabriela, te estás ganando otro azote —gruñó.

Sonrió e hizo el recorrido inverso hasta terminar de nuevo en la colorada punta, la rodeó un par de veces con la lengua y finalmente se lo introdujo en la boca con una ligera succión. La llenaba entera, él era lo suficientemente grande como para que tuviese que chuparle con cuidado, relajar la mandíbula para poder succionarlo en su interior, permitiéndole incursionar lentamente en su garganta antes de volver a retirarse.

—Sí, lo estás haciendo muy bien —la apremió entre gruñidos y gemidos.

La sensación de su carne en el interior de su boca era indescriptible, amaba su sabor, la sensación de poder que tenía en aquel momento sobre él, sabiendo que ella y solo ella podía darle lo que necesitaba. Contenta con la idea se retiró lentamente, atormentándolo con la lengua para luego volver a tomarlo en profundas y lentas acometidas. Sus dedos se habían enredado en su pelo evitándole una retirada mayor, sus caderas temblaban, podía sentir la urgencia de él por enterrarse profundamente en su interior y que aquello la excitaba y aumentaba su propio deseo.

Sentía los pechos pesados, los pezones duros y necesitados de atención, su sexo hinchado y goteante se dolía por ser llenado por él, por ser poseída de esa manera en que solo él podía hacerlo. Quería que la marcara, que borrara de su cuerpo y de su mente cada una de las palizas recibidas, de las vejaciones, deseaba que borrara toda la oscuridad de su alma y la liberase... Por primera vez en más tiempo del que creyó posible, deseó volver a vivir de manera plena, sin miedos, sin tener que mirar por encima del hombro.

Con aquella idea en mente, lo succionó profundo, lo apretó en su boca y no le dejó ir hasta que convulsionó y el semen fluyó directo a su garganta mientras escuchaba el gruñido de su liberación.

Lentamente lo dejó ir y se lamió los labios con premeditada lentitud.

—¿He sido lo suficientemente talentosa para ti, señor?

Él esbozó una sonrisa y se inclinó sobre ella para pasarle el pulgar sobre el labio inferior.

—Oh, sí, realmente talentosa —le aseguró sin dejar de mirarla a los ojos—. Pero ahora, es el momento de tu segunda lección.

Ella parpadeó sorprendida por sus palabras.

—¿Qué lección? —se encontró preguntándole.

La sonrisa en los labios masculinos se amplió y sus ojos claros se oscurecieron ligeramente.

—La que dice que no se replica a tu *señor* si no quieres acabar sobre sus rodillas y recibiendo el castigo prometido —le informó.

No tuvo tiempo a procesar lo que le estaba diciendo, en un abrir y cerrar de ojos él se había sentado en el borde de la bañera y la tenía cruzada sobre sus piernas, con un brazo cruzándole la cintura y la mano libre frotándole las nalgas.

Nishel se tomó su tiempo para calmar su cuerpo, la reciente liberación no había hecho más que aumentar su deseo por ella, había escuchado cada uno de sus pensamientos, su optimismo y la necesidad de salir a la superficie. Con cada nuevo deseo en su interior, su alma se había liberado de un trocito de oscuridad acercándose más a la luz que debía contener. Gabriela era una luchadora, con un poco de ayuda, su ayuda, podría liberarse de una vez por todas de todo el miedo y la incertidumbre que la atenazaba y empezar a vivir de nuevo.

Sus dedos se escurrieron por entre las mejillas del redondo culo hasta alcanzar los húmedos pliegues de su sexo, ella estaba mojada, chorreando en realidad. Su coñito estaba mojado e hinchado, y sospechaba por los gruñidos de ella que la necesidad se había instalado ya en su interior acicateada por la estupenda mamada que le practicó.

—Mi díscola muñequita está empapada —ronroneó en voz alta—, esto no hará sino las cosas mucho más fáciles para ti.

La sintió tensarse un momento para seguidamente empezar a culebrear sobre sus piernas. No se lo pensó, la primera palmada cayó con fuerza sobre la parte baja de una de sus nalgas.

—Estate quieta —le advirtió al tiempo que masajeaba el lugar que acababa de azotarle—. Llevo advirtiéndote día sí y día también que te estabas ganando un castigo... Esto es lo que pasa cuando me desafías y no mides las consecuencias.

Tras la sorpresa inicial del primer golpe, reinició sus esfuerzos.

—¡Eres un capullo! —siseó ella luchando por soltarse—. Déjame ir, ¡ahora mismo!

Otra palmada cayó sobre la otra nalga provocando un nuevo respingo en ella.

—Sigue así, Gabriela y cuando termine contigo, no podrás ni sentarte —declaró con tranquilidad.

Ella luchó por girarse, pero no se lo permitió, por el contrario la acomodó de modo que su cabeza quedase casi a la altura del suelo y su trasero en el aire.

—¡No te atrevas!

Ahora le masajeó la otra zona que había azotado, su piel clara se sonrojaba con facilidad.

—Oh, claro que me atrevo —aseguró acariciándole las nalgas—, de ese modo recordarás qué no debes hacer.

Ella siseó sin dejar su lucha.

—¡Suéltame ahora mismo!

Una nueva palmada cayó sobre su trasero con más fuerza, seguida de inmediato por otra y otra más.

—¡Cabrón! —escupió ella entre dientes.

Él se inclinó sobre ella, le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla.

—Cierra los ojos —le susurró al oído—, relaja el cuerpo, acepta lo que te doy, no existe realmente el dolor, es algo que solo está en tu mente, relégalo a un lado y deja que todo lo demás fluya... Necesitas liberarte de las restricciones que te has autoimpuesto, pequeña, tienes que dejarlo ir, no lo retengas, ya te han hecho suficiente daño, no necesitas más...

La mano de Nishel volvió a caer de nuevo sobre su trasero, con cada nuevo azote su piel adquiría un tono más rosado, se calentaba pero no de una mala manera, cada nueva picadura de su mano iba directa a su sexo, podía sentir como se mojaba todavía más, como su vientre se tensaba en expectativa a un nuevo azote hasta encontrarse olvidando el dolor y abrazando aquella deliciosa y extraña sensación que la encendía más y más.

“Déjalo ir, muñequita. Deja que toda esa oscuridad se vaya”.

Las lágrimas pronto perlaron sus ojos y discurrieron por sus mejillas, pero ni siquiera era consciente de ello, todo en lo que podía pensar era en el calor que sentía, la forma en que su cuerpo respondía

excitándose cada vez más, de su boca dejaron de salir insultos para verter únicamente gemidos y quejidos de placer mezclados con suaves sollozos al principio.

“No lo retengas, Gabriela, déjalo ir, yo te sostendré”.

El llanto arreció y su cuerpo convulsionó, las compuertas se abrieron y toda la angustia y el dolor que habitaba en su cuerpo salió con la misma fuerza que una marea imparable. No podía dejar de llorar, pero con cada nuevo gemido, con cada nuevo sollozo el peso que tenía en el pecho empezó a liberarse y se sintió un poco más liviana, un poco menos culpable.

Él la acunó mientras lloraba hecha un ovillo en sus brazos, el castigo físico unido a la excitación sexual se habían unido para romper cada una de sus defensas, creando un agujero en la coraza con la que envolvía sus miedos y por el que no tardó en verterse todo el dolor y la culpa que guardaba para consigo misma. Su llanto era desgarrador, desconsolador, pero necesario, sabía que aquella era la mejor forma de purgar el dolor y la desesperanza, permitir que el alma recuperase un poco de la luz que había quedado cegada por la oscuridad.

—Shh, te tengo, Gabriela, llora todo lo que necesites —le susurró sin dejar de acariciarle la espalda, cuidando de no tocar la piel enrojecida de su trasero.

Su excitación permanecía ahora acunada contra su cadera, su polla tenía vida propia y se había hinchado de nuevo con tan solo ver ese delicioso tono rosado en su trasero, con los gemidos de placer que escapaban de los labios de ella cuando su mente traspasó la fina línea que separaba el plano físico del espiritual.

—Ahora estás a salvo —insistió, repitiendo aquellas mismas palabras en su alma, desterrando la bruma que la envolvía y que hacía que su aura perdiese un poco más de aquel tono grisáceo para empezar a dirigirse hacia uno azul—. Nada ni nadie volverá a lastimarte...

No, no lo harían. No lo permitiría, no dejaría que nadie volviese a lastimarla, así fuese lo último que hiciera, acabaría con ese maldito hijo de puta.

CAPÍTULO 15

—¿Ya te has dormido?

Gabriela abrió los ojos y los alzó para encontrarse con la perezosa sonrisa de Nishel. En algún momento los había trasladado a ambos a la bañera, sumergiéndose en un delicioso baño de espuma, su cuerpo todavía notaba los efectos de la sesión que habían tenido, su trasero era crudo recordatorio de ello. Acunada entre sus piernas, podía sentir la dura erección de su amante contra sus doloridas nalgas y para su sorpresa, aquello no hacía sino aumentar el deseo que todavía no había sido saciado. Señor, lo quería profundamente enterrado entre sus piernas, ¿qué sentido tenía eso cuando acababa de darle una zorra que la dejó llorando? No lo comprendía, no comprendía que había pasado realmente, en cierto momento había empezado a disfrutar de los azotes para luego acabar rompiendo a llorar y cuando vino a darse cuenta se sentía mucho mejor, más ligera, como si se hubiese sacado un peso de encima.

—¿Qué tal está tu... um... ala... señor? —preguntó volviéndose hacia él.

Aquello pareció sorprenderle, pero entonces sonrió de medio lado, aquella sonrisa que la derretía y cabreaba al mismo tiempo.

—Bien —aceptó y movió sus hombros—. El corte parece haber sanado, sobreviviré.

Se lamió los labios y se apoyó en el borde de la bañera para darse la vuelta y quedar arrodillada entre sus piernas, la espuma en su cuerpo se deslizaba con pereza, descubriendo sus pezones ahora para taparlos después.

—Yo... um...

Su vacilación lo hizo sonreír.

—Habla abiertamente, Gabriela, nunca has sido tímida, no finjas conmigo —le dijo y se inclinó hacia delante, sus manos se movieron bajo el agua y alcanzaron su coño—, o te castigaré otra vez.

Ella gimió ante su contacto y cerró los ojos con fuerza durante un instante. Sí, aquello era lo que necesitaba.

—Por favor —gimoteó—, lo necesito...

Él deslizó los dedos una vez más por su sexo, entonces los retiró.

—¿Qué es lo que necesitas, muñequita?

Gimió, ¿por qué demonios la hacía sufrir de aquella manera?

—Tú te has corrido... yo no —fue muy directa, no tenía caso decir lo contrario—. Por favor... lo necesito... te... te necesito... señor.

Las manos masculinas abandonaron el agua y se deslizaron ahora por su húmedo cuerpo, subiendo desde la cintura para detenerse sobre sus pechos para amasarlos y acariciarle los pezones con los pulgares.

—¿Qué necesitas exactamente, pequeña *Sub*? —le susurró al oído—. Dime que es lo que quieres que te haga.

Ella se lamió los labios una vez más, señor, apenas podía pensar.

—Tu boca... —jadeó al sentir sus dedos torturando sus sensibles pezones—, en mi... pecho.

Ante su petición, retiró las manos y bajó la boca sobre sus senos, prodigándole besos aquí y allá.

—¿Así?

Gabriela quería gritar de frustración.

—No —gimoteó—. Tú... cómeme... oh, mierda... solo chúpame...

Él se rio, maldito fuera. Entonces bajó sobre la aureola del pezón y sopló antes de darle un breve lametón.

—¿Quieres que te coma los pezones, muñequita?

Su sexo se contrajo ante la oscura y sexy voz.

—Sí —suplicó.

Por una vez no se hizo de rogar, se metió uno de sus pezones en la boca y succionó con avidez mientras torturaba la otra perla entre sus dedos. La intensidad de su boca sobre su carne no hizo más que incrementar el dolor entre sus piernas, la necesidad de su hambriento sexo por su polla.

—Nishel...

Él chupó una vez más y la soltó para mirarla a los ojos.

—Señor o Maestro esta noche, muñequita —le recordó—, no responderé a otra cosa...

Ella gimió cuando él volvió a hacerse cargo de sus pechos.

—Señor... oh, por favor... —se encontró gimoteando—, te necesito...

Él sonrió contra su pecho, pudo sentirlo en la forma en que su boca la succionaba y mordisqueaba.

—¿No es suficiente? —se burló—. ¿Qué deseas, Gabriela?

No vaciló, ya estaba más allá de cualquier pensamiento coherente.

—Tu polla —musitó—, métemela... Señor, por favor, tóname...

Él tomó entonces una de sus manos y la condujo a la dura erección que asomaba bajo el agua.

—Acaríciame —le susurró al tiempo que seguía jugando con uno de sus pezones—, ponme duro...

Ella gimió.

—Ya estás duro —protestó.

Él se rio.

—Más duro todavía, muñequita —le dijo y apretó su pezón en respuesta—, hazlo bien y dejaré que me lleves a tu coñito y me folles.

Ella gimió una vez más y deslizó los dedos por la caliente y mojava erección, la espuma se deslizó entre sus dedos haciendo la caricia más resbalosa. Lo trabajó durante un par de minutos y se sorprendió de que creciese en tamaño y dureza.

—Ya está bien —la detuvo con un gruñido. Le pasó un preservativo y señaló su pulsante polla—. Enfúndame y luego llévame a dentro...

Deseaba gritar, llamarle de todo pero eso podía hacer que la dejase como estaba y si lo hacía lo mataría, literalmente. Pero antes lo violaría, sí o sí.

Se mordió el labio inferior al tiempo que se alzaba para posicionarse así misma sobre la dura erección, le guió con la mano a su entrada y dejó escapar un suspiro cuando sintió como su carne cedía para dejarle entrar y la colmaba.

—Ahhh —gimió de alivio.

Él le sujetó las caderas, manteniéndola inmóvil y no pudo hacer menos que lloriquear.

—Señor... por favor...

Se rio, una risa clara y divertida que aumentó su mal humor.

—Tranquila, muñequita, tendrás lo que necesitas —le aseguró antes de dejarla bajar sobre él—. Móntame y busca lo que necesitas... te dejo que me violes.

La risa en su voz la hizo sonrojar. Diablos, ¿podía leerle el pensamiento?

—Hazlo, Gabriela, toma lo que necesitas —la instó moviéndose para salirle al paso y enterrarse profundamente en ella—, sé que estás al límite.

No se lo pensó dos veces, no le permitiría echarse atrás en su buena disposición, se retiró lentamente y volvió a descender sobre él, la fricción era tan maldita como exquisita, su tamaño la volvía loca, la llenaba por completo y aquello le encantaba. Lo cabalgó lentamente al principio, disfrutando de la sensación de tenerle todo en su interior, después, poco a poco, fue aumentando el ritmo hasta que la necesidad anuló todo lo demás y salió en busca de aquello que necesitaba. Las manos masculinas en sus caderas la ayudaron a mantener el ritmo mientras se mecía contra él con mayor frenesí, el orgasmo la sacudió por entero, gritó en voz alta su nombre y se derritió sobre él mientras se corría.

—Buena chica —le escuchó decir antes de salirse de su interior y darle la vuelta de modo que quedó de rodillas, con las manos apoyadas a un lado de la bañera y las piernas separadas—, ahora es mi turno.

La invistió desde atrás, alojándose profundamente en ella y empezó a embestir sin piedad, follándola como deseaba, rudo, rápido, sin hacer prisioneros. No podía pensar, su mente era tal caos que cuando el segundo orgasmo llegó se olvidó hasta de su propio nombre.

—Sí, muñequita —susurró en su oído—, y esto no es más que el principio.

Ella gimió, empezaba a dudar que mañana pudiese caminar... o siquiera levantarse de la cama.

Radin soltó una maldición al salir del salón del pequeño apartamento al que habían llegado. La huella del ángel al que rastreaba estaba impresa en cada pared y no solo eso, había mucho más oculto entre esas paredes, la huella era tan clara que le sorprendía ya que no se trataba de algo puramente sobrenatural, sino de una emoción muy humana; celos. La emoción estaba tan presente que la sentía sobre su propia piel, la obsesión que había tras ella era enfermiza, tan desesperada que no auguraba nada bueno.

—Está contaminado, es oscuridad y frialdad —la voz de Ankara lo sacó de sus pensamientos. La muchacha le acompañaba desde aquella misma mañana, quería tenerla cerca, dónde pudiese vigilarla; la notaba muy débil—. Está furioso, su deseo es enfermizo... piensa que puede purificar lo que vaya mal... Es odio y obsesión...

Ella era muy sensible a las emociones oscuras, quizás por su afinidad al hielo que la consumía, pero tenía que darle la razón, era enfermizo y peligroso.

—No es sano, es enfermizo... —insistió ella y se giró hacia su compañero—. Siento muerte, Radin... y victoria... el umbral del final.

Asintió y recorrió de nuevo su alrededor con la mirada.

—Salgamos de aquí —la atrajo hacia él, no deseaba someterla más a aquel ambiente que alimentaba su naturaleza de hielo—. Es hora de hacerle una visita al caído.

Se dejó guiar, parecía cansada y aquello lo preocupó. No podía permitirse enfrentarse con una crisis ahora, no con ese hijo de puta ahí fuera dispuesto a todo.

CAPÍTULO 16

—¿Fue ella? —la pregunta surgió de sus labios antes de que pudiese detenerla.

No deseaba hacerlo, no quería saber nada sobre las amantes que pudiese tener el hechicero, pero entonces, la sensación de frialdad persistía aún después de varios días. El deseo de aquel humano era enfermizo, deseaba poseer, castigar, se sentía poseedor de la única verdad, creía que estaba a salvo de la culpa, que el “castigar” a su “posesión” era algo digno... que lo hacía superior.

Radin la miró sin comprender.

—¿Quién? ¿De qué estás hablando?

Se lamió los labios y buscó la manera de responder. Si decía lo que quería pelearían una vez más, él ya tenía suficiente contra ella como para darle más por lo que poder culparla.

—Aquel al que rastreamos se sirve de la obsesión de un humano —contestó—. Se alimenta y amplifica esas emociones, lo conduce y hunde en la locura. El ángel sin alas está lleno de odio, pero no es peligroso, sabe que tiene demasiado que perder... No se va a arriesgar, dejará que su peón haga todo el trabajo... Y ese peón está obsesionado, hay celos... enfermizos...

Radin dejó escapar un profundo suspiro.

—No lo rastrees, Kara —le ordenó—. No quiero que estés en contacto con ellos, te desestabilizarán y ya tengo suficientes problemas ahora mismo como para añadir uno más por un descuido.

Ella le miró.

—Es la misma mujer, ¿no es así? —insistió entonces—. Estuviste con Nishel y... con ella.

No esquivó su mirada, la enfrentó sin vacilar.

—Pertenece a Nishel —fue su respuesta.

Sus labios se estiraron en una irónica mueca.

—¿Desde cuándo te ha detenido eso? —lo acusó.

Al menos tenía la satisfacción de hacerlo. Era lo único que podía hacer para arrancarle una respuesta, él era el único que podía cuidarla, hacer de su vida algo útil y el único que la odiaba con toda el alma. Sabía que amaba a otra mujer y que ella no era sino un escollo en su destino.

Sus ojos se entrecerraron.

—Ankara, no empieces —la previno—. Gabriela pertenece a Nishel, el caído la ha reclamado y hay un hijo de puta ahí fuera que quiere matarla si tan solo descubre que están juntos.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya lo sabe —declaró. Su mirada fue más allá de Radin, perdiéndose en el vacío—, y la quiere recuperar. Quiere castigarla... desea purificarla...

El hechicero la miró.

—Está cerca —aseguró ella volviéndose de nuevo a él—. Ambos lo están, Radin.

Asintiendo, le indicó la cabaña de madera al otro lado del claro.

—Compórtate.

Aquello sí que tenía gracia, decirle a ella que se comportara.

—Tranquilo, hechicero —le contestó—, no le diré que se ha acostado con mi compañero... Y tampoco

me acostaré con el suyo.

Antes de que él pudiese decir algo, dio media vuelta y avanzó hacia la cabaña.

Oculto entre la espesura, con una mirada febril y obsesiva, observaba el lugar en el que se producía el pecado, aquel en el que estaba recluida su Gabriela; su condena.

Ella había sido un soplo de aire fresco, tímida y hermosa, la había visto por primera vez en el supermercado e hizo lo posible por conocerla. Ah, sus primeros meses juntos habían sido una delicia, hasta que ella comenzó a cambiar, a comportarse de manera inadecuada. Tenía que recuperarla a como diera lugar, sí, la rescataría y borraría de una vez por todas el pecado de su cuerpo hasta purificar su alma.

Gabriela no estaba segura de que era más bizarro, si encontrarse sentada junto a dos amantes o que la mujer que acompañase a uno de ellos se hubiese presentado a sí misma como la “mujer” del hechicero. Ankara era todo lo contrario a ella, delgada, con un rostro juvenil y hermoso pelo rubio natural; parecía un angelito. Solo sus ojos, de un claro color azul reflejaban un brillo frío como el hielo. La mujer sin embargo había sido amable y educada en todo momento, muy irónica, pero, ¿cómo no serlo en su situación?

—¿Crees que está ahí fuera? —preguntó Nishel. Su amante no se había separado de ella en los últimos cinco días. Cada hora a su lado se convertía en un motivo más para no desear marcharse. Estaba enamorada de él, creía que se había enamorado ya la primera noche que él apareció en su puerta, pero los últimos días en su compañía había hecho que aquel sentimiento arraigara. Su principal temor se había ido diluyendo bajo sus cuidados para ser sustituido por uno muy distinto; el miedo a la separación. Era consciente que cuando el contrato terminara, Nishel volvería a marcharse de su vida.

—Lo está —fue la respuesta de Ankara.

Radin asintió.

—Hemos encontrado el lugar en el que se han escondido, el ambiente... —negó con la cabeza—. Ese ángel quiere venganza, Nishel, es lo que más desea y no ha dudado en alimentar la locura y obsesión de ese ser humano.

—Está fuera de sí —aseguró Ankara, su mirada cayó sobre ella—, totalmente obsesionado. Su mente se ha roto, no razona... si te alcanza, no fallará...

Radin la atajó.

—Kara, ya basta.

La mujer se limitó a fulminarlo con la mirada, entonces se levantó y los miró a todos.

—Ese loco no parará hasta dar con ella y castigarla —declaró con firmeza—. No parará hasta que su sangre tiña la nieve...

—¡Ankara!

Ella lo miró.

—Vete al infierno.

Sin una palabra más, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Esta se abrió ante ella sin que nadie la tocara solo para cerrarse una vez salió al exterior.

—Y eso es una mujer cabreada —declaró Nishel mirando a su amigo—. ¿Qué le has hecho?

Él resopló.

—Nada —declaró con un siseo—. El problema es que no le hice nada, debería haberla puesto sobre mis rodillas y azotarla hasta que no pudiese sentarse en una semana.

La muchacha dio un respingo ante la respuesta del hechicero, su mirada cruzó la de Nishel y no pudo evitar sonrojarse ante el recuerdo de aquella misma disciplina.

—Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que nos vimos, rubita.

Las palabras de Radin llamaron de nuevo su atención.

Su respuesta fue cruzarse de brazos y contemplarle.

—¿Es tu mujer?

Él no apartó la mirada, ni siquiera la esquivó.

—Es mi compañera —aceptó.

Ella frunció el ceño.

—¿Y la tratas siempre de esa manera?

Su mirada se oscureció.

—No te preocupes por Ankara, rubita —le dijo—, ella sabe perfectamente el lugar que ocupa en mi vida.

Ella ladeó la cabeza.

—¿El de alfombra?

Resoplando, se levantó de su asiento y le echó una última mirada a los dos.

—Todos los hombres sois unos auténticos cabrones —declaró en voz alta y tras dar media vuelta siguió el camino tomado por la muchacha.

—Bueno, parece que se ha tomado bastante bien las cosas —comentó Radin con diversión.

Nishel arqueó una ceja en respuesta.

—¿El qué, que ella sea la única humana en este salón o que un flipado hijo de puta está ahí fuera dispuesto a matarla?

El hechicero se encogió de hombros.

—Sin duda, la primera parte —aceptó él con ironía—. La segunda, no estoy muy seguro de que la haya comprendido.

Nishel suspiró y asintió en respuesta.

—¿Tienes idea de dónde está ahora mismo ese hijo de puta de Noel?

Radin dejó escapar un resoplido.

—Más cerca de lo que podrías pensar —aseguró el hechicero, su mirada fue entonces sobre una de las ventanas—. Algo me dice que él ya está aquí, amigo mío y que espera asistir a un gran espectáculo.

Gabriela se subió la cremallera del anorak y se estremeció, la temperatura del exterior era muy inferior a la del interior de la cabaña. Nishel la había arrastrado los últimos días en divertidos paseos por la montaña, la hizo disfrutar de hermosos paisajes y momentos llenos de magia que jamás pensó que viviría. Cada instante a su lado se sentía más tranquila, más liviana y disfrutaba de él y del tiempo que tenían juntos. Su mirada recorrió entonces la parte delantera de la cabaña, un claro cubierto por una capa de nieve que se adentraba entre los primeros árboles que conducían al bosque. Ankara se encontraba apoyada en el tronco de uno de esos árboles, sus pisadas formaban un pequeño sendero desde los escalones de la cabaña hasta el lugar en el que se encontraba. A juzgar por el ligero temblor que sacudía sus hombros y el gesto de sus manos limpiándose la cara estaba llorando y la culpa era toda de ese bueno para nada.

Tomando una profunda bocanada de aire bajó los peldaños de madera y hundió los pasos en la nieve para salir en a su encuentro. No sabía que decir, en realidad aquella situación no podía ser más embarazosa, pero no podía dar media vuelta e ignorarla. No estaba segura de la relación que había entre Radin y ella, Nishel parecía conocerlos bien a ambos, pero no soltó prenda al respecto, ni siquiera

cuando le explicó quién y qué era el hombre. En silencio acortó la distancia y se colocó a su lado, no sabía qué decir ni cómo empezar una conversación con ella.

—Creo que te debo una disculpa —comenzó sin saber muy bien a dónde dirigir la conversación—. Si hubiese sabido que tenía pareja yo...

Ankara negó con la cabeza y se giró hacia ella, sus ojos claros estaban brillantes por las lágrimas, más claros de lo normal.

—No te culpes por algo que no es la primera vez que sucede. No eres la primera ni serás la última —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Radin es responsable de sus actos y yo lo soy de los míos, lo que nos une va más allá de cualquier traición o engaño, por otro lado no es como si él no hubiese sido sincero desde el principio en sus intenciones así como con sus sentimientos.

Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Debería acostumbrarme a ello de una vez por todas —murmuró con amargura en la voz—, dejar las estúpidas ilusiones, los sueños imposibles. Estaba equivocada, ese hombre no cambiará ni en un millón de años. Ni aunque renaciese otra vez, siempre me odiará por lo que soy, por lo que represento y no le culpo, tiene razones más que suficientes para hacerlo.

Ella arrugó la nariz y sacudió la cabeza ante el inesperado arrebato de la muchacha.

—Tú no tienes la culpa de lo que él piense o sienta, Ankara —aseguró dando un nuevo paso adelante—. Radin es un hombre adulto, responsable de sus propios actos, de sus palabras...aunque se haya comportado como un adolescente malhumorado. Nada, escúchame bien, nada de lo que él haya hecho o dicho es culpa tuya, no permitas que su propia culpabilidad se hunda en tu alma.

La chica la miró durante unos instantes en silencio, entonces ladeó la cabeza.

—¿Eso es lo que te ha pasado a ti? —murmuró—. ¿Por eso estás ahora con Nishel?

Se lamió los labios.

—Nishel es... una isla de paz en medio del infierno que he vivido —aceptó poniendo voz a sus pensamientos—. Me ha ayudado a darme cuenta de que mi vida es mía y que nadie que no sea yo misma tiene derecho sobre ella. Mi ex novio está ahí fuera, en algún lugar, dispuesto a matarme... ya lo intentó y casi se sale con la suya... No habrá una segunda vez.

La muchacha esbozó una irónica sonrisa.

—Estás enamorada de él —dijo en voz clara, sus ojos se prendieron de los suyos—. Y no solo eso, estás vinculada a Nishel... a un ángel caído.

Ella se lamió los labios, la palabra ángel todavía le daba escalofríos.

—Tu alma está sanando —aceptó y entrecerró a los ojos—. Tu aura se restaurará... sí, con el tiempo y los cuidados precisos, lo hará.

Ella frunció el ceño, no entendía realmente a lo que se refería.

—¿Qué quieres decir?

Ankara la miró y pareció estar a punto de responder, pero entonces un aguijonazo de caliente dolor le atravesó el hombro al compás de un fuerte estruendo que alzó a todas las aves de las copas de los árboles y las lanzó al cielo.

—Ah —se quejó al tiempo que se sujetaba el hombro. La sangre pronto manchó su mano, el dolor era insoportable.

La mujer se adelantó y la escudó con su propio cuerpo, su mirada escaneaba ya el campo abierto mientras la puerta de la cabaña se abría de golpe y Nishel irrumpía por ella seguido de Radin.

—¡Está ahí fuera! —gritó Ankara, su mirada seguía pendiente de los alrededores.

Un segundo y tercer disparo se escuchó en el claro, las balas se incrustaron en la nieve y levantaron esquirlas en las escaleras de madera que llevaban a la cabaña.

—¡Ella es mía!

La voz penetró en su mente y la congeló, durante una milésima de segundo volvió a verle delante de su

puerta, insertando el pie entre la puerta y ella para forzarla a retroceder y allanar su casa.

—No —musitó para sí misma, el miedo la recorrió como una fuerte ráfaga.

Las piernas le fallaron y terminó hundiéndose las rodillas en la fría nieve.

—¡Gabriela!

Nishel.

Su voz la sacudió como una descarga eléctrica obligándola a reaccionar. No, ya no era una muchacha indefensa, él no podía asustarla, no podía llegar a ella.

—¡Estoy bien! —se obligó a gritarle al tiempo que luchaba por volver a ponerse en pie.

Un nuevo disparo sonó y el proyectil se incrustó cerca de ella, fue incapaz de ahogar el grito que surgió de sus labios.

—¡Putas! ¡Eres una Jezabel! ¡Corrompes a los hombres! ¡Los embrujas! —continuaba gritando, pero nadie parecía saber dónde estaba, no le veían—. ¡No puedo permitirte que sigas haciéndolo! ¡Me perteneces a mí! ¡Solo a mí!

Un nuevo disparo sonó muy cerca, impactando por encima de su cabeza en un árbol cercano.

—¿Dónde está? —gritó Radin mirando a su alrededor.

Los hombres se movían rápidamente, intentando mantenerse a cubierto en la medida de lo posible.

—Kara, ¿puedes sentirle?

La mujer que estaba a su lado se movió lentamente, buscando.

—Está aquí... siento su ira... su obsesión... —musitó, su voz demasiado fría, suave y lenta—. La quiere... quiere herirla... castigarla... y vengarse... La habéis tocado... sabe que la habéis tenido... se vengará... lo hará...

La voz de la mujer la hizo estremecer.

—¡Mierda!

Aquel grito fue de Radin.

—Ankara, ¡no! —Parecía fuera de sí mientras se apresuraba a su compañera—. No puedes hacerlo, va contra la ley... Kara, para... ¡No lo dejes libre!

Las siguientes palabras que escuchó la dejaron sin respiración. La temperatura bajó varios grados, su respiración creó de pronto una nube de vaho.

—¿Qué está pasando? —preguntó. ¿Dónde estaba Nishel? ¿Por qué no venía a por ella?—. ¿Nishel?

Como si lo hubiese conjurado, su amante derrapó a su lado, arrastrándola consigo y evitando así que una nueva bala se hundiese en el suelo.

—¡Nooooo! —la voz llegó seguida de varios disparos—. ¡Ella es mía! ¡Mía!

Ella lo vio emerger de entre los árboles, iba vestido con un anorak blanco y llevaba algo negro en las manos, una pistola.

—No la tocarás —musitó la suave y helada voz a pocos pasos del hombre—. No es tuya para castigarla, no es tuya para abordarla, no es tuya para amarla, no es tuya... nunca será tuya...

No entendía nada de lo que estaba pasando, intentó librarse del abrazo de Nishel, pero el dolor en su hombro la hizo gritar.

—Quieta, déjame ver —la obligó a mantenerse inmóvil.

Las lágrimas escogieron ese momento para acudir a sus ojos.

—Me duele.

Sus dedos retiraron el anorak y lo vio apretar los dientes al ver la sangre que ya empapaba su camiseta y discurría por su brazo.

—¡Ankara! ¡Retrocede!

Ella giró la cabeza para ver a Radin extendiendo una mano hacia su compañera en el mismo momento que ella alzaba la suya hacia el hombre que sostenía la pistola. Ante su atónita mirada vio como la pistola se cristalizaba en las manos del hombre un segundo antes de que esta cayese al suelo y lo viese abrazarse

a sí mismo y soltar un grito de desgarrador dolor. Cayó de rodillas y se dobló sobre sí mismo durante un breve instante antes de que lo viese alzando la mirada hacia ella y estirando el brazo como si todavía quisiese alcanzarla. Le dio un vuelco el estómago ante lo que vio, incluso desde aquella distancia sabía que aquel color en su piel no era natural y la forma en la que quedó tendido sobre la nieve tampoco.

—¡Ankara, joder!

La mujer se desplomó entonces en el suelo a escasos metros de dónde estaban ellos dos, Radin llegó a ella y la recogió, pero era incapaz de apartar la mirada de aquella figura inmóvil en el suelo.

—¡Ankara! ¡Kara, maldita sea! —se desesperaba Radin—. Kara, nena, respóndeme... Joder, Kara, responde.

Gabriela sacudió la cabeza ante la pareja, entonces se volvió a Nishel quien le dedicaba una mirada al cuerpo inmóvil en el suelo. Entonces se volvió hacia Radin y la mujer que levantaba del suelo entre quejidos.

—Es... ¿Está muerto?

Él no respondió, se limitó a levantarla en brazos y apretarla.

—¿Radin? —preguntó.

El hechicero levantó el rostro hacia ellos y Gabriela se tensó. Sus ojos brillaban con una luz sobrenatural.

—Llévatela de aquí —declaró en un tono de voz tan oscuro que sintió que se le ponían todos los pelos de punta—, si quieres que viva, llévatela de aquí ahora mismo.

El agarre de Nishel sobre ella se apretó antes de bajar la mirada y encontrarse con sus ojos.

—¿Nishel?

Asintió y se inclinó sobre ella.

—Cierra los ojos, muñequita —le susurró—. Tu calvario está a punto de terminar.

CAPÍTULO 17

Radin podía sentir el frío manando de su piel, envolviéndola y arrancándole el aliento. El hielo al que era afín la estaba consumiendo, se había desbordado bajo su mando, convirtiéndose en el arma mortal que era. Apenas dedicó un nuevo vistazo al cadáver congelado tirado algunos metros más allá, ese era un problema del que tendría que encargarse después, ahora, su prioridad era traerla de vuelta antes de que fuese demasiado tarde y no hubiese retorno.

—¿Qué has hecho? —Ni siquiera se dio cuenta de que le gritaba y maldecía al mismo tiempo—. Ankara, ¿qué demonios has hecho?

Ella lo miró a través de unos clarísimos ojos del color del hielo; de su tono original solo quedaba una sombra que parecía desvanecerse por momentos.

—Ella... ¿Está a salvo? —musitó. Sus labios empezaban a ponerse blancos, un blanco sobrenatural—. Él quería castigarla... vi sus pensamientos... lo que quería hacerle... Ninguna mujer debe pasar por eso, ningún ser humano... Tenía que evitarlo... lo siento, Radin.

Él siseó y llevó la mano al pálido rostro solo para mascullar cuando su piel quemó contra su mano como un bloque de hielo ardiente.

—Deja caer las salvaguardas —ordenó al tiempo que apretaba los dientes y alcanzaba su propio poder, opuesto al suyo—. Kara, deja que el poder fluya... todavía no ha llegado el momento... te perderás si sigues alimentándolo.

Ella sacudió la cabeza, sus ojos volaron sobre la blanca nieve hacia el hombre que permanecía allí tirado.

—No herirá a nadie... jamás —musitó. Una lágrima se vertió por su mejilla solidificándose casi al instante—. La vi... vi su interior... es inocente... pura...

Él la miró a los ojos, su rostro cerca del suyo.

—Tú también.

Negó lentamente con la cabeza.

—No, no lo soy —susurró, incluso su aliento era helado—. Soy tu infierno, tu penitencia... no soy pureza ni tampoco deseada...

Él siseó, aquel no era momento para mantener tal conversación. Sin pensarlo dos veces la recogió del suelo y apretó una vez más los dientes, ella estaba más allá del frío, se estaba desatando.

—Radin... —la oyó sisear.

Él bajó la mirada sobre ella.

—No lo digas... —la avisó, no deseaba oír nunca más aquella petición.

Pero no hizo caso y formuló de nuevo aquella petición.

—Mátame —susurró. Su cuerpo no dejaba de temblar, su piel estaba adquiriendo un tono blanquecino, parecido al de la nieve e igual de frío.

La apretó con fuerza contra él y masculló una maldición.

—No lo haré —negó con vehemencia—. No voy a enfrentarme al infierno solo, tú compartirás mi penitencia.

Ella gimió de nuevo y sacudió la cabeza.

—Radin... por favor...

Sacudió la cabeza, no se rendiría tan pronto. Bajó la mirada hacia la mujer que acunaba en sus brazos y se encontró con sus casi pálidos ojos azules.

—Déjalo ir, Kara —le dijo con suavidad, apretándola contra él—, yo te sostendré.

Ella se lamió los labios blancos.

—No tengo miedo a morir, a perderme en esta fría soledad —confesó por primera vez desde que él podía recordar—. Déjame ir... Acaba conmigo... serás libre.

Él sacudió la cabeza.

—No quiero la libertad a costa de manchar mis manos con tu sangre, Kara —le aseguró, entonces miró hacia la casa—. Si te rindes, juro por nuestros dioses, que te pondré boca abajo sobre mis rodillas y palmearé tu trasero desnudo hasta ponerlo de nuevo de color rojo.

Una solitaria lágrima se cristalizó al descender por su mejilla.

—Radin, por favor, tienes que dejarme ir —declaró apretando los dientes ante el dolor que sabía estaría recorriendo ahora su cuerpo. Sus órganos, si no hacía algo pronto, se congelarían—, no puedo más... duele demasiado... por favor.

Él se negó rotundamente a ello.

—No.

Ella parecía dispuesta a discutir pero un grito de dolor interrumpió sus palabras, su espalda se arqueó y más lágrimas fluyeron por sus mejillas.

—¡Mátame, maldita sea! ¡Acaba con esto de una vez! —suplicó con agónica cadencia—. No quiero ser una cáscara vacía sin emociones, no quiero que mi corazón se vuelva de hielo, no deseo vivir así...

Sus brazos se apretaron a su alrededor, ya podía sentir el hielo filtrándose a través de él, tuvo que apretar los dientes y obligarse a repelerlo con su propio poder.

—Esa sería una forma demasiado fácil de acabar con tu sufrimiento y prolongar mi agonía —su voz sonó dura, un matiz acerado que le provocaba escalofríos—. Si he de enfrentarme cada día al infierno, tú irás de mi mano, quizás el viaje se haga menos pesado entonces.

Ella gimió con agonía, la piel de sus manos alcanzaba una palidez blanquecina, sus uñas brillaban como si estuviesen cubiertas por diamantes.

—¡Te estoy dando la oportunidad de liberarte! —musitó entre los apretados dientes, el calor de su cuerpo se había esfumado por completo ya solo transmitía frío, un frío que necesitaba alejar cuando antes

—. ¡Mátame!

Él giró con ella en brazos y enfiló con paso decidido hacia la cabaña.

—No lo haré.

Ella dejó escapar una nueva lágrima.

—Radin, por favor...

Él la fulminó con la mirada.

—No, Kara —negó con firmeza—, no pondré fin a tu vida, pelea todo lo que quieras, ódiame con tanta intensidad como tu corazón lo permita y utiliza ese odio para calentarte la sangre... No hay un final, Ankara, estamos atados hasta el fin... y este no ha llegado.

Ankara dejó escapar un nuevo quejido cuando le arrancó la ropa del cuerpo con un solo murmullo, pronto su cuerpo terminó sumergido en una humeante bañera de agua caliente que ni siquiera llegó a notar.

—Tengo frío —musitó alzando sus húmedos y cristalinos ojos hacia él. Su color era tan apagado ahora, casi como el hielo—, el hielo... me está consumiendo... puedo sentir como se acerca hacia él...

Él sacudió la cabeza en una profunda negativa.

—Mientras yo respire, no tendrás esa escapatoria, compañera mía —aseguró al tiempo que bajaba la boca sobre la de ella y se estremecía.

Sus labios eran témpanos de hielo, quemaban como un fuego helado pero no le importó, estaba acostumbrado a esa frialdad y sabía cómo combatirla, él era el único que podía hacerlo, el fuego que derretiría al hielo eterno que marcó su nacimiento. Aquel era su estigma, el de ambos. Marcados incluso antes de su nacimiento con los poderes ancestrales que en algún momento de sus vidas se manifestaría, separados por su propia seguridad y unidos en el momento más inoportuno. Un destino que ninguno de los dos deseaba, en especial él y que marcó el desarrollo del mismo.

Le acarició el labio inferior con la lengua, persuadiéndola para que abriese la boca y poder así introducirse en la húmeda cavidad de la que a pesar de todo no se cansaba. Se había aprendido su sabor, lo llevaba grabado desde el primer momento en que la probó y ya nada podía comparársele, sus manos todavía rodeaban su cuerpo mientras la sentía estremecer y robaba el calor del agua que la acogía obligándole a calentarla de nuevo con su propio poder.

—Separa los labios —la engatusó, sus palabras una promesa de algo más—, abre la boca para mí.

Sus pechos despuntaban por encima del agua, dos montículos de piel blanca coronados por dos puntas de diamante rosado, ahora tan claros que parecían haberse esculpido en hielo. Necesitaba elevar su temperatura, mantener la escarcha que nacía de su interior a raya, apartada de su corazón o la perdería para siempre.

Deslizó una de las manos hacia los suaves y apetecibles montículos, tocó su piel suave y blanda que contrastaba con la visión de frío y congelación que presentaban. Ella exhaló y se bebió su aliento al tiempo que introducía la lengua en el interior de su boca y la probaba una vez más. Su polla respondió al instante, su sangre se calentaba más ante su frialdad, su cuerpo despertaba a la lujuria y el deseo se instalaba en su bajo vientre envolviéndose alrededor de la tersa y dura columna de carne antes de rodear sus testículos con firmeza. Eran dos polos opuestos que se atraían sin remedio, dos enemigos declarados destinados a depender el uno del otro, a odiarse y encontrar en ese odio la fuerza necesaria para seguir vivos... Que los dioses le protegieran del amor, lo había probado y lo único que recibió a cambio fue una condena.

—Déjame entrar —susurró a la puerta de sus labios—, entrégate a mí, no puedes luchar tú sola, todavía no estás preparada para ello.

Ella gimió una vez más cuando su boca volvió a aposeerla, su lengua se enlazó con la de él, hielo y fuego juntos en un equilibrio perfecto. Radin se empleó a fondo en su beso, sus manos la acariciaron y excitaron por debajo del agua, la necesidad estaba allí, no necesitaba poner mucho de su parte para tomarla, para someterla de aquella manera, un pequeño sacrificio que había aprendido a utilizar en su propio beneficio.

Su mano se deslizó por la cadera, rodeó lentamente el muslo hasta hundirse entre sus piernas, aquella era la única parte de su anatomía que mantenía el calor, sus dedos encontraron la tibieza de su carne y la penetraron sin más preámbulos.

—Respira —le susurró al oído cuando ella se tensó por la inesperada y rápida intrusión—, déjame entrar, relájate y acepta lo que te doy... sostente de ello, encuentra la balanza que necesitas para salir a la superficie.

Su cabeza cayó hacia atrás, sus cabellos dorados se extendieron como una cortina y dejaron la columna de su cuello expuesta. La besó allí, su boca se cerró sobre su garganta y la pellizcó con los dientes para lamerla después mientras sus dedos profundizaban en su interior. Los suaves gemidos que escapaban de la garganta femenina eran como pequeñas agujas de placer lanzadas directamente a su sexo, su polla empujaba contra la restricción autoimpuesta de sus pantalones deseosa de sustituir sus dedos y hundirse en aquella húmeda y cálida cavidad que sabía lo acogería como un guante.

Hizo a un lado aquellos pensamientos y se centró en su principal misión, devolverle la vida al cuerpo helado que poco a poco se iba descongelando bajo su maestro toque. Su esencia manaba de sus manos para entrar en el cuerpo femenino y dotarla de la suficiente energía como para que pudiese deshacerse de las gruesas capas de hielo que la envolvían. Por primera vez se dio cuenta cuan cerca estaba ella del final, su poder era inmenso y peligroso, pero hasta ese momento ella lo había mantenido firmemente atado, prefiriendo sufrir ella antes de hacer daño a alguien más. Él sabía que el motivo de aquello venía de muy atrás y de una muerte accidental que había conllevado el despertar de su poder.

—Radin —se arqueó contra sus dedos, sus pechos elevándose en una silenciosa invitación.

Su mirada cayó sobre los tiernos pezones y la boca se le hizo agua, lamiéndose los labios se permitió la licencia de aprovechar el momento. No era tan estúpido como para sacrificarse sin más, ya que había caído aprovechaba al máximo cada momento de placer y saciaba sin dudar sus instintos.

Su boca se cerró alrededor de la pálida aureola, su piel seguía fría pero el tacto de la trémula carne en su interior lo estimuló, su sabor era adictivo, siempre lo era. Unos delgados y húmedos dedos se enredaron en su pelo, la intención de aquella mano era mantenerle en el lugar y él estaba más que dispuesto a complacerla. Sus dedos por otro lado, seguían hundiéndose con una lenta y medida cadencia en su interior, acompasados por cada movimiento de sus caderas hasta que su erección empezó a convertirse en una maldita penitencia.

Abandonando su pecho, extrajo los dedos de su interior y la alzó de la bañera hasta ponerla en pie. El agua chorreaba por su cuerpo, su pelo se pegaba a sus hombros y resbalaba por su espalda en enredados mechones; la piel clara lo atraía como un imán. De curvas voluptuosas, pechos llenos y grandes, cadera ligeramente redondeada y aquel nido de rizos claros brillando entre sus piernas era una tentación para los sentidos, una maldita bruja que lo hechizaba con su sola presencia, una mujer que despertaba su apetito con lujuria y le confundía como el demonio.

Le tendió la mano y ella la miró, ambos sabían cómo funcionaba aquello, él tenía el poder, él era el que dominaba, ella la que se sometía y con todo la satisfacción era compartida.

—Si vuelves a pedirme algo tan absurdo, no te levantarás de la cama en una semana, lo juro —la amenazó al tiempo que tomaba su mano para ayudarla a salir. Ambos sabían que aquella era una amenaza absurda, en especial porque los dos disfrutarían de ella, aunque estuviesen maldiciéndose a sí mismos por sucumbir—. Te dejaré el culo del color de las cerezas y eso solo será el principio.

Ella se lamió los labios y bajó un momento la mirada para luego volver a subirla.

—Te he dado una oportunidad de... liberarte de esta atadura —le recordó con un ligero temblor, casi sin darse cuenta empezó a rodearse con los brazos, su cuerpo temblaba suavemente—. ¿Tanto disfrutas odiándome? ¿Tan importante es para ti la venganza?

Sus manos se extendieron hacia ella, le rodearon el húmedo cuerpo hasta deslizarse a su trasero desnudo y apretarle las nalgas atrayéndola contra su erección.

—Ya te lo dije, Kara, aquí o padecemos los dos o ninguno —declaró bajando de nuevo sobre su boca, devorándola mientras se impulsaba contra ella y frotaba su erección contra su cuerpo desnudo y húmedo.

Ella gimió en su boca y le devolvió el beso hasta que él se separó y guiando su cuerpo la obligó a tomar asiento en el borde de la bañera. El vapor que todavía salía del agua la enmarcó, su piel contenía pequeñas gotas de agua que para su molestia continuaban congelándose sobre ella.

—Todavía estás helada... —murmuró para sí, entonces le enmarcó el rostro con las manos y se lo alzó, su mirada clavada en la de ella—. No te lo diré otra vez, tienes que dejarme entrar... baja las defensas.

Ella apretó los labios, entonces se los lamió.

—No —negó con obstinación—, no volveré a lastimar a nadie.

Él gruñó y se apropió de su boca con salvaje necesidad, sus labios se convirtieron en una fiera demanda sobre los de ella, su lengua se introdujo en su boca y la saqueó. No fue tierno, no deseaba ternura para ella, no ahora.

—Baja las defensas, Kara o tendré que atravesarlas y serás tú la que sufra por ello —la avisó.

Ella se liberó de sus manos y negó con la cabeza.

—Ese es un pequeño precio a pagar.

Él gruñó y aferró su barbilla con los dedos.

—Muchacha obstinada —chasqueó la lengua al tiempo que la soltaba y deslizaba la mirada a lo largo de su cuerpo. Con las piernas ligeramente abiertas, las pequeñas gotitas de agua congelada perlando su piel era una visión mágica y apetecible—. Que sea como desees, entonces.

La ropa se esfumó de su cuerpo al instante, el color de su piel se había intensificado con el deseo, su sexo se alzaba en un nido de rizos totalmente erecto y goteante. Radin se dejó caer de rodillas, sus manos fueron a los blandos muslos y se los abrió para dejar a la vista aquello que deseaba. Se lamió los labios y miró una vez más a su compañera a los ojos, porque aquello era lo que era Ankara, le gustase o no, era su compañera.

—Será mejor que te sostengas, hechicera —declaró antes de hundirse entre sus piernas, su aliento se derramó como un breve aviso de que su boca pronto ocuparía ese lugar.

Ankara gimió cuando sintió la lengua de su amante acariciándole el sexo, Radin no era delicado, el hombre estaba decidido a conquistar y marcar su terreno, su boca era exigente, su lengua un látigo que azotaba su sensible carne y se hundía con fuerza en su canal despertando cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Podía sentir su calor a través de las manos que le mantenían abiertos los muslos, como el suave hechizo que utilizaba para evitar quemarla se filtraba en su cuerpo aumentando su temperatura y apartando el hielo que la consumía, alejándolo de su corazón.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un agónico jadeo, sus manos se aferraron a los costados de la bañera mientras aquel hombre, su eterno enemigo se daba un festín entre sus piernas y la llevaba una vez más a cuotas que nunca antes había explorado. Radin podía ser muy dominante, tozudo incluso y exasperante la mayoría de las veces, para ella no tenía precisamente palabras dulces ni amables, pero sí tenía honor y este lo obligaba a cuidar de ella, a no dejarla caer nunca en el abismo que le deparaba su destino. Era un amante fogoso y entregado, un maldito hechicero con una sensualidad apabullante y que no se medía al desplegarla por completo sobre ella. Sus encuentros a menudo se reducían a la necesidad y la protección, eran rápidos y salvajes, lo que ambos necesitaban en un momento dado. Solo en ocasiones como aquella, en la que quería castigarla por sus palabras o por sus actos se tomaba su tiempo, volviéndola loca, arrastrándola una y otra vez hacia el borde sin permitirle una verdadera liberación

hasta que estaba tan caliente que pensaba que se derretiría en un charco a sus pies. Una analogía bastante divertida teniendo en cuenta que era una hechicera con naturaleza de hielo; la única superviviente de una larga y extraña estirpe.

Sus pensamientos se esfumaron cuando el maldito hombre unió un par de dedos a su saqueo y le rozó el clitoris haciéndola gritar, sus dedos se crisparon en su agarre y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no soltarse y enterrarlos en el sedoso pelo de aquella oscura cabeza que se divertía entre sus piernas.

—Radin... por favor... —suplicó. Sabía que posiblemente no le valdría de nada, pero no podía quedarse callada—. Por favor, déjame terminar...

Él no contestó, pocas veces lo hacía y casi lo agradeció, enfrentarse ahora a su ironía no era algo que deseara.

—Maldito seas, hechicero —gimoteó desesperada por alcanzar la tan ansiada liberación. Su piel había empezado a recuperar un poco de su color, las gotas de agua que caían de su pelo ya no se congelaban sobre su piel, si bien todavía las sentía fría, había como una capa de vapor helado todavía a su alrededor aunque ya no la hería como al principio—. Rad, por favor...

Él respondió soplando sobre su cálida y chorreante sexo, sus jugos se derrababan por los abiertos muslos, una muestra más que evidente de su deseo, pero no le dio lo que ansiaba, por el contrario se separó.

Verle lamiéndose los labios, recogiendo con su lengua la brillante humedad hizo que se le encogiese el estómago de deseo, aquella era una visión realmente erótica, una que le gustaría no la afectase tanto.

—Eres un maldito troll —escupió ella al tiempo que intentaba cerrar las piernas y levantarse, pero él no se lo permitió. Sus manos seguían fuertemente ancladas ahora a sus rodillas y la mantenía abierta.

Su mirada se encontró con la suya y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Eso es uno de los peores insultos que he oído en mi vida, princesa —aseguró con ironía al tiempo que se incorporaba lentamente sin soltarla en ningún momento. Su altura y arrogancia la envolvían con precisión milimétrica—. Compararme con un troll... que ocurrencia.

Ella frunció el ceño y entrecerró los ojos sobre él.

—En estos momentos te estás comportando como uno —declaró en voz baja, su mirada fija en la de él.

Él sacudió la cabeza y bajó sobre su boca, tomándola una vez más, obligándola a saborearse a sí misma en su lengua. Rompió el beso con reticencia, entonces la dejó libre y deslizó las manos por sus hombros.

—Tu piel sigue fría —comentó más para sí mismo que para ella—. ¿Por qué insistes en llevarme la contraria? ¿Qué bien va a hacerte mantener los muros conmigo? Derribarlos no será un problema para mí, Kara, ¿deseas realmente sufrir?

Sus ojos se alejaron de los de él, no deseaba mirarle, no quería que viese la respuesta en ellos.

—Tonta.

La palabra la picó, eso era ella para él, para todos, una tonta que no sabía dónde se metía cuando aceptó el emparejamiento con este hombre.

—¿Podemos terminar con esto de una maldita vez? —pidió estremeciéndole ligeramente, el hielo en su interior no terminaba de ceder, estaba dispuesto a volver a ganar el terreno que se le había arrebatado.

Radin chasqueó la lengua y negó con la cabeza, sin permitirle protestar la cogió de las muñecas y la alzó hasta que su cuerpo desnudo estuvo contra su pecho.

—Claro, en cuanto dejes de comportarte como una niña mimada —declaró él al tiempo que le retiraba el pelo del rostro y deslizaba una mano hacia su trasero, atrayéndola hacia su erección—, entonces dejaré que te corras... y te corras... y vuelvas a correrte...

Ella apretó los dientes ante sus crudas palabras, sus ojos echaban chispas y él sonrió por ello, sabía que le divertía su enfado.

—Ven aquí, Kara, deja que te caliente —le susurró al borde de sus labios, entonces la empujó

suavemente hacia atrás. Su trasero pronto se vio apretado contra un mueble—. Y baja esas malditas protecciones, niña o no duraré en derribarlas.

Su mano se deslizó ahora a su cadera y más abajo, sus dedos le hicieron cosquillas mientras la abría y la obligaba a enlazar la pierna alrededor de su muslo. Su sexo goteaba, mojándole la cara interior de los muslos, algo que una vez la había avergonzado pero que ahora solo la molestaba.

Ankara sintió la punta de su erección frotándose contra los húmedos pliegues de su sexo, la sensación era exquisita pero no llegaba a opacar su verdadero deseo, el de sentirle enterrado profundamente en su interior.

—No me hagas daño —susurró en voz baja al tiempo que se rendía y permitía que los muros protectores que aislaban su poder y lo mantenían solo atado a ella se vinieran abajo.

Para su sorpresa él buscó una vez más su boca y esta vez su beso fue mucho más suave, ardiente, sin duda, pero mucho más tierno.

—Tus manos en mis hombros —gruñó él mientras empujaba suavemente en su interior, penetrándola únicamente con la cabeza de su erección—. Ahora.

Ella se mordió el labio inferior y deslizó las manos a los fuertes hombros, deseaba cerrar los ojos, aislarse de toda aquella locura pero sabía que él no se lo permitiría.

—Te...odio —susurró en apenas un hilo de voz.

Él se rio y empujó con fuerza en su interior, hundiéndose hasta la empuñadura. Ella le clavó entonces las uñas en la espalda, su gemido aplacado por su terquedad.

—Conmigo estás segura, hechicera —le susurró entonces al oído—, ni siquiera tus dulces palabras afectarán nuestra unión.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla mientras su cuerpo se adaptaba a la fervorosa posesión de su amante. Él no se había movido todavía, pero su cuerpo ya vibraba por las sensaciones que le causaba.

—Te odio, te odio, te odio, te odio —empezó a recitar con infantil actitud—, Radin, te odio con todo el alma.

Como respuesta él deslizó una de sus manos hacia el redondeado trasero y se lo acarició, su boca dejó un sendero de besos por su mandíbula hasta alcanzar su oído.

—Sigue repitiéndote eso todos los días, Ankara —sus palabras eran un erótico susurro—, y llegarás a creértelas.

Sin dejarla responder se retiró de ella y volvió a introducirse hasta el fondo, su cuerpo empezó a llorar por él facilitándole la tarea, el deseo era innegable, por mucho que se torturasen el uno al otro con sus palabras, sus cuerpos actuaban por propia voluntad conduciéndolos a un lugar en el que nada importaba, solo su unión.

Sus jadeos se hicieron eco de los propios, el sudor perló la piel de los dos y el calor de Radin aumentó el suyo arrancando hasta la última brizna de frío de su cuerpo y alma. Se sujetó con fuerza de él, ocultó el rostro contra su cuello y permitió que las malditas lágrimas abandonasen sus ojos, ellas eran mucho más sinceras que sus palabras, que su corazón de hielo. Le amaba, amaba a un hombre que la despreciaba y culpaba de cada uno de los males del mundo, un hechicero que se negaba a darle muerte aunque eso significase su libertad.

Estaban condenados, ambos estaban malditamente condenados.

Necesitada de cariño, mendiga de unas simples migajas de ternura buscó su boca y le besó, un beso cálido y tierno que desmentía el frenesí de la cópula, un beso al que él respondió con la misma calidez y ternura, un momento que caería en el olvido, negado por ambos, pero que ahora los dos necesitaban como respirar.

—Te quiero —susurró ella en sus labios.

Él no respondió a su declaración, nunca lo hacía, no con palabras. Sus manos se volvieron más suaves,

su tacto tierno, la levantó del suelo y la obligó a rodearle con ambas piernas mientras se hundía cada vez más profundamente en su interior, buscando aquello que ambos necesitaban, la primera de las liberaciones que relajarían un poco la intensidad.

El sonido de sus cuerpos al unirse, el aroma del sexo perfumando el aire, todo ello contribuyó a incrementar su excitación hasta cuotas demasiado altas como para poder alcanzarlas por sí solos. Él gimió en su boca, sus dedos se aferraron con fuerza a sus caderas y se impulsó una vez más permitiéndose la bendita liberación, la sensación de su esperma llenándola catalizó al mismo tiempo su orgasmo y se permitió ir, liberando su cuerpo de la tortura al que estaba siendo sometido.

Radin necesitó de todo su autocontrol para no dejarse deslizar hacia el suelo con ella todavía enlazada a su cintura, solo el apoyo que le confería el mueble y el suave cuerpo de mujer que todavía lo acogía le impidió parecer tan vulnerable. Lentamente se incorporó y abandonó la calidez de su estrecho pasaje, su mirada buscó entonces la de ella y respiró aliviado; sus ojos volvían a tener ese tono azul intenso, ya no eran de hielo.

—Lo siento. —La disculpa en sus labios fue más dolorosa que si le hubiese pegado una bofetada.

Él negó con la cabeza, se apartó de ella y al mismo instante recuperó su cuerpo, girándolo para apoyarse sobre su parte superior, sus manos encajonaron las voluptuosas caderas y tiró de ella hacia atrás.

—Esto no ha hecho más que empezar —le susurró al oído al tiempo que introducía un par de dedos de nuevo en su interior y comenzaba a moverlos—, ya habrá tiempo para que supliques... después.

CAPÍTULO 18

Riel supo en el mismo instante en que su amigo apareció, que el fin había comenzado. El caído acunaba a una dolorida y ensangrentada mujer en los brazos, ella se aferraba con fuerza a él incluso mientras luchaba con el dolor que reflejaba su cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ayudándole a bajar a la mujer sobre el sofá. La sangre empapaba ya el hombro y el brazo de la chaqueta del anorak.

—El humano le disparó —declaró con frialdad. Con cuidado ayudó a deshacerse de la chaqueta—. La bala ha entrado y salido, pero ha perdido mucha sangre...

Él asintió y se inclinó sobre la herida, comprobando el alcance de los daños.

—Duele —se quejó Gabriela cuando le quitaron la chaqueta.

Su amigo se acuclilló ante ella, atrayendo su atención y distrayéndola del dolor.

—Riel se encargará de que deje de hacerlo —aseguró y se giró hacia el hombre—. Llama a Elphet, ella puede curar su herida...

Los dos hombres se miraron durante un momento en silencioso entendimiento.

—Y dile a Ross que su humano está muerto —añadió al tiempo que se incorporaba—. Fue quien disparó a Gabriela y a todos nosotros, de no ser por Ankara...

Aquello llamó su atención.

—¿La hechicera está bien?

La expresión sombría de su rostro hablaba sola.

—Radin está con ella —dijo—. Espero que eso sea suficiente.

Antes de que pudiese hacer otra pregunta se inclinó sobre su compañera.

—Ahora estás a salvo, muñequita —le acarició la cara—, ese pedazo de basura no volverá a molestarte jamás.

Ella se encontró con sus ojos, la mirada en ellos era confusa, como su alma.

—Está... está muerto, ¿verdad? —preguntó—. Yo... vi como la vida le abandonaba y se... se congelaba...

Él asintió.

—Un infierno de poder, el de la pequeña hechicera —aceptó. Entonces le ahuecó el rostro con las manos—. Sí, Gabriela, está muerto... ya no podrá hacerte daño.

Ella se lamió los labios y asintió ante la envergadura de sus palabras.

—Está muerto... —parecía costarle encajar aquellas palabras. La libertad era algo difícil de aceptar cuando se llevaba tanto tiempo prisionero.

Nishel le acarició la mejilla con el pulgar y se incorporó, su mirada se clavó en la suya.

—Cuida de ella —pidió una vez más.

Asintió, lo haría con su vida.

—¿Qué vas a hacer?

Él apretó los dientes.

—Terminar con esto de una vez por todas.

Sin más, sus alas se desplegaron en toda su extensión, miró por última vez a la muchacha, quien pareció presentir que las cosas todavía se pondrían peor.

—¿Nishel? —lo llamó al tiempo que intentaba incorporarse—. No hagas ninguna estupidez...

Él se dedicó a mirarla un instante antes de obligarla a sentarse de nuevo.

—Todavía me quedan unos cuantos días contigo, muñequita —aseguró con un guiño—, no pienso perderte de vista tan pronto.

Con una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida se desvaneció en el aire dejándoles solos.

—Va a cometer una estupidez, ¿verdad?

Riel la miró.

—Esperemos que no —llegó una voz femenina desde el otro lado del salón—. Sus estupideces salen demasiado caras.

Ambos se giraron para ver a Eireen junto a una bonita y coqueta mujer.

—Me parece que me estáis buscando.

Riel miró a su mujer con una morena ceja arqueada y ella se encogió de hombros.

—¿Realmente pensaste que podría dormir con todo este alboroto? —le dijo al tiempo que caminaba hacia Gabriela y se sentaba a su lado—. No te preocupes, Gabriela, Elphet se encargará de que no te quede ni una sola cicatriz.

Ella hizo una mueca.

—Me conformo con que deje de doler como el demonio —musitó entre dientes.

No hacía falta buscarle, sabía que aquel era el único lugar en el que lo encontraría, que lo estaría esperando para recriminarle sus acciones pasadas. Había existido un tiempo en el que Noel y él habían sido amigos, casi hermanos pero entonces una mujer humana se interpuso entre ellos; su propio custodio.

En aquella época no era un paria, no había vendido sus alas perdiendo el prístino color blanco para dejar que se ennegrecieran adquiriendo el color del azabache. Nacido de dos ángeles custodios, Nishel entró a formar parte del Gremio concediéndosele el privilegio de vigilar a los pocos Serafines que todavía quedaban en la tierra; Tori había sido uno de ellos.

Su pequeña y hermosa Tori. Todavía podía recordar su extraña belleza, su cabello negro como la noche, sus ojos claros privados de visión... Había perdido la vista siendo apenas una niña debido a una enfermedad, pero poseía el don de la visión del alma, aquella que le permitía ver en el interior de las personas.

Ella sabía lo que era, conocía el anhelo que vivía en su alma y la soledad que le envolvía, a menudo bromeaba con que debería caer para simplemente obtener un poco de diversión. Y también supo lo que

era Noel, quien era realmente y cuál era el deseo que vivía en su alma y que lo arrastraba cada vez más profundo en la oscuridad.

Noel la deseaba para sí, se había enamorado de ella o eso deseaba creer, era más sencillo de aceptar que el hecho de que simplemente envidiase su propio puesto como guardián de la serafín. A menudo la rondaba, susurrándole al oído, embrujándola con su voz, Tori se lo advirtió en más de una ocasión, ella tenía miedo de él... pero no la escuchó, seguía sin poder verla más que como la niña que era para él, su pequeña y tierna muchachita.

Pero las mujeres crecen, se hacen adultas y se enamoran.

El corazón no entiende de reglas o razones, Nishel.

Ahora más que nunca entendía esa frase y el significado que encerraba, ojalá lo hubiese comprendido entonces, quizás habría podido salvarla.

Su preciosa Tori, la más delicada y amable de los serafines había entregado su corazón y su alma a un demonio trasgrediendo todas las reglas conocidas por su Gremio. A él le fue encargada la tarea de terminar con aquel lazo, de destruir los momentos de felicidad que atesoraba su muchachita; no pudo hacerlo.

Sin embargo, Noel no tuvo tantos escrúpulos. Él la deseaba para sí mismo, la sola idea de que perteneciese a uno de esos sucios y rastreros demonios lo enfermaba y alzó su espada contra un hombre indefenso, culpable únicamente de haberse enamorado de la mujer equivocada.

Las manos de Noel se mancharon con la sangre de dos víctimas, su espada fue la que atravesó el pecho del joven demonio, pero también fue la que terminó con el vínculo que había unido al serafín con su amado.

Tori murió en sus brazos, su propia espada atravesó el frágil y delicado cuerpo femenino como si fuese mantequilla, su muchachita se había interpuesto entre Noel y él mismo para evitarle caer.

“No dejes que el odio nuble tu juicio, deja que tu alma sane, Nishel, los celos y el odio puedes corromper hasta el corazón más puro. No pierdas tus alas por mí”.

El dolor que le atravesó en aquellos momentos solo era equiparable al de mil almas muriendo al mismo tiempo, sus alas acusaron el impacto y se tiñeron de negro, el mismo color de la rabia que habitaba en su cuerpo por la injusta muerte pertrechada.

Noel y él lucharon, el ángel del Gremio, su hermano en un tiempo antiguo, había cedido su alma a la oscuridad y a los celos, en su confusa mente se instaló la idea de que él y solo él era el culpable de la muerte del serafín. Que él se la había arrebatado para que nunca conociese la felicidad y el poder luminoso de un alma enamorada y una vez más le culpó, dándole la espalda a todo lo que conocía y rompiendo la más sagrada de las reglas, matar a un hermano.

Nishel hubiese deseado morir en ese mismo instante, su alma había quedado vacía y por una milésima de segundo, le permitió a su contrincante acariciar su deseo.

“No pierdas tus alas por mí”.

La voz de su muchachita resonó una vez más en su alma, arrancándolo de golpe de su necesidad de ser castigado cuando el único culpable de aquel asesinato era el ángel que se alzaba frente a él. Con su sangre tiñendo la nieve del suelo al pie de las montañas y su alma haciéndose pedazos, se incorporó y reclamó su venganza seccionándole las alas al ángel que hasta ese mismo instante había sido su hermano.

El grito del ángel resonó en las montañas, su eco se extendió por la vasta inmensidad como se extendió por completo el color negro en sus propias alas. En aquel momento le dio la espalda a todo lo que conocía y se adentró en lo más profundo de la espesura dispuesto a terminar con su propia vida... Y lo habría hecho, si aquel maldito demonio metomentodo no hubiese sentido su dolor y hubiese ido en contra de su voluntad para traerlo de nuevo a la vida.

“Si quieres una penitencia, vive con todos tus recuerdos, la muerte solo te dará el descanso y no la expiación”.

Riel había sido como un grano en el culo, un demonio empático ayudando a un ángel caído. Para muchos aquella clase de relación era irrisoria, absurda, pero a él le salvó la vida y esa vida era la que le había permitido conocer a Gabriela, acariciar un alma tan pura como la suya y entender por fin lo que había movido a Tori en un mundo de tinieblas. Amaba a su discípula muñequita.

Él, un ángel caído, se había enamorado perdidamente de una pequeña humana.

Las montañas nevadas se alzaban a su espalda como silenciosos centinelas, el frío no le molestaba más que la nieve que lo cubría todo con su extenso manto, allí era dónde había comenzado todo y allí terminaría.

—¡Estoy aquí, maldito hijo de puta! ¿No es eso lo que querías? —clamó a voz en grito—. ¡Aquí me tienes!

La respuesta no tardó en llegar en la forma de una ráfaga de aire que trajo consigo a su antiguo hermano y contrincante.

—Dime, Nishel, ¿cómo se siente perder a la mujer amada?

Sus ojos claros se encontraron con los del recién llegado. Él siempre había tenido el aspecto clásico de un ángel, cabello dorado, profundos e hipnotizadores ojos azules, piel clara, incluso ahora seguía vistiendo de blanco con aquellas ropas más adecuadas para una excursión por el desierto que para las montañas canadienses.

Ladeó ligeramente la cabeza y lo estudió con mirada aburrida, entonces se encogió de hombros.

—Deberías decírmelo tú, si es que realmente llegaste a amarla alguna vez —le soltó con profunda ironía—. Ah, Noel. No debiste salir de tu agujero y menos en esta época del año, realmente odio que me jodan cuando estoy trabajando.

Su contrincante entrecerró los ojos sobre él y entonces maldijo por lo bajo.

—No la ha matado.

Él se encogió de hombros con despreocupación.

—Oh, lo intentó —aseguró, entonces chasqueó la lengua—, pero tiene una puntería malísima. Se quedó congelado después de unos cuantos disparos. Literalmente. Ya sabes, cubito de hielo.

El brillo en sus ojos mostró con claridad que no le hacían gracia sus comentarios.

—Así que me temo, que una vez más, esto tendrá que decidirse únicamente entre tú y yo.

Ambos se midieron como los adversarios que eran, pero esta vez él no vaciló, iba a luchar y lo haría hasta sus últimas consecuencias.

—¿Preparado para nuestra última batalla?

CAPÍTULO 19

Gabriela era incapaz de dejar de estrujarse las manos, todo su cuerpo era preso de una ansiedad que no le permitía relajarse y sabía que no lo haría hasta que le viese atravesar aquella maldita puerta, aparecerse o lo que fuese. La manera en la que se había marchado, sus palabras... ¿por qué no podía simplemente quedarse a su lado? Ella no necesitaba nada más... pero entonces, aquello nunca lo había dicho en voz alta y tanto como podía suponer que en ciertos momentos le leía la mente, ni siquiera era consciente de lo mucho que lo amaba.

Se pasó la mano por el pelo con gesto desesperado, el hombro le dio un pequeño tirón en mudo recordatorio de que no hacía mucho le habían disparado. Elphet, la mujer que se había presentado en el salón junto a Eireen resultó ser alguna especie de “médico” sobrenatural además de la nueva directora en funciones de la Agencia Demonía. Ni siquiera estaba segura de que Nishel estuviese enterado de que su jefe había desaparecido sin dejar rastro. Fuese lo que fuese que hizo en su hombro, logró que la herida dejase de sangrar y el ardiente dolor remitiera hasta convertirse en una sorda molestia. Le había cubierto la herida con una especie de cataplasma y le aseguró que en un par de días no tendría ni cicatriz.

Los recientes sucesos no hacían sino darle vueltas en la cabeza sin orden ni concierto, todavía le costaba reconciliarse con la idea de que la pesadilla había terminado, que el cuerpo de Alburn yacía en el suelo helado de Canadá por obra de aquella hechicera. Pero entonces, ninguno le decía qué le había ocurrido a la mujer, por qué Radin los había expulsado de allí de aquella manera o por qué no se reunían con ellos.

Sabía que Nishel tenía asuntos que arreglar con ese tal Noel y a juzgar por la manera en que habló de él anteriormente y su afirmación de haberle cortado las alas, suponía que lo que quiera que hubiese sucedido entre ellos en el pasado todavía vivía en su presente.

Sacudió la cabeza para despejarse y le dio la espalda a la ventana en el mismo momento en que él apareció en medio de la sala. Jadeó, su aspecto distaba mucho de ser aquel con el que había desaparecido. La sangre manchaba su rostro, una de sus alas caía hacia abajo como si fuese demasiado pesada para mantenerse alzada por encima de su hombro, sus brazos estaban manchados de tierra, nieve y lucía varios cortes pero eran sus ojos, de un intenso y claro color azul clavados en ella los que la hicieron reaccionar.

—Nishel —musitó su nombre.

Él no cambió su expresión, ni siquiera se movió.

—Creo que es imposible para mí no cometer estupideces, muñequita —declaró con voz grave, cansada—. Pero al menos de esta ya no tendremos que preocuparnos más.

Ella sacudió la cabeza y caminó lentamente hacia él.

—Estás hecho un asco —aseguró deteniéndose ante él.

Los ojos claros de aquel hombre de alas negras siguieron presos de los suyos.

—¿Dónde está ese respeto que me debes, Gabriela?

Ella sacudió la cabeza y antes de que pudiese echarse atrás le rodeó la cintura con los brazos y se pegó a su cuerpo.

—Lo siento, señor —murmuró ocultando el rostro en su pecho cuando las lágrimas decidieron hacer acto de presencia—, pero se ha muerto de un susto.

Sintió como los brazos masculinos se cernían a su alrededor, cobijándola en su calor.

—No vuelvas a hacerme esto jamás —musitó ella contra la tela de su camiseta.

No se dio cuenta de que él había estado conteniendo el aliento hasta que notó como lo expulsaba.

—Gabriela...

Ella negó contra su torso, entonces se apartó lo justo para levantar la mirada.

—Y háblame —insistió contemplando su rostro—. Esto todavía resulta demasiado bizarro para mí, pero necesito saber la verdad, necesito saber todo, señor... Te necesito, Nishel... te...

Él le silenció los labios con un dedo impidiéndole decir aquella palabra.

—Cuando termine el contrato —pidió acariciándole los labios con el dedo—, verás las cosas de otra manera... Han sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo, necesitas poder asimilarlo todo.

Ella se liberó de su mano y frunció el ceño.

—Sí, necesito hacerlo —confirmó—. Pero eso no hará que cambie lo que siento por ti, pedazo capullo.

Él sonrió, aquella sonrisa que prometía cosas indescriptibles.

—Eso espero, mi muñequita, eso espero —aceptó inclinándose sobre ella para reclamar su boca con un hambriento beso lleno de promesas.

EPÍLOGO

Una semana después...

Ross deseaba fervientemente tener otro trabajo, le daba igual cual fuese, pero uno en el que no tuviese

que verse metido en la cantidad de problemas que le habían dado las cuatro personas que estaban ante él. En menos de quince días, aquellos elementos se las habían ingeniado para dejar tras de sí varias reglas rotas y dos cadáveres con los que él tendría que lidiar.

—Si sigues poniendo esa cara durante mucho tiempo más, Ross, te saldrán arrugas y ni la mejor de las cremas podrá hacer nada para repararlo —le dijo con tono inocente la humana que permanecía al lado de Nishel.

Sabía que el contrato que había unido a aquellos dos por medio de la Agencia y que fue el motivo por el que permitiese al caído hacerse cargo de ella, se había extinguido dos días atrás. Por suerte para él la pareja seguía junta lo que le ahorraría muchos dolores de cabeza al tener que explicarles el infierno que habían organizado los dos y del que posiblemente no tendrían ni la más mínima idea.

Su mirada cayó con todo el peso de su poder y posición sobre la voluptuosa humana, quien se arrimó aún más a su compañero.

—Agradezco tu preocupación por mi estética, Gabriela —señaló. Utilizó su nombre real, aquel que aparecía en su partida de nacimiento y en el carné de identidad—. Pero si fuese tú me preocuparía más por las consecuencias de toda la mierda que habéis vertido sobre mi escritorio.

Un bajo resoplido salió de los labios de la joven hechicera, su mirada del tono azulado del hielo se encontró con la suya durante un breve instante.

—¿Lo siento? —declaró Ankara con tono cansado. La muchacha parecía todavía débil, pero mucho más centrada de lo que al parecer estaba cuando decidió poner término a la vida de un hijo de puta—. Quizás debiese haberle pedido que bajase antes el arma, pero dudo que me escuchase entre tanto tiro.

—Kara... —La sutil advertencia de su compañero, no fue tan rotunda como solía serlo—. No le des más combustible con el que rociarnos al bueno de Ross.

¿Ahora era el bueno de Ross? Puso los ojos en blanco y miró a Radin, quien se limitó a alzar las manos a modo de rendición.

—Aceptaría la responsabilidad de lo ocurrido, pero eso sería sacarle a ella las castañas del fuego y ya es lo suficiente adulta como para que empiece a lidiar con las consecuencias de sus actos —aseguró, entonces miró a su compañera—. Pero si te sirve de consuelo, prometo atarla en corto a partir de ahora.

¿Realmente tenía aspecto de hermanita de la caridad? Aquella pareja de insensatos lo estaba toreando y se estaban saliendo con la suya. Señor, que vida más dura.

—Tengo ahí fuera un cadáver humano con unos resultados que los forenses no pueden explicarse —empezó a enumerar. Su mirada se posó en ese momento sobre Kara y Radin—. El buen doctor es incapaz de explicarse cómo es que el tejido humano se congeló y cristalizó de esa manera en lo que supone un periodo de tiempo récord y con unas temperaturas propias del Ártico y no de Canadá.

La mujer se mordió el labio inferior.

—¿Ups?

Sacudiendo la cabeza se giró entonces hacia Nishel y Gabriela.

—Por no mencionar además que el Gremio está que escupe fuego por la desaparición de uno de sus “condenados” —informó, su mirada fija en la de Nishel—. Quieren la cabeza de aquel que se atrevió a ir contra sus jodidas normas, según ellos, solo otro miembro del Gremio y designado por el Consejo tiene permitido llevar a cabo tales... menesteres.

Nishel puso los ojos en blanco.

—Que se joda el Gremio, Ross —le dijo con total sinceridad—. Ese hijo de puta fue el culpable de la muerte de Tori y conspiró con el despojo humano que tienes en la morgue para lastimar a mi mujer. Si no hubiese ido a por él, se las habría ingeniado para ir a por Gabriela y entonces sí que tendrías un problema de proporciones bíblicas entre las manos. Nadie toca lo que es mío y se va de rositas.

Ella arqueó una ceja en respuesta a la declaración masculina y se giró hacia él.

—¿Y ahora eliges el momento para decirlo? —se ofuscó ella—. Dos días, Nishel, dos jodidos días...

¿Y lo haces ahora?

El caído entrecerró los ojos sobre su compañera, pero se podía ver la dicha y la felicidad en su aura.

—¿No te parece buen momento para decir que te quiero y que me perteneces?

Ella bufó.

—Hombres —declaró con un mohín.

El policía sobrenatural negó con la cabeza y alzó una mano para interrumpir a la pareja.

—Ya que sacas el tema, imagino que este es tan buen momento como otro para decirte que ella es tu nuevo custodio.

Ambos se giraron hacia él con sendas expresiones de sorpresa y perplejidad.

—¿De qué diablos estás hablando? —se adelantó Nishel.

Él señaló lo obvio.

—Gabriela es humana —le recordó—. Y la has introducido, a sabiendas, en un mundo que no debería de saber siquiera que existe... A la luz de los últimos acontecimientos, creo que la mejor solución en este caso es que tú te hagas cargo de ella, la vigiles y evites que divulgue cualquier clase de información que pueda llegar a resultar letal para nosotros.

La aludida parpadeó y frunció el ceño.

—Es broma, ¿no? —preguntó—. ¿Tienes tantas ganas de verme encerrada en un sanatorio mental y con camisa de fuerza?

Él se encogió de hombros.

—Esa era mi segunda opción —aceptó.

Ella abrió la boca para replicar, entonces sacudió la cabeza y se acercó todavía más a Nishel.

—Gracias, pero creo que me quedaré con la primera opción —aceptó ella y miró a Nishel—. ¿Verdad?

Él ladeó la cabeza.

—Si tienes que preguntarlo es que todavía no te he castigado lo suficiente.

Ella se llevó inmediatamente las manos atrás para cubrirse el trasero.

—No dije nada —rectificó rápidamente.

Le sonrió y sacudió la cabeza para luego volver su atención de nuevo hacia él.

—Acepto —anunció con firmeza—. No es como si pudiese enmendar ya el vínculo que la une a mí.

Aquello pareció llamar la atención de la chica.

—¿Vínculo? ¿De qué vínculo estamos hablando, alas negras?

Él se inclinó sobre ella.

—Ya te lo explicaré.

Satisfecho con la forma en que se había solucionado esa parte del problema, se giró a Radin.

—Voy a estar vigilándola personalmente —le dijo al tiempo que señalaba a Ankara—, así que te sugiero que hagas todo lo que esté en tu mano y más para que ella no rompa las cadenas, porque en el momento en que lo haga habrá firmado su sentencia de muerte.

El hechicero se tensó ante sus palabras, su mirada se encontró con la suya en una silenciosa advertencia que ambos sabían se cumpliría llegado el caso.

—Haz lo que tengas que hacer, Radin, pero mantenla a raya —insistió—. No le será concedida una segunda oportunidad.

Un seco asentimiento fue toda confirmación que recibió de su parte.

Dejando escapar un profundo suspiro, les señaló a los cuatro la puerta.

—Ahora largaos y procurad no meteros en más líos —los echó—. Mi carpeta ha quedado repleta para varios siglos.

Nishel salió tras su nueva custodia, el atardecer los recibió con su cielo anaranjado, un día terminaba para dar paso a otro nuevo, un ciclo que se repetía en todos los aspectos de la vida. Morir para renacer.

—Yo... no te he tenido oportunidad de darte las gracias —se adelantó hasta quedar delante de la hechicera—, no solo me salvaste la vida... me devolviste la paz.

Aquello cogió por sorpresa a la joven hechicera quien se sonrojó y se encogió ligeramente de hombros.

—Tienes un alma pura, Gabriela —le dijo en voz baja—, y un corazón lo suficientemente grande como para conceder segundas oportunidades a aquellos que piensan que no lo merecen... Él estaba obsesionado, su mente estaba rota, estaba más allá de cualquier clase de redención.

Su compañera asintió y miró a Radin, su gesto no podía ser más irónico.

—Será mejor que la trates bien —le advirtió clavando el dedo en su pecho—, como a una auténtica princesa, porque si no voy a ser yo y no Ross, quien te pegue una patada en el culo.

Su amigo se echó a reír, le miró un instante como pidiendo permiso y se inclinó sobre ella.

—Solo si tú te portas como una auténtica diablesa con el caído —le dijo y depositó un suave beso en sus labios—. Cúdate, rubita.

Antes de que ella pudiese decir o hacer algo al respecto, los dos hechiceros se desvanecieron.

—La cuidará —le susurró al oído, sus manos rodeándole la cintura—, él es todo lo que separa a Ankara de una muerte segura, no permitirá que le pase nada.

Ella asintió y recostó la cabeza contra su pecho.

—¿Ahora vas a explicarme lo de ese vínculo?

La giró en sus brazos de modo que quedase frente a ella y le acunó el rostro entre las manos.

—Te amo, Gabriela —declaró—. *Mía*, mi muñequita. Con todo lo que soy y seré, mi vida y mi alma son tuyas.

Sus ojos empezaron a brillar, humedecidos por las lágrimas.

—El vínculo que nos une no es más que una extensión de ese amor, de mi promesa de permanecer a tu lado hasta el fin —continuó sin dejar de mirarla—. Mi alma reconoció a la tuya en el mismo momento en que la sintió, ¿esperabas realmente que te dejase marchar después de nuestro contrato?

Ella se lamió los labios.

—Esperaba que no lo hicieras —aseguró con una dulce sonrisa—. Porque me obligarías a perseguirte, hasta el fin del mundo si hiciese falta para decirte... que me entregaré a tu placer. Te amo, mi ángel, mi guardián, mi insufrible y pesadísimo *Maestro*.

Nishel no necesitaba más, con ella tenía más que suficiente para olvidar el pasado y abrazar de una vez por todas, el presente y el futuro.

—Ah, mi pequeña y díscola sumisa, mi Gabriela, *mía* para la eternidad.